

2
0
5



HOMBRES

EUGENIO GONZÁLEZ

HOMBRES

Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.º 3816. Queda hecho el depósito legal



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1935

Prensas de la Editorial Ercilla

*En calidad de autoriza A B... N.º 13
punto N.º 23-11-81*

DEL MISMO AUTOR:

MAS AFUERA (relatos). 1931.

PROXIMAMENTE:

DESTINOS (cuentos).

4 FEB 1949

1

Desde la mañana, un silencio extraño, plúmbeo, gravitaba sobre la ciudad.

Por las solitarias calles circulaban escasos tranvías. Los almacenes del centro no exhibían sus escaparates llamativos. Uno que otro transeúnte iba, al azar, con el paso tarado de quien no tiene obligación que cumplir. En las esquinas refulgían las armas de los piquetes militares.

Flotaba una pereza dominical en la atmósfera afiebrada por el sol de estío; sin embargo, algo que no era una emoción de calma, sino más bien la tensión de fuerzas terribles en quietud de angustiosa espera, se advertía en el silencio que bajaba pesadamente desde el hondo espacio azul.

Grupos abigarrados empezaron a juntarse en la Alameda. Venían de los barrios pobres, con un aire de encono, haraposos, indolentes y, bajo los árboles acicalados por la diligencia municipal, se tendían a descansar. Otros se amontonaban alrededor de los bancos del paseo, para escuchar la prédica de hombres entusiastas, de brillantes ojos, que hablaban de hermosas y vagas esperanzas nunca realizadas.

Nadie hubiera podido precisar qué designio movía a las masas de los arrabales y las empujaba hacia la gran avenida, con sordo rumor oceánico. Nadie, en realidad, sabía nada, pero una voz de orden había circulado misteriosamente por fábricas, talleres y suburbios, exaltando los corazones en un sombrío anhelo sin forma y sin nombre.

—¡Obreros, a luchar! ¡Exijamos pan y justicia! ¡Viva la huelga!

Y todos los que trabajan desde la madrugada hasta el anochecer — los hombres de rostros lívidos y curvadas espaldas, las mujeres deformadas por la sucia miseria, los muchachos andrajosos que nunca tuvieron la alegría matinal de ser niños — corrían a cobijarse bajo los estandartes de la huelga, con una especie de taciturno frenesí.

Los guiaba un indefinible aunque poderoso instinto. El áspero sol hería las pupilas y diluía la visión: un ensueño luminoso, vasto como el mundo, reemplazaba a la realidad de todos los días, la realidad ingrata de los muros desnudos, entre los cuales el sueño renueva la gastada energía, para que a la mañana siguiente recomience la faena que sólo termina con la vida.

Ahora se sentían fuertes y libres, a pesar de los soldados que miraban soñolientos desde las esquinas, apoyados en sus fusiles. Los grupos iban aumentando, uniéndose unos con otros, transformándose en una masa ondeante, rumorosa, sobre la cual flameaban las banderas rojas de los sindicatos. Hombres venidos de los arrabales, traían noticias:

—Los ferroviarios se han plegado al movimiento.

—En la Avenida Matta, los carabineros atacaron a un grupo de manifestantes. Hubo un muerto. Heridos...

—¡Los regimientos están listos en sus cuarteles!

—¡La burguesía tiene miedo!

Sacudimientos nerviosos se propagaban, con las palabras inquietantes, de grupo en grupo. Improvisados tribunales se alzaban en los bancos. Oíanse gritos subversivos, que se apagaban a lo lejos, coreados por la multitud, cada vez más compacta, más entusiasta. El hervor rebelde se acentuaba. Refulgía el sol en los blancos edificios, en los rieles de los tranvías, en el polvo gris de la avenida. Azul, sin una nube, el cielo parecía refractar también, como un inmenso espejo, la cruda luz del mediodía.

No había dónde cobijarse para eludir el asedio del calor. Mezquina la sombra de los árboles, recortados, simétricos, que se alineaban a ambos lados de la avenida cen-

tral. Pero había que permanecer ahí, esperar a los demás que ya se aprestaban en los suburbios, formando columnas detrás de los estandartes, para venir a sumarse a la muchedumbre que pedía justicia.

Nadie debía faltar.

—¡Nadie!

Todos, férreamente unidos, serían fuertes, irresistibles. La burguesía debía comprender alguna vez el poder del pueblo. Había que demostrárselo con la presencia tumultuosa de un desfile que se extendiera en el tiempo y en el espacio, avalancha amenazadora que ojos temerosos verían pasar desde las ventanas entreabiertas de los palacetes.

Desde los barrios apartados, llegaban a cada instante nuevos contingentes obreros: hombres de aspecto fatigado, sucios, de aviesas miradas que resbalaban por los muros de las casas elegantes, con siniestro rencor. Harapos grises como el destino. Cuerpos sudorosos. Bocas contraídas. Muecas. Gritos.

Todos se parecían como hermanos...

Amontonados en torno a la estatua de O'Higgins, esperaban la llegada del Comité Ejecutivo que presidiría el comicio. Por entre la muchedumbre circulaban vendedores de refrescos y empanadas, y algunos suplementeros improvisados, que voceaban los periódicos revolucionarios:

—Compre "El Socialista", compañero. Instrúyase.

—¡Horchata heladita!

—¡"Aurora Roja", el periódico libertario!

Aburridos con la espera, que se dilataba, los hombres compraban refrescos, comestibles y periódicos. "Aurora Roja", mensuario anarquista, publicaba largos artículos, constelados de adjetivos, contra el Estado, origen y causa de toda iniquidad. "El Socialista", en cambio, hacía propaganda a la organización política de los trabajadores, a fin de conquistar puestos en el Parlamento. Ambos se dedicaban feroces diatribas, acusándose mutuamente de "lacayos de la burguesía" y "ganchos del capitalismo".

La masa, ajena a las sutilezas doctrinarias, compraba

indistintamente el periódico ácrata y el periódico socialista. Los dos le halagaban el gusto con descripciones de la sociedad futura y le proporcionaban unas cuantas ideas simples, fáciles de comprender, reductibles a fórmulas eufónicas: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos". "La propiedad es un robo". "Hay que destruir la hidra del capitalismo".

Con estas frases tenía la multitud bastante para explicar su instinto oscuro. Lo que le importaba era luchar, ir hacia adelante, amedrentar al enemigo poderoso y múltiple. Destruir. Destruir. Las palabras eran sonidos vanos que flotaban y se perdían en el ambiente bochornoso, signos inertes que se confundían en la retina deslumbrada por el reflejo del sol sobre los muros blancos.

—¡Adelante, compañeros! ¡Viva la huelga!

Marchaban hacia adelante, sin saber adónde, pero marchaban, río turbio de gritos y hedores, que se diseminaba por las calles de la ciudad y venía a arremansarse en torno a la estatua del héroe que señalaba, en el arranque de un galope fantástico, una ruta ilusoria. Hacia todas partes se extendía la mancha gris de la multitud, como una marea, como un crepúsculo.

De improviso, los grupos dispersos se arremolinaron y una gran ola rumorosa fué a estrellarse en las gradas del monumento. Había llegado el Comité Ejecutivo. Sus miembros se distinguían por una cintita roja colocada en la solapa. Los obreros se los indicaban unos a otros, con tono de importancia:

—Ese de anteojos y pera, parecido a Trotsky, es Contreras, secretario general de los metalúrgicos.

—Y ese otro, melenudo, es del grupo anarquista "Alborada".

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Vargas va a hablar! ¡Silencio!

El orador, ayudado por un grupo de compañeros, trepó hasta la plataforma de la estatua, y se dispuso a hablar. Pestañeaba, urgido por el sol, que le golpeaba de frente la ancha cara pálida, reluciente de sudor. Erguido, recio, alzó

el brazo tribunicio pidiendo silencio, y la muchedumbre se fué poco a poco inmovilizando en una atención de espera.

—Compañeros. . .

La voz metálica, dura, vibró en el aire, prolongando sus resonancias hasta las últimas filas y fué a rebotar en un eco violento al otro lado de la calzada. Y la muchedumbre, ávida, fué como un surco de esperanza sobre el cual el orador iba diseminando las palabras que fructifican un día cualquiera en acciones de rebeldía: palabras cotidianas, como el dolor, sencillas como la verdad.

Caían, caían sobre la muchedumbre las palabras. Mejor tal vez sería decir que el palpitante y contenido clamor de aquella gente, subía en ondas invisibles y se hacía voz en el tribuno, porque cada cual sentía expresados su oculto anhelo y su miseria temerosa en las palabras de Vargas.

La taciturna ansiedad, la rabia secreta y terrible, el deseo de una limpia felicidad nunca alcanzada, el odio, la evidencia de una secular injusticia, todo eso que flota, mezclado con el humo de las usinas, sobre los suburbios, daba a las palabras de Vargas la misteriosa elocuencia que encuentra el camino de las almas.

—¡Somos la fuerza y somos la justicia! ¡Unámonos para vencer! ¡Salud, compañeros!

Cuando el orador favorito abandonó la tribuna, las manos golpearon, delirantes, en el aplauso, y las gargantas se hincharon en un clamor unánime. Algunas mujeres lloraban. Sólo el hombre que había desencadenado la oscura emoción de las masas, permanecía sereno al pie del monumento, enjugándose la frente sudorosa. Miraba en torno suyo, como absorto en un pensamiento secreto. Una vaga sonrisa, entre satisfecha y pueril, le ensanchaba el rostro.

Abajo, a sus pies, se agitaba la multitud en oleadas oscuras, como si un viento fuerte, de tormenta, soprase sobre ella. Nuevos grupos desembocaban por las calles y venían a sumarse a la inmensa masa fluctuante que llenaba la avenida. Los piquetes de carabineros, inmóviles en sus monturas, ponían la nota de inquietud y amenaza en el ambiente.

Sin ellos, habría podido pensarse que se trataba de una fiesta.

De improviso, en una esquina próxima resonó un toque de atención.

Los sonos largos, penetrantemente melancólicos del clarín, rasgaron la densa atmósfera caldeada de sol. Todos, instintivamente, con los corazones suspensos, se volvieron hacia el lugar de la alarma. Destacando en el confuso rumor de la muchedumbre, oíanse gritos lastimeros y el rítmico trotar de la caballería. Unos disparos llevaron al extremo la tensión de la gente, inmovilizada por su propio número.

Las mujeres gritaban sin saber qué hacer. Algunas, con guaguas en los brazos, pedían auxilio, levantándolas por encima de las cabezas, como una bandera de protección. Los estandartes gremiales y las banderas rojas desaparecían, absorbidos por la hirviente agitación de la masa, que empezaba a desparramarse hacia las calles próximas, en un desorden de pánico.

Nuevos disparos, al otro lado de la calzada. Estaban cercados.

Afirmándose como pudo, Vargas trepó nuevamente a la estatua y pudo dominar de un golpe la situación. Por ambos flancos cargaba la tropa, con los sables en alto. No quedaba otra cosa que huir a lo largo de la avenida. La multitud que se aglomeraba en el centro, sin ver de dónde venía el peligro, trataba en cambio de huir hacia los costados, y chocaba de lleno con los carabineros. Pero era tan densa que éstos apenas podían avanzar, abriéndose paso trabajosamente como en una corriente poderosa, con sus caballos que se encabritaban, piafando.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Vargas gritaba desde lo alto, tratando de dominar con su voz estentórea, hecha para los grandes espacios, el tumulto de imprecaciones, de gritos, de gemidos. Las miradas empezaron a fijarse en él y seguir la dirección de su gesto. Pronto, la retirada se canalizó en la forma conveniente, y las cercanías del monumento fueron quedando abandona-

das. Vargas seguía arriba, señalando el camino a los rezagados.

Por las calzadas que bordeaban el paseo, los carabineros continuaban la persecución de los fugitivos.

Un piquete al mando de un oficial, se dirigió a la estatua en que estaban los miembros del Comité Ejecutivo y Vargas. Los pocos que pretendieron huir por entre los caballos, fueron detenidos sin consideración, y golpeados con los sables de plano. Manuel Contreras, el secretario general de los metalúrgicos, cayó en las gradas del monumento, con una ancha herida en la cabeza, de la que empezó a manar abundante sangre. Con voz temblorosa de rabia e indignación, gritó Vargas, dirigiéndose a la tropa:

—Deténganse, perros. Estamos sin armas. . .

Un bofetón en plena boca, le cortó la frase. Era el oficial, que había descendido del caballo y se encontraba en medio del grupo que formaban los dirigentes obreros. Vargas se volvió, mascullando una injuria y con el puño crispado, pero se detuvo como paralizado de súbito: ante él negreaba el cañón de una pistola. Detrás vislumbró dos ojos, sombreados por la visera de una gorra de reglamento, que lo miraban torva, fijamente, con una frialdad homicida.

—Si te mueves, aquí mismo te doy vuelta, mierda — murmuró, rechinando los dientes, el oficial.

Vargas permaneció inmóvil, con los brazos caídos, en una renunciación de impotencia. Sobre la perspectiva de la avenida refulgente de sol, cuyas dos hileras de árboles parecían juntarse allá lejos, en un horizonte sin nubes, sólo el rostro duro del oficial tenía una decisiva existencia que polarizaba su atención. Nada existía en aquel momento, sino esa expresión de la muerte, tan próxima como el latido de su corazón.

Sin guardar el arma, el oficial ordenó arrestar a Vargas y a sus compañeros. Rápidamente, los carabineros los hicieron formarse y los colocaron al centro de la columna. Todos comprendieron la inutilidad de las protestas, y mar-

charon con las mandíbulas apretadas. Vargas miró a su alrededor. La avenida estaba desierta, sembrada de papeles y desperdicios. Sólo se oía el rumor de la caballería. Algunas ventanas se abrían y se asomaban rostros medrosos.

Desde el balcón de una casa aristocrática, unos jóvenes aplaudieron el paso de la tropa que conducía a los presos.

II

La pieza que Manuel ocupaba en la calle Madrid, apenas podía contener a los miembros del grupo. Unos se sentaron en un rincón, alrededor del banco lleno de herramientas, trozos de cuero y estaquillas; otros se instalaron en la cama y en las sillas y cajones que encontraron a mano.

La claridad amarillenta y vaga de un chonchón de carburo, dejaba parte de la exigua habitación en penumbra, y destacaba los rostros en planos de luz y sombra que les daban una dureza espectral. El humo de los cigarrillos hacía casi irrespirable la atmósfera del cuartucho.

—Bueno, ¿empezamos? — dijo el dueño de casa, el zapatero Manuel, mirando interrogativamente a los presentes.

—Esperemos un rato más. Falta el camarada Zapata — dijo un muchachón rubio, de ojos miopes que se cerraban a cada momento, con un tic nervioso.

—Sí, esperemos mejor — asintieron varios.

Desde la calle llegaba la algazara de los chiquillos que jugaban, voces de mujeres, roncas risotadas de hombres y, de cuando en cuando, el ruido de algún vehículo. La piana de un bar próximo tocaba con increíble pertinacia.

A los pocos minutos, llegó el camarada Zapata.

Era un hombre gordo y alto, de cara lampiña. Traía bajo el brazo un rollo de papeles. El cordial respeto con que lo acogieron, denotaba la influencia que el hombre ejercía sobre los componentes del grupo anarquista "Numen", reunido aquella noche para decidir su acción frente a la

huelga general, acordada por solidaridad con los obreros de las fábricas de calzado, que pedían aumento de salario. A pesar de su origen pequeño, el movimiento había adquirido una amplitud revolucionaria que tenía perplejos a los dirigentes y alarmado al Gobierno.

Encendiendo un cigarrillo, el camarada Zapata preguntó, con parsimoniosa gravedad:

—¿Se ha tomado algún acuerdo?

—No, compañero, lo esperábamos. Todo debemos hacerlo por unanimidad, de manera que cada uno, conservando su libertad integral, obre solidariamente con los demás — contestó Baeza, un muchachón de lentes, enjuto y melenudo, con el tono doctoral que lo singularizaba.

Sin hacer caso del galimatías doctrinario, el camarada Zapata desdobló un papel y dijo:

—Aquí traigo bosquejados los puntos principales de un plan de trabajo. Creo que es práctico y de acuerdo con el espíritu revolucionario de nuestro grupo. No hay que olvidar que somos hombres de acción.

Todos se dispusieron a escuchar. Zapata, moviendo pausada y rítmicamente el índice regordete, expuso un energético programa de actividades, en el que se contemplaban conferencias para mantener el ánimo de los huelguistas y hacer propaganda ácrata, edición de volantes con incitaciones a la violencia y la colocación de algunos petardos en fábricas y casas de patronos conspicuos, a fin de atemorizar a la burguesía.

—¿Qué les parece, camaradas?

Los contertulios guardaron silencio, pensativos, ordenando las ideas. Todos querían decir algo. Uno por uno, comenzaron a hablar, como si estuvieran ante un vasto público, con frases enfáticas, rebosantes de doctrinarismo libertario. Luego se entablaron diálogos y discusiones ruidosas, que derivaban hacia zonas ideológicas muy alejadas del objeto de la reunión y del programa planteado por Zapata. Llovían las citas de Bakunin, de Kropotkin, de Grave, de Faure.

El estudiante Marín, comenzó una disertación sobre las tácticas revolucionarias, que los otros interrumpían a cada frase. El estudiante, tratando de conservar el hilo de su pensamiento, y de hacerse oír, agitaba las manos en gestos histéricos, y alzaba la voz chillona, de timbre femenino, vibrante de un patetismo grotesco.

—Tengo la palabra, camaradas. Yo opino...

Pero nadie quería escucharlo, y él, con obstinada vehemencia, volvía a repetir su llamado inútil. Como hablaba a gritos, el zapatero, temeroso de que lo oyeran desde la calle, se acercó a él para recomendarle, cautelosamente, que tuviera prudencia y no comprometiera el buen éxito de la reunión:

—No hay que gritar tanto, compañerito. Mire que los pesquisas andan revoloteando por estos lados. Saben que soy revolucionario, y me vigilan la casa.

El estudiante protestó, con fervor de mártir, que él no tenía miedo de ir a la cárcel por sus ideas, y deslizó una opinión sobre los cobardes, que el zapatero recogió al vuelo, y contestó con acritud inesperada:

—Usted es un burgués, y sabe que si cae a la capacha, su papá correrá a sacarlo.

Ante tamaña ofensa, Marín se levantó y comenzó a lanzar chillidos de indignación:

—¡Esto es el colmo, camaradas! ¡El camarada Manuel me ofende en mi dignidad de revolucionario! ¡Pone en duda mi sinceridad! ¡Yo no puedo tolerar esto!

Y manoteaba en el vacío, con el rostro descompuesto en muecas de rabia impotente.

Manuel, muy calmado, chupando su cigarro de hoja, le decía:

—¡No se sulfure! ¡No se sulfure! Ud. me ha tratado de cobarde y yo no le permito eso a ningún burguesito metido a revolucionario por darse facha.

El camarada Zapata intervino para apaciguar los ánimos. No, no era ése el momento más oportuno para trenzarse en disputas necias. Era el momento del combate y

todos debían sentirse hermanos en el ideal y en la acción. Invocando la revolución social, pidió que Manuel y Marín se reconciliaran.

Marín apretaba los dientes, deseoso de que el incidente terminara, pero no quería dar el primer paso.

El zapatero, socarrón, sonreía sin decir nada. Al fin levantó y tendió la mano al estudiante, diciéndole con sencillez indiferente, algo despectiva:

—Dejémonos de leseras. A lo mejor es Ud. un buen camarada. No sigamos perturbando el trabajo del grupo.

Sin aplacarse del todo, con torcida mirada, el estudiante respondió:

—Está bien. Aquí nos conocemos todos.

Terminado el incidente, continuó la discusión sobre el programa propuesto por Zapata. Cada uno quería sobresalir en fervor revolucionario y proponía las ideas más audaces. Con los rostros tensos y las miradas febriles, los hombres se entregaban a la confusa embriaguez de las palabras que llenaban de una especie de esperanza su destino. Hablaban y gesticulaban, engañándose a sí mismos, con una precipitación entusiasta, transportados a un mundo en que las abstracciones parecían cobrar forma y color.

—¿Qué opina Ud., camarada Gómez?

Las miradas se volvieron hacia Gómez que, sentado en la cama del zapatero, fumaba un cigarrillo con aire de melancólico cansancio. Por su edad y su noble espíritu, Gómez era considerado entre los anarquistas como una especie de patriarca a quien se recurría en el momento de las graves resoluciones. Desde el comienzo de la reunión, había permanecido en silencio, un poco ausente; luego, en el acaloramiento de la discusión, lo habían olvidado. Y él se había mantenido frío, sereno, un tanto lejano, contemplando las actitudes de sus amigos, sin escuchar casi sus palabras que él conocía tan bien.

Tardó en responder. Mientras los demás se volvían hacia él con aire de solícita deferencia, pensaba vertiginosamente en los reiterados fracasos de sus esfuerzos de lu-

chador obrero, en la atroz estulticia de las masas a las cuales había dedicado su vida. Las despreciaba, pero las sentía como el coro remoto y profundo que respondía, desde el misterioso futuro, al ritmo secreto de su corazón. Fatigado, con la voluntad deshecha, roído por dudas tenaces, esperaba, sin embargo, algo inusitado que cambiara el aspecto de las cosas. Revolución era el nombre que daba a su recóndito deseo. Despojado de la fe, hastiado de sí mismo, la esperaba todavía. Pero, también, esperaba la muerte.

—Los he escuchado—dijo—y admiro en Uds., camaradas, el invencible entusiasmo, la decisión para la lucha. En realidad, vivimos una hora espléndida, llena de posibilidades. La agitación es siempre fecunda para la idea, nuestra idea. Cada esfuerzo nuestro es un avance en el camino del ideal. Nuestro deber es sacudir la conciencia dormida de los hombres, suscitar en ellos la confianza en sus propias fuerzas, darles el anhelo dignificador de la libertad. Generaciones lejanas coronarán acaso la obra de la cual somos servidores. El triunfo nada importa; lo que importa es la acción. Nuestra violencia es santa porque la ejercemos con el alma limpia de todo interés impuro, porque ella quiere el embellecimiento de la vida. Arriba, camaradas, todos unidos, a la acción...

Hablaba con la calurosa energía del convencimiento, a pesar de que su corazón estaba vacío. Sin elevar la voz, con un tono familiar pero intenso, arrastrado por el ritmo de las frases que acudían a sus labios con la eficaz prontitud del hábito, se adueñó de la reunión. Con los ojos fijos en él, que parecía no ver a nadie, los miembros del grupo "Numen" recogían sus palabras y, por ellas, se sentían mejores. Sólo Zapata movía nerviosamente el pie. Una indefinible sonrisa flotaba en su cara reluciente.

Un respetuoso silencio siguió a las palabras del viejo Gómez.

—Bueno, compañero, y, ¿qué cree Ud. que debemos

hacer? — interrogó Zapata, con forzada calma, arreglando sus papeles.

—Ir a las masas, predicarles nuestra doctrina, liberar el espíritu de los trabajadores, prepararlos para su emancipación integral. Ese es nuestro deber.

—Es decir — respondió Zapata, que a duras penas contenía sus impulsos de hombre positivo — que Ud. rechaza mi programa de acción y quiere que nos dediquemos, como los "canutos", a predicar en las esquinas. Yo creo que nuestro deber no es sólo el que Ud. indica. Debemos, sobre todo, dar a las masas el ejemplo en la lucha revolucionaria, enseñarles el empleo de la violencia, porque es el único instrumento de su liberación. Lo demás son palabras, pura música...

De nuevo se produjo un tumulto en el que nadie pudo entenderse. Por encima de la algarabía se elevaban, compitiendo en estridencia, la voz de Marín y la de Carrasco, un profesor primario que se contoneaba en medio de la sala, con esguinces de director de filarmónica. Gómez, sonriente, seguía fumando su cigarrillo. Las agresivas expresiones de Zapata no lo habían conturbado. Conocía a su impugnador y se explicaba su arrebato. Zapata era un individuo impulsivo y cruel, dominado por fuertes pasiones apenas disimuladas por un vago pensamiento revolucionario. De no ser anarquista, habría sido delincuente. Carecía por completo de sentido moral.

Y así como él — pensaba el viejo Gómez — hay tantos, tantos. Son los más. No ven en el ideal revolucionario otra cosa que una fórmula que satisface la energía vindicativa de que están poseídos. Ciegos para la verdad, todo se reduce en ellos al resentimiento. Sueñan en la destrucción de lo que odian, pero no van más allá. Buscan la acción por la acción. La violencia les parece un fin y van por la vida deseosos de acometer. Y las masas los siguen porque saben suscitar los oscuros, los tremendos rencores, las grandes ansias crueles, el empuje atávico, destructor.

Un grupo rodeaba a Zapata, increpándole su ataque al

viejo maestro a quien todos respetaban. Zapata se defendía, sonriendo irónicamente.

—Yo no he querido ofender al camarada Gómez. No me digan eso. Yo lo respeto como él que más, pero creo que mira las cosas con demasiado idealismo. Yo que soy hombre de acción, y no intelectual, estoy impaciente por ir a la calle, a la verdadera lucha. Y creo que así debemos proceder todos si queremos llegar a algún resultado.

—El camarada Zapata tiene la razón—chilló Marín.— Yo también opino que es necesario actuar. La violencia es el único argumento contra los burgueses. Nuestro ideal tenemos que imponerlo con la dinamita.

Contento de su elocuencia, el estudiante se sentó, acariciándose su rubia melena, cuidadosamente desordenada como convenía a un joven de ideas avanzadas.

El viejo Gómez se había levantado y pidió silencio.

—Perdónenme, compañeros — dijo — tengo que retirarme y antes quisiera decirles que no me han ofendido de ningún modo las palabras de Zapata. El es un luchador joven; yo, un viejo soñador. Comprendo su estado de ánimo ante la situación actual. Tiene razón el camarada Zapata. Aplaudo su energía y su fe. Efectivamente, como él dice, sólo la acción vale la pena. Pero Uds. comprendan y disculpen mis chocheos...

Sonriente, avanzó hacia Zapata y le dió un abrazo.

Los miembros del grupo aplaudieron con calor.

—¡Siempre tan noble este viejo! — murmuró alguien.

Apenas hubo salido Gómez continuó la deliberación. Fueron llegando nuevos contertulios que venían de los locales de los huelguistas. El movimiento aumentaba. Casi todos los sindicatos de la capital estaban comprometidos y llegaban adhesiones de provincias. El paro nacional se vislumbraba como posible, lo que acentuaba el entusiasmo de los dirigentes de la huelga. No había duda, los patrones tendrían que ceder esta vez. El mismo Gobierno se vería obligado a presionarlos en vista de las proyecciones que tomaba la agitación obrera.

El programa propuesto por Zapata fué íntegramente aprobado.

Rompía ya una cenicienta alborada cuando se dispersó la reunión. En pequeños grupos se fueron conversando. Una brisa fresca venía desde los campos sobre el suburbio que parecía más triste en la soledad del amanecer. Calles desiertas, puertas cerradas, árboles inmóviles. Y en la lejanía un vasto murmullo que se iba acentuando a medida que la claridad se expandía sobre el cielo desnudo.

III

Mediante la intervención de algunos políticos amigos, Leonardo Vargas y sus compañeros habían sido puestos en libertad después de algunas horas de detención en la Sección de Investigaciones. Leonardo, después de una corta visita a su grupo, se encaminó a la casa de pensión donde vivía. Experimentaba una incertidumbre que lo hacía sentirse extrañamente descontento de sí mismo, un quebrantamiento inexplicable de la voluntad.

Deseoso de normalizar el ritmo de su vida interior, agitada por contradictorias fuerzas, caminó por calles apartadas, dando un amplio rodeo para dirigirse a su domicilio. No quería encontrarse, con el ánimo tan conturbado, solo en la pieza como todas las noches. Ahí no tendría defensa contra su inquietud; en cambio, marchando al azar, hasta la fatiga, quizás conseguiría el apaciguamiento que su voluntad no era capaz de lograr.

Desde hacía algún tiempo, él, que siempre se había dado por entero, con entusiasmo de fe, a la acción revolucionaria, vivía en un melancólico aislamiento que a varios de sus compañeros empezaba a parecer una deserción. Pasaba los días en su cuarto leyendo y soñando, sin verse con nadie. Otras veces escribía cuartillas que luego destrozaba con rabia. Los amigos más íntimos decían que estaba neurasténico.

Tampoco estudiaba. Había empezado a interesarse por el movimiento revolucionario cuando ingresó a la Universidad y, cada vez más cogido por el ideal que había abra-

zado con pasión de adolescente romántico, nunca se preocupó seriamente de sus estudios. No obstante, había llegado sin darse cuenta, a través de múltiples incidencias e interrupciones, al último curso de la Escuela de Ingeniería. Un esfuerzo más y tendría un título.

—¿Para qué lo necesito? — solía decir a los que lo instaban a obtenerlo pronto. — Si me dedico a la profesión, me veré cogido por los intereses materiales, egoístas, perderé el empuje combativo y quizás la fe. Al poco tiempo el ambiente en que me veré obligado a actuar me convertirá en un despreciable burgués, como mis hermanos y demás parientes. No, prefiero no ser más que un soñador. . .

Y eso era, efectivamente. Lo había llevado al campo revolucionario un cálido impulso de su corazón que se agitaba emocionadamente ante el espectáculo cotidiano de la miseria, baldón de la vida. La torva y mezquina realidad se le presentaba como una pesadilla de la que era preciso librarse, con un esfuerzo dramático, quizás sangriento, para comenzar la vida verdadera, en que hasta los pensamientos de los hombres estuvieran teñidos de una nueva belleza. No concebía la necesidad del mal.

Algo a la vez ascético y sensual daba carácter a su rostro enmarcado por largas melenas, rostro en el que una pensativa y bondadosa mirada anticipaba la cordialidad de su espíritu libre de compromisos, comprensivo hasta el extremo de no sentir el odio. Daba una impresión de paz espiritual, de tranquila pureza, de armonía interior. Al verlo venir, con su andar un poco inseguro, lento y abstraído como deteniéndose ante la sombra de sus propios ensueños, uno sentía la evidencia de una energía secreta que por el hecho mismo de ocultarse era más fecunda.

Leonardo Vargas había llevado hasta los 20 años la vida corriente del hijo de familia. Su destino parecía trazado como el de tantos jóvenes de su edad, y ni siquiera había pensado en que pudiera torcerse de improviso hacia una zona incógnita en que nada era seguro sino la angustia y la sorpresa. Había estudiado en el liceo de su ciudad

natal. Alumno excelente y aprovechado, no llamó la atención sino por su carácter bondadoso y tímido que lo alejaba de los juegos violentos y de las bromas procaces, y a menudo crueles, de sus condiscípulos. Sólo en el último curso se despertó en él la afición a la lectura.

Pero esta afición pronto se transformó en pasión. Y un mundo de imprevistas sugerencias fué revelándose a su espíritu que despertaba a la vida con un melancólico deseo de no sabía qué. Lo consumía una especie de fiebre. Desbordante de una fuerza nueva que rompía todo marco de disciplina, descuidó sus obligaciones del liceo. No se acomodaba a su impaciencia la reglamentada sucesión de conocimientos que a diario le proporcionaban, entre bostezos y regaños, profesores que parecían autómatas de repetición. Quería ir, como en un vuelo, al límite de los últimos problemas y leía sin descanso, al azar, obras de variada índole, buscando respuesta a las interrogaciones que lo atormentaban. Pero la voz taciturna de su ansiedad quedaba sin eco, flotando en una niebla de palabras que le causaban fatiga y desaliento. Durante esta crisis intelectual perdió la fe religiosa.

Una vez terminados sus estudios del liceo, partió a la capital. Lo guiaba no tanto el afán de complacer a sus padres, que deseaban verlo con un título profesional que le asegurase el porvenir, como la vaga esperanza de encontrar por fin, en la complicada experiencia de la gran ciudad, el sentido de su vida. La provincia y el hogar le hastiaban con su inalterable ritmo de paz y la familiaridad, que llega a ser desesperante, de las cosas y de los seres sumergidos en un sueño que el tiempo no destiñe y que la misma muerte roza apenas: sueño pesado, inexorable, que gira en torno al campanario de la plaza con la sombra de los días.

Durante el primer tiempo, experimentó un nuevo desencanto: la vida era aquí semejante a la del pueblo, un poco más amplia y resonante, pero en el fondo igualmente monótona y vacía, desprovista de la gran perspectiva y del

extraño dramatismo que su imaginación reclamaba. La sordidez de una pensión de barrio, los cursos de la Universidad, las prolongadas vigiliias de lectura y, de vez en cuando, una remolienda con amigos en algún lupanar pobre: esa era la nueva realidad que se le presentaba.

Para escapar del hastío que comenzaba a estragarlo, dejó de frecuentar las aulas y se entregó a la crápula. Pasaba la jornada durmiendo y, al comenzar la noche, se levantaba para comenzar su peregrinaje de evasión. Como sus padres le enyiaban bastante dinero, se hizo asiduo contertulio de un prostíbulo de la calle Eleuterio Ramírez. Llegaba pasada la medianoche, siempre solo, después de haber vagado con amigos por algunas tabernas del centro. Ahí conoció a una muchacha argentina de quien se enamoró con un romanticismo apasionado en que rezumaba un poco de literatura y mucho de su ávido corazón de solitario. Ella parecía corresponderle también con una ternura que, por demasiado efusiva, se hacía sospechosa. La verdad es que no quería otra cosa que su dinero. Leonardo se dió cuenta pronto y no volvió más.

Empezaba a orientarse un poco en la vida.

Durante un período de aguda crisis moral, entró en relaciones con un grupo de estudiantes que se dedicaban al estudio de los problemas sociales. Uno de ellos, que era de su mismo curso, le prestó varios libros que abrieron una ruta nueva a su inquieto pensamiento. Y la tomó con su acostumbrada pasión, con idéntica pasión a la que lo hacía someterse a largos ayunos y rezos ardientes cuando lo torturaba la idea del pecado, en los períodos de fiebre mística de su primera adolescencia. Convertido en anarquista militante, penetró en los cenáculos estudiantiles y proletarios en que se comentaban, noche a noche, entre el humo de los cigarrillos y el mal café, las ideas de los propagandistas europeos de la revolución.

Un verdadero frenesí de neófito lo consumía. Ardientes de apasionada fe, sus ojos resaltaban en el rostro, ahora enjuto y pálido; sus labios contraídos expresaban obstina-

ción y energía. Sin pretenderlo, se imponía a sus nuevos amigos quienes lo rodeaban buscando en él un apoyo en el desfallecimiento y consejos en la incertidumbre. Llegó a ser pronto el jefe moral de un grupo de estudiantes anarquistas que trabajaba entre los obreros.

No hubo desde entonces huelga o mitin en que su palabra encendida en fuego de apostolado dejase de resonar sembrando los ideales libertarios, invitando a la "gran unión de los desamparados para establecer el reinado de la justicia y la fraternidad, en que los hombres puedan vivir la vida plena". Cuando estaba en la tribuna se transfiguraba. Con la larga melena romántica en desorden, las manos crispadas de pasión, la mirada fulgurante, parecía la concreción del espíritu revolucionario que él trataba de suscitar en la masa que, a sus pies, se arremolinaba en una rumorosa expectación.

Frecuentaba por las noches los cafetines de barrio en que se juntaban los grupos anarquistas, y las piezas de los conventillos y cités en que vivían los dirigentes obreros con los cuales trabajaba. Conoció así de cerca la existencia del pueblo, agobiada por la miseria asfixiante y la inseguridad del porvenir. Sin embargo, aquellos hombres alimentaban un vasto ensueño tenaz que los hacía olvidarse de la inmediata realidad torva. Ninguno pensaba en sí mismo. Eran sobrios, austeros, abnegados, porque eran fanáticos.

Leonardo, en la intimidad de su ser, sentía por ellos una admiración mezclada de fraternal solicitud. Iba a buscar cotidianamente en su compañía aliento y confianza para librarse de la duda que a veces lo roía. Caminando en la noche, ahora pensaba en ellos. Estaba desvalido y confuso ante su propia conciencia, más desvalido y confuso que nunca. ¿Podría encontrar en aquellos hombres algo que le devolviera la seguridad de la fe?

Procuró recordar en qué momento había comenzado aquel triste eclipse de su corazón. Hasta hacía muy poco, se sentía tranquilo y entusiasta, con una firme voluntad de sacrificio. Sin duda, mientras él se embriagaba en sus múl-

tiples actividades de dirigente la marea del oscuro desaliento, venida de inescrutables profundidades de su ser, había ido subiendo, con poderosa lentitud, hasta su conciencia lúcida. De improviso, había sentido su taciturna presencia, impregnando sus pensamientos y sus deseos de una tristeza agobiante y un cansancio letal.

No creía ya en el porvenir ni en sí mismo. No creía en nada. Y debía continuar en la lucha, interiormente hastiado y avergonzado de su inútil heroísmo. Para aturdirse, se hundía en lo álgido de la acción, tratando de llenar su existencia de deberes inusitados; pero sólo encontraba en el campo obrero una monotonía de rostros y de gestos, de palabras y de hechos que lo irritaba hasta la desesperación. La lucha revolucionaria había adquirido un inevitable aire burocrático: circulares a los comités de los sindicatos, discusiones académicas en los grupos de propaganda, artículos sobre temas de índole social, — ¡siempre los mismos! — en las hojas efímeras que circulaban en las barriadas proletarias, en las fábricas de la ciudad y en los centros estudiantiles de avanzada.

Para vencer el hastío, volvió a sus antiguas expansiones de juerguista, a escondidas de sus compañeros que lo creían un asceta. Muchas noches, solo en su pieza, bebió hasta el aturdimiento, deseoso de romper el círculo ardiente que lo oprimía. Pero tampoco este camino lo conducía a la liberación. No era capaz de encontrar su propia verdad: los deberes que voluntariamente se había impuesto, la suave tiranía del hábito, el miedo pueril a la opinión de los amigos, lo envolvían en una red infranqueable que le impedía ser el mismo.

Había que seguir adelante, simulando la fe perdida, ocultando con palabras enfáticas el vacío del corazón desierto. Aquello era repugnante, pero necesario. De otra manera, ¿cómo vivir? ¿Acaso encerrándose en un egoísmo plácido, después de recibir el título profesional? ¿Formar una familia, quietamente burguesa, y decir adiós para siempre a la emoción de lo inusitado y al vago ensoñar sin des-

tino? Tuvo asco de este pensamiento.

Estaba también presente el aleteo de un sentimiento desconocido que en vano había tratado de destruir con su implacable análisis. Como una niebla sutil que todo lo impregna y cambia el aspecto de las cosas, ese sentimiento había penetrado en su vida, sigilosamente, en la hora propicia de la confusión y el desaliento, cuando los motivos que hasta entonces lo habían guiado aparecían en su pobre desnudez.

Conoció a Eliana en casa de una familia amiga de sus padres, durante una de las rápidas y espaciadas visitas que les hacía. Conversaron de asuntos banales, pero una espontánea simpatía los unió desde el primer momento. Leonardo estuvo jovial y alegre a tal extremo que llamó la atención de sus amigos, acostumbrados a verlo con el ceño adusto cada vez que venía a visitarlos. Doña Luisa, una señora que lo había visto nacer y lo quería como a un hijo, apuntó con sonriente malicia:

—Leonardo está hoy día muy mejorado, muy mejorado. Está inconocible.

Al despedirse, creyó sentir una cálida dulzura en el apretón de manos de Eliana. Salió de aquella visita con una extraña y jubilosa opresión, como si dentro de su alma fuera a revelarse un decisivo secreto. Anduvo vagando hasta altas horas por el Parque Forestal, entregado a un ensueño sin forma, evocando las escenas de la tarde, el brillo de la sonrisa con que Eliana, en la conversación, se inclinaba hacia él, la turgente esbeltez de su cuerpo, la calidez de su mano suave, abandonándose a la suya en la despedida.

A la mañana siguiente, una larga y serena reflexión le hizo ver los contornos reales y un poco ingratos de la situación. Eliana pertenecía a una vieja familia católica, muy pagada de su fortuna, vinculada a los círculos conservadores de la capital. No podría jamás relacionarse con esa gente que él despreciaba y que lo despreciaría a él. Por lo demás, Eliana llevaba la vida de todas las muchachas de

su edad y de su medio, vida en la cual él no tendría entrada: visitas, reguladas por carnet, a las numerosas relaciones, algunas obras de beneficencia para dignificar la ociosidad, y, sobre todo, fiestas con amigos y amigas cuya principal actividad intelectual era la confección de "programas" para pasar divertidamente los días y las noches.

No obstante, había empezado a frecuentar los sitios donde podía encontrarla y se sentía cada vez más alejado de sus compañeros. Esto lo hacía considerarse pequeño y miserable, pero no lo podía evitar. A ratos, pensaba en buscarla, decírselo todo y esperar de su boca una decisión definitiva que lo sacara de la torturante incertidumbre. Pero el deseo de tener por lo menos la posibilidad de esperar, lo detenía, frente a ella, en una tímida reserva.

No sabía qué hacer, se entregaba al destino.

IV

Buscaron una mesa apartada, en un rincón del café, a pesar de que a esa hora no había ningún parroquiano. Una criada, soñolienta y sucia, se acercó formulando la pregunta de siempre:

—¿Qué se sirven?

—Traiga tres cafés, bien cargados.

Conversaron de asuntos sin importancia, con desgano, esperando que les sirvieran. Zapata consultaba con aire reconcentrado un pequeño plano. Sus acompañantes eran Rojas, el secretario del Sindicato de Zapateros y Liborio Sierra, un muchacho flaco y nervioso que escribía de tarde en tarde artículos literarios en algunos periódicos populares.

Cuando tuvieron frente a sí las tazas humeantes y la criada hubo vuelto a sentarse al otro extremo del salón, comenzaron a preocuparse del asunto que los reunía. Zapata con ruda claridad inició la conversación.

—Ya saben Uds. de qué se trata, compañeros. Ayer les hablé de la necesidad de hacer algo contundente, verdaderamente revolucionario, que apresure la capitulación de los patrones. La huelga se prolonga demasiado. Los obreros están cansados. Los fondos de resistencia ya se han agotado y las familias empiezan a sentir el hambre. Unos días más que dure esta situación y el movimiento se convertirá en derrota.

Liborio hizo enérgicos signos de asentimiento. Rojas, apoyando los codos en la mesa, objetó:

—¿No crees tú que si colocamos las bombas vendrá una reacción policial muy fuerte, tomarán presos a los compañeros sospechosos y quebrarán, por la violencia, el movimiento?

—Es posible que eso suceda, aunque no lo creo — respondió Zapata.—Los burgueses están atemorizados. Acen tuando su miedo con actos de terror accederán a las peticiones de los huelguistas, para evitar males mayores. Además, no te olvides que se trata, ante todo, de levantar el espíritu revolucionario con acciones efectivas. Este movimiento importa poco. Lo que importa es el porvenir, la revolución.

Liando su clásico cigarrillo, continuó Zapata el desarrollo de su teoría de la violencia, como si estuviera ante un dilatado círculo de discípulos. Consideraba indispensable para suscitar en la masa proletaria una voluntad rebelde, que una minoría audaz se colocara a la vanguardia realizando empresas enérgicas, capaces de producir entusiasmo y confianza. Lo demás era demagogia literaria cuando no oportunismo político. Los socialistas y los comunistas engañaban a los trabajadores con grandes frases que sólo servían para encubrir el deseo de predominio de una burocracia de dirigentes.

Rojas participaba también de estas ideas, pero se resistía a admitir la oportunidad de un atentado terrorista.

Liborio, en cambio, las apoyaba con vehemencia, citando nombres de anarquistas célebres y frases aprendidas en los folletos de propaganda. Para él no sólo era conveniente sino que necesario colocar algunas bombas en casas de empresarios y en las fábricas. Hablaba enfáticamente, haciendo girar hacia todas partes sus ojos redondos y febriles de neurótico.

—Tiene la razón el compañero Zapata— decía, manoteando. — Hay que demostrar que somos una fuerza im placable.

Y agregaba, pedante:

—El atentado vale por sus grandes repercusiones psicológicas.

Continuaron discutiendo largo rato. Las objeciones de Rojas se hacían cada vez más débiles. Terminó por convencerse de que era necesario llevar a efecto una "enérgica ofensiva revolucionaria", como decía Liborio en su jerga de intelectual de avanzada. Entraron a considerar la manera de realizarla.

Zapata había elaborado un plan completo. Un electricista amigo suyo, hombre de "ideas", tenía varios cartuchos de dinamita y el fulminante necesario. La preparación de las bombas era asunto baladí. El mismo electricista sabía confeccionarlas de gran eficacia porque había trabajado durante varios años en la Pampa Salitrera, donde se utilizan en las faenas. Además se había perfeccionado estudiando en libros especiales el problema. Era un verdadero técnico.

—Un hombre muy callado y muy capaz — recomendó Zapata — y enteramente de la causa...

Acordaron reunirse en el mismo sitio, la noche siguiente, para convenir los detalles del proyecto en compañía del electricista.

Fumando cigarrillo tras cigarrillo y tomando café, siguieron la conversación. El tema candente era la huelga. La consideraron desde diversos puntos de vista, tratando de acomodar a la situación actual las opiniones de sus maestros predilectos. Como los tres eran anarquistas, demostraban gran interés por la espontaneidad del movimiento obrero que se desarrollaba fuera de la influencia de los políticos que, desde el primer día, habían tratado de aprovecharlo para sus fines.

—Los comunistas y los socialistas están desesperados— apuntó Zapata — porque los sindicatos han designado un comité de huelga del cual han sido excluidos los clásicos "mangoneadores". Moisés Waistein, el judío secretario general del Partido Comunista fué expulsado de la asamblea de los ferroviarios. A la comisión del Partido Socialista no la admitieron. Esta vez se trata de un movimiento neta-

mente obrero y revolucionario, de puro carácter sindical.

—Sí, es un movimiento espontáneo de la masa explotada, una rebelión de fuerzas vitales sofocadas por el régimen burgués. Los obreros empiezan a sentir en nuestro país la necesidad de la liberación. Yo me siento feliz de ver estas cosas que no esperaba tan pronto — dijo Rojas con tono grave y sincero.

—Asistimos a una trasmutación de valores — observó Liborio, sentencioso.

El café se iba llenando de gente que venía de un cine del barrio: jóvenes obreros, taciturnos y cansados, con sus compañeras; familias modestas; hombres solitarios, de aire melancólico; empleadas domésticas; algún conscripto con licencia. Pronto todas las mesas estuvieron ocupadas y un rumor de enjambre pobló el pequeño salón. Una vieja victrola sumó al bullicio de las conversaciones los sonos lánguidos de algunos tangos de moda.

Temiendo, aunque sin razón alguna, resultar sospechosos, los tres amigos prefirieron continuar su conversación en la calle. La Avenida Matta se alargaba solitaria hasta hundirse, allá lejos, en el corazón de la noche. Parecía dormida bajo el limpio cielo vernal en que refulgían las estrellas innumerables como llamamientos del eterno y misterioso abismo. La tierra estaba extrañamente inmóvil. Los pasos de los transeúntes rezagados cobraban una singular nitidez en la atmósfera quieta.

También la gran paz nocturna aquietaba el tumultuoso anhelo de aquellos hombres que habían estado siempre amarrados a un fatal designio de pobreza y de fracaso. Hablaron, casi mecánicamente, durante un rato, pero las palabras salían forzadas como si tuvieran que vencer la resistencia de un silencio imperioso, más grávido que la inmensidad que aplastaba la noche. Luego caminaron taciturnos, sin mirarse siquiera, como extraños que el azar ha juntado, atento cada uno a imágenes diversas y sin forma.

Ninguno tenía, en realidad, una razón para vivir y los tres sentían el apremio de un destino desconocido. Una in-

quietud indefinible los había hecho apartarse del viejo camino que siguieron sus antepasados, de la sencillez de lo cotidiano. Inadaptados al ambiente mezquino del trabajo y la rutina, Zapata y Rojas, desde muchachos, habían deseado la aventura, lo inusitado. Lo que ellos llamaban "su anhelo libertario" no era, en el fondo, otra cosa que la tensión de una voluntad acallada por la monotonía de la existencia.

Ahora, ambos pensaban atropelladamente, con asco triste, en los días inútiles que se iban sumando, con inalterable seguridad, a su pasado, mancha gris que se agrandaba en el vacío. Mucho habían deseado sin obtener nada. Sólo el sueño los había mantenido; pero el sueño, insatisfecho, había terminado por diluirse en una amargura de resentimiento. Luego, la mujer, los hijos... La vasta amplitud del sueño se había reducido a los límites de una pieza de conventillo.

No obstante, había llegado el momento en que todo aquello debía cambiar. Iban a romper, por fin, el círculo de paz letal en que habían vegetado y a lanzarse a la embriaguez de la acción. Había que renunciar de antemano a todo, pero tenían fe en ellos mismos. Una vez siquiera en la vida un gesto decisivo, verdaderamente libre. Lo demás no valía nada. Sin embargo, estaban tristes.

Los pensamientos de Liborio seguían otro curso. Experimentaba una emoción vaga. No era precisamente temor, sino algo como el presentimiento de un confuso peligro que es posible evitar, pero que atrae con la promesa de una incógnita voluptuosidad. Estaba entre los revolucionarios por esnobismo, por afán de imitación y también por un sordido rencor de intelectual fracasado. El atentado que se proyectaba tenía para él el significado de una venganza contra un mundo que lo arrinconaba en el anonimato.

Fatigado por el largo silencio, Liborio no hallaba cómo reanudar la conversación. La noche, con sus inconmensurables dimensiones de sombras, le encogía el ánimo en una especie de congoja.

—Al fin van a comenzar a temernos los burgueses — dijo, incapaz de contener por más tiempo su locuacidad.

Quería aparecer como un implacable revolucionario.

Zapata y Rojas permanecieron callados. Procuró, entonces, reanudar el comentario en torno del próximo atentado, pero sus acompañantes, sumergidos en su taciturno ensueño, parecían ignorar su presencia. Desalentado, se entregó a pensamientos poco amables acerca de la mentalidad de los trabajadores. Era imposible que un hombre de inteligencia lúcida como la suya, llegara a entenderse realmente con aquellos espíritus soñolientos que apenas poseían la sabiduría del instinto. Pero tenía que tolerarlos porque quizás de ellos dependía su porvenir.

Al llegar a la calle Portugal, Zapata se detuvo para despedirse.

—Hasta mañana, entonces — dijo alargando su mano fría, áspera y huesosa.

—Hasta mañana, compañero. Ahí estaremos...

Zapata se hundió en la calle sombría, bordeada de porteros y de casas ruinosas. Al ruido de sus pasos ladraron algunos perros.

Liborio y Rojas permanecieron algunos minutos parados en la esquina, esperando que su compañero se alejara. La sombra de Zapata destacaba en la acera vagamente iluminada por algunos focos, muy espaciados, que daban la impresión de resistir apenas el asedio de la densa tiniebla. Luego se perdió, de improviso, como tragado por el muro.

Después de encender un cigarrillo, los dos hombres continuaron su camino. Liborio monologaba sin descanso. Rojas, fatigado con el ajetreo de la jornada, en cuanto llegó a la cité donde vivía se despidió bruscamente, cortando sin miramiento el chorro verbal de su compañero. Liborio quedó solo, y como aun no tenía sueño se dirigió a casa de su amigo Rosenberg, con quien esperaba satisfacer ampliamente su deseo de diálogo.

Abraham todavía estaba en pie. Lo recibió con su

parca cordialidad de costumbre.

Rosenberg tenía un inconfundible tipo de judío: melena crespa y rojiza, salientes y claros ojos de pez, nariz gruesa curvada sobre una boca carnosa, piel blanca cubierta de pecas. Era un personaje curioso. Conocía a todos los dirigentes revolucionarios y estaba al tanto de sus proyectos. En cambio nadie podía jactarse de conocer su vida íntima, sus verdaderos pensamientos y su pasado. Tenía un pequeño taller de fotografía, pero casi nunca se le encontraba en él.

Liborio sentía por el judío respeto y admiración. Dentro de su concepto libresco del mundo, lo consideraba el tipo del aventurero que él hubiera querido ser. Su imaginación se recreaba suponiendo extraordinarias peripecias en la vida de aquel hombre que, cuando hablaba de seres extraños conocidos en sus variadas andanzas, daba la impresión de estar hablando de sí mismo.

Liborio, dejándose caer en un viejo sofá, exclamó con indiferencia fingida:

—Hay novedades, camarada Rosenberg.

—¿Sí? — dijo el judío, con frialdad. — ¿De qué se trata?

Liborio, sobrecitado, se lo contó todo. Durante un momento, Rosenberg se inclinó con espontáneo interés; pero, a medida que avanzaba el relato, fué recobrando su aspecto habitual de cortés indiferencia. Liborio, procurando poner de relieve la importancia de lo que iba a suceder, acumulaba detalles que en gran parte nacían en aquel mismo instante de su fantasía pueril. Un poco molesto por la frialdad de Rosenberg, dijo a manera de conclusión:

—Bueno, uno de estos días va a ver Ud. de lo que somos capaces.

Abraham le alargó un cigarrillo y se limitó a decir.

—Allá veremos. Hay que ir a la Argentina para encontrar gente entendida en esta clase de asuntos. Y decididos...

Liborio guardó silencio, irritado. No valía la pena dis-

cutir. Los hechos contradirían el ingrato y despectivo escepticismo de su amigo. Desvió la conversación hacia otros tópicos y transcurrido un rato se despidió.

La distancia hasta su casa era considerable, pero la noche invitaba a la errancia. A lo lejos sonaron unos disparos que lo sobrecogieron. Con un estremecimiento de todo su ser pensó en el estallido de la dinamita. No, él no estaría cerca, de ninguna manera. Pretextaría una enfermedad. Era preciso no exponerse demasiado.

V

Liborio Sierra, pretextando una enfermedad como lo había pensado, no concurrió a la reunión en que Zapata y Rojas planearon los detalles del atentado.

A pesar de su aspecto de buen muchacho, en quien la vehemencia parecía ser una forma de saludable sinceridad, Liborio ocultaba una roedora envidia y un designio avieso que ni él mismo hubiera podido precisar. Era un individuo inquieto y trashumante. Con excepción de dos o tres empleos en casas comerciales, que desempeñó en Valparaíso, la mayor parte de su vida la había pasado sin trabajar, a costa de su madre, una buena señora a la antigua, propietaria de varios inmuebles, que, como todas las madres, creía a su hijo llamado a un extraordinario destino.

La pereza natural y la manera de ser, un tanto histérica, de Liborio no eran para la señora Beatriz otra cosa que los signos de un genio en embrión que no se aviene a la vulgaridad del ambiente y a las obligaciones del trabajo. Se dedicaba a escribir versos y a gastar una considerable porción de las rentas familiares en sus devaneos de noctámbulo. Durante un tiempo se aficionó a las drogas heroicas, porque eso le pareció indispensable para su consagración como literato modernista y espíritu superior.

Naturalmente no triunfó en la literatura. Por ahí quedó, como fugaz excrecencia de su esteticismo, en algunas vitrinas de librerías de lance, un pequeño volumen de prosas en las que retorcidamente tratara de imitar a Lorrain. Había pretendido ser el Phocas de una garçonnière mantenida en

comandita con otros horteras y poetas que se aprovechaban de algunas dactilógrafas complacientes. Liborio las había hecho reír bastante con su actitud en que se mezclaba una perversidad de manual erótico con teorías sociales aprendidas en la colección Sempere.

Andando el tiempo, había terminado por casar con una muchacha fina y discreta que conoció en una tertulia literaria. Ella era inteligente, pero desprovista por entero de experiencia. Nada de extraño tuvo, pues, que no acertara a ver la pobre realidad humana que se agazapaba detrás del barniz poético de Liborio. Impresionada por algunas frases suyas, aprendidas en autores franceses, que le parecieron singularmente ingeniosas y delicadamente originales, llegó a creer que el interés que le producía Liborio era el amor con que soñaba en las prolongadas vigiliias de su adolescencia teñida de literatura pasional.

El hecho fué que se había comprometido y luego casado, convencida de amarlo y, más que eso, de admirarlo. Pero, con demasiada prontitud, la vida en común, desnuda de disimulo, la había despertado a la verdad, despojándola de todo sentimiento, que no fuera una condescendencia algo despectiva, hacia aquel hombre. Cuando él le hablaba de sus proyectos, siempre fantásticos y cambiantes, ella resumía el concepto que le merecía su marido en una frase que oscilaba entre la benevolencia y el desdén:

—Liborio no te metas en esas cosas. Tú no sirves para nada...

Liborio había seguido, con su mujer, adscrito a las rentas de la madre, sin inquietarse seriamente por ninguna cosa. Miraba la vida a través del último libro leído, ajeno a la misteriosa y trágica realidad que nos rodea sin decirnos jamás su secreto. Como necesitaba llenar sus días, vacíos de sentido, se inició en los círculos revolucionarios por intermedio de un grupo de poetas novísimos, cocainómanos e invertidos que pertenecían al Partido Comunista para "epatar". Los comunistas lo emplearon en escribir proclamas que él mismo debía colocar en las fábricas.

Semejante destinación hirió fuertemente su vanidad. Pronto su incoercible tendencia a la intriga y su impaciente anhelo de figuración lo pusieron en conflicto con la jefatura del partido que estaba en manos de algunos abogados y judíos no muy tolerantes. Fué expulsado. Comenzó entonces a vincularse con los anarco-sindicalistas, gente en su mayoría — según decía él — de amplio criterio, capaz de explicarse con bondad las variaciones de su conducta. Manifestaba un entusiasmo desbordante por su nuevo credo. Trabajaba en los sindicatos con una obstinación que pronto hizo olvidar su tortuoso pasado.

—Es un excelente camarada — decían de él sus nuevos amigos.

Y le encomendaban labores de confianza. El las cumplía lo mejor que podía y esto — unido a las copiosas citas de libros que siempre tenía a mano y a su facilidad para escribir artículos sobre los temas más dispares — terminó por darle cierto relieve. Además, como él explicaba hábilmente su salida del comunismo, por razones doctrinarias y morales, las dudas que persistían en algunos fueron pronto sofocadas. Liborio, como era natural dada su idiosincrasia, se había convertido en el más radical de los libertarios. Y así como sus dioses habían sido en el comunismo Marx y Lenin, ahora lo eran Bakunin y Malatesta, a quienes citaba en todos sus artículos.

Mientras tanto, subterráneamente, sirviéndose siempre de sus relaciones literarias, buscaba la manera de ser recibido en el Partido Socialista, donde esperaba alcanzar figuración y quizás, en las próximas elecciones, un puesto en el Parlamento. Su deseo más firme y recóndito era representar algo en la escena pública, aparecer en los diarios, tener influencias. Había en su carácter un no sé qué de femenino y pueril.

Su participación en los preparativos del atentado lo inquietaba sobremanera. Aunque se había retirado a tiempo, no dejaba de comprender que, si los hechos se consumaban, la policía no cejaría hasta descubrir a los autores. Estaba

seguro de que por ningún motivo sus compañeros confesarían, pero tarde o temprano su complicidad tendría que ser conocida. Y eso significaba la cárcel por quizás cuánto tiempo.

—Por lo demás — se decía, confirmándose a sí mismo sus temores — me tomarán preso aunque sólo sea por sospechoso. Soy un revolucionario conocido. Me deben considerar temible.

La noche en que debía reunirse con Zapata y Rojas en el cafetín, esta vez en compañía del electricista que prepararía las máquinas, Liborio se metió temprano a la cama para simular dignamente la enfermedad que le serviría de excusa. Y, efectivamente, sentía un confuso malestar, una especie de ansiedad. Le pareció que tenía fiebre, pero el termómetro lo desengañó. Se quejaba, sin embargo, con el propósito de impresionar a su mujer que no le prestaba gran atención.

—Me siento mal — murmuró por lo bajo, espionando el rostro de Elba que leía tendida en la cama del lado.

—Si quieres te llamo médico. A Toribio Pérez que es tu amigo.

—No, mejor que no. Ya pasará . .

Intentó a su vez leer, pero su nerviosidad no se lo permitió. No podía retener su atención en las páginas del libro: su mirada se quedaba pronto fija en un punto y empezaba a concentrarse en una bruma leve en la que aparecían los rostros de Zapata y Rojas, el rincón del café donde dentro de poco estarían discutiendo, la instantánea del atentado dinamitero contra el rey de España que viera en una revista antigua, las rejas de la cárcel y él compareciendo ante un juez adusto, con las manos atadas, entre dos gendarmes con fusiles. Su sobreexcitada fantasía construía estas imágenes con una pertinacia enfermiza. Y experimentaba confusamente la impresión de ser un héroe y un mártir.

Lo consumía el deseo de contárselo todo a su mujer. Quería verla admirada y temerosa. No debía ignorar el valor que su marido demostraba al mezclarse en tales acti-

vidades un tanto siniestras. Además, como Elba tenía buen juicio y un claro espíritu crítico podía aconsejarlo sobre lo que convendría hacer en caso de que las cosas se complícaran. Por lo demás, era muy discreta.

Liborio quería iniciar la confidencia, pero no hallaba cómo.

Elba, absorta y grave, seguía leyendo su novela.

Al fin, Liborio no pudo más y exclamó:

—¿Sabes lo que preparan los compañeros?

—No se me ocurre — respondió la mujer, indiferente, apartando los ojos del libro con un ligero disgusto. — Tú sabes bien que esas cosas me agradan poco.

—Es que ahora se trata de algo interesante, fuerte. Algo como lo que se cuenta en los libros rusos. A nosotros esa vida nos parece extraña y potente, muy distinta de la nuestra y, sin embargo, hay entre nosotros tipos dignos de Andreiev.

—Tú, por ejemplo — apuntó Elba con una suave malicia que lo exasperó porque desgarraba su más íntimo pensamiento.

—¿Y por qué no? ¿Porque llevo una vida aparentemente vulgar, plácida? Es que mis inquietudes, como las de mis amigos, no las puede comprender cualquiera — dijo Liborio con ánimo de herirla.

—Ni falta que hace — murmuró Elba, displicentemente, volviendo a su lectura.

Liborio permaneció callado unos instantes, pero su vanidad fué más fuerte que su rencor. Tenía que hablar.

—Mira — dijo en un tono que se esforzaba por hacer grave y triste como correspondía a su carácter de héroe y a la naturaleza de la confidencia. — Estamos al borde de un peligro muy grande. Hemos acometido una aventura en que exponemos la libertad y quizás la vida. No te rías. Te hablo seriamente. Esta vez no se trata de una broma . . .

—Bueno ¿y de qué se trata, entonces? — dijo Elba sin resignarse a dejar su ironía.

Liborio, con vehemencia, atropelladamente, se lo contó todo, ocultándole sí que esa misma noche debía reunirse con Zapata y Rojas para acordar el plan definitivo. Acostumbrada a las mentiras de su marido, Elba al principio no le dió crédito, pero a medida que avanzaba el relato lo fué tomando en serio. El tono de sinceridad de Liborio y, sobre todo, el miedo apenas contenido que latía en sus palabras la impresionaban. Vislumbraba una posible turbación en su propia vida hasta ese momento sin zozobras.

Había que hacer desistir a Liborio de su participación en la aventura.

Fuó a recostarse a su lado y empezó a acariciarlo, hablándole tiernamente de sus deberes para con ella, de la felicidad de su existencia común, de la necesidad de que pensase en sí mismo. Zapata y Rojas no tenían nada que perder. ¿Quiénes eran ellos? Dos obreros anónimos, sin significación ninguna. Podían hacer lo que les viniera en gana. Pero él tenía por delante una obra seria que realizar y debía cuidarse. ¿Qué sacaría con permanecer en prisión, vejado por la policía? No debía exponerse, por respeto a su propia condición, a ser tratado como un delincuente cualquiera.

—Tú eres un intelectual, un escritor —argüía mimosa y envolvente. — Tienes otros deberes. Con tu pluma y tu talento puedes ayudar a la realización de tus ideas. ¿Para qué recurrir a esos procedimientos primitivos, propios de gente desesperada que no tiene escrúpulos de ninguna especie?

Liborio la escuchaba con un indecible regocijo íntimo. Elba no hacía más que expresar los pensamientos con que, desde la noche anterior, procuraba disfrazar su miedo secreto. Los escrúpulos que lo conturbaban eran barridos suavemente por la lúcida ternura de la mujer y la voluntad de apartarse por completo de todo riesgo cobraba en él una firmeza decisiva. No, de ninguna manera participaría en el atentado. Un resto de pudor lo llevó a fingir una objeción:

—Pero, Elba, los compañeros...

Elba le detuvo la frase con un beso y apretó contra él su cuerpo cálido. Las manos temblantes de Liborio palparon sus turgencias, tan conocidas, con una premura de deseo. Ella cerró los ojos y se dejó acariciar en una actitud de abandono que hacía resaltar la morbidez de sus caderas, la amplitud ondeante del pecho, el escorzo de su cuello fino doblado sobre la almohada. Con fingida voluptuosidad suspiraba, correspondiendo a los besos de Liborio, mientras pensaba que habría sido infinitamente torpe dejar que su vida se complicara con una aventura de ese pobre hombre inútil y débil como un niño.

Sanatorio el Girasol

VI

Con su andar rítmico, dominadora, venía a su encuentro desde el fondo del sueño. ¿Qué oscuro poderío emanaba de su presencia distante? Ahí estaba, disimulándose apenas, como una lámpara entre la niebla, torciendo la ruta de sus pensamientos. Cada vez más abandonado a las fuerzas secretas de su espíritu, Leonardo, con la voluntad aletargada, se consumía en un estéril frenesí, oscilando entre el desaliento y la esperanza.

Había vuelto varias veces a la casa de doña Luisa llevado por el afán de ver a Eliana y, también, con la esperanza de advertir en ella nuevamente aquel destello de simpatía que lo llenara de íntimo regocijo. La oportunidad de hablar a solas con ella se le presentó de improviso, cuando menos la esperaba y, en lugar de aprovecharla para la confesión apasionada con que soñaba largamente en la soledad de su pieza, había permanecido encerrado en un mutismo tímido, en un reserva que parecía una glacial y casi hostil indiferencia. No pudo decirle nada: las palabras se atropellaron en su mente, un tumulto de sentimientos contradictorios turbó su espíritu.

Eliana se había mostrado también fría y lejana, muy distinta a su primer encuentro. Le había hecho unas cuantas preguntas de fórmula, con interés puramente convencional; parecía preocupada de algo distante, ajena por completo a su presencia, sin advertir la emoción que se ocultaba en la rigidez de su actitud. Con un pretexto vago, pronto se había apartado de él para ir a mezclarse a un

grupo de sus amigos que reían en torno a una mesa de juego improvisada en el salón.

Leonardo, irritado consigo mismo y con ella, maldiciendo su indecisión de tímido y la frivolidad de Eliana, abandonó la reunión. Vagó por las calles en un estado de exaltación que lo hacía monologar en voz alta. Las palabras que un sombrío temor inconsciente contuviera en presencia de Eliana, se desbordaban apasionadamente, encendidas de una patética ansiedad. Pensaba que no la vería más y quería convencerse de que no la amaba. El era un hombre libre y fuerte, superior a la debilidad del sentimiento, incapaz de encadenar su vida a las fluctuaciones de una pasión egoísta que no tenía correspondencia.

Eliana era, al fin, una mujer como todas, más vulgar tal vez que muchas otras. Recordó sus palabras, tratando de ver en ellas el reflejo de un pensamiento pequeño que lo desilusionara; pero, sin quererlo, veía de nuevo frente a sí la expresión de sus ojos graves y dulces, un poco velados por una noble tristeza, la euritmia de su cuerpo joven que se movía entre las cosas con grácil y leve soltura, el gesto de abandono meditabundo que tenían sus manos en el regazo. Entre todas las demás, su presencia resaltaba con una claridad que ningún análisis maligno podría desvanecer.

Caminando, perseguido por su sombra, Leonardo se sentía desorientado y temeroso como un niño en medio de la noche poblada de voces y de ecos, incapaz de encontrar un camino seguro en las contingencias del corazón, anheloso de lo mismo que lo amedrentaba y acongojado por el pensamiento de que sería imposible obtenerlo. Ya no encontraría la paz. Perdida la fe, incierto el amor, rota la voluntad ¿qué le quedaba?

La calle de sus antiguas correrías nocturnas se abrió ante él, rumorosa, invitante. Experimentaba un deseo de olvido, de placer, de violencia. La angustia... ¿no tiene la angustia, demasiado a menudo un color de sangre y de vino? ¿Cuántos de sus compañeros no pensaban en el estallido

de la dinamita y en el espectáculo del espanto como un medio de evadirse del tiránico dominio de la angustia, morbo tenaz que envenena las fuentes de la vida? ¿Y cuántos no se hundían en la falsa exaltación de la orgía porque la angustia los perseguía, presencia ineludible y agobiante en los recodos de la noche? La angustia iba con él, musitándole junto al corazón su confidencia misteriosa.

Afiebradamente, sin darse cuenta, llegó a un prostíbulo. Unas mujeres pintarrajeadas lo acosaron en la puerta, murmurándole proposiciones de placer, apremiándolo con una mimosidad cansada en que se revelaba la costumbre. Vió un cerco de rostros ansiosos en los cuales la penumbra velaba los estragos del vicio y del tiempo, las lacras apenas disimuladas bajo los polvos de arroz, la flaccidez de las carnes estrujadas, durante años, por una anónima multitud de amantes. Asqueado, quiso alejarse, pero una fuerza torva lo retuvo. No tenía voluntad. Escogió a la más desvergonzada y entró con ella tomándola tiernamente del brazo:

—Vamos, hermosa, quiero conocer tu amor...

La mujer rió, groseramente, mostrando sus dientes roídos de caries.

Subieron por una escala vieja y crujiente hasta la habitación de la mujer, una habitación de prostíbulo pobre, arreglada sin gusto, que un olor a madera húmeda y a perfumes violentos hacía repulsiva. Fotografías de artistas cubrían los destrozos del papel de los muros, amarillento de vejez. El inevitable catre de bronce, cubierto de una sobrecama roja y sucia, ocupaba el centro de la pieza bajo la luz que suavizaba una pantalla de papel rosado.

Sentándose en sus rodillas la mujer le dijo, acariciándolo con aparatosa ternura:

—¿Cuánto me vas a dar, mi hijito?

Leonardo arrojó unos cuantos billetes sobre la cama. Miró en torno suyo con asco, con tristeza. Bajo la luz, resaltaba la fealdad de la prostituta, la lívida y huesosa

desnudez de sus brazos, la pobreza de su cuerpo desgarrado. Con un rápido gesto de avidez recogió los billetes, los contó meticulosamente dándose saliva en el dedo, y salió de la pieza diciendo, ahora sin mimo alguno, indiferente.

—Vuelvo luego. Acuéstate mientras tanto.

La angustia sofocaba a Leonardo. Tampoco podría eludirla en esta habitación, con la prostituta. No bastaba para liberarlo de su ensueño la evidencia de una vida de mujer tan distinta de la que tiranizaba su pensamiento. La visión de la carne abyecta que acababa de comprar, no hacía sino tornar más preciosa aún la pureza de la que estaba más allá de su deseo. Sintió repugnancia de su boca que besó la de la prostituta: labios pintados, dientes podridos...

La mujer regresó y al verlo inmóvil todavía sentado, dijo con disgusto:

—¿Por qué no te has acostado? Anda, desnúdate...

Leonardo no supo por qué obedeció con súbita presteza la orden de la mujer. Pronto ambos estuvieron en el lecho, abrazados.

—Apaga la luz ¿quieres? — murmuró Leonardo, con los ojos cerrados como si la claridad le molestase, besando la mano dura y húmeda de la prostituta.

—Bueno... — dijo ésta, con indiferencia.

Ahora estaban en medio de la noche verdadera, de la sombra infinita. Eran apenas dos voces, parecidas a todas las voces humanas; dos bocas que besan como todas las bocas humanas; dos cuerpos que se juntan en el espasmo de la posesión como todos los cuerpos humanos. Nada los individualizaba. Las tinieblas, densas e igualitarias, borraban el resplandor de la sonrisa, la grave y dulce expresión de la mirada, el gesto inimitable de la ternura que pueden hacer de un amor el único sobre la tierra. Eran dos seres, solitarios como en el comienzo de la vida, unidos en el fugitivo, tremante abrazo.

—Eliana, Eliana...

La voz ronca, trémula, del hombre resonó en el silencio.

La mujer quiso reclamar su verdadero nombre, pero enmudeció, encogiéndose de hombros, en la sombra. Su compañero hablaba ahora solo. Un poco asustada, la mujer pretendió incorporarse y encender la luz. Leonardo se lo impidió con palabras tiernas, ardientes, que la tranquilizaron. No eran palabras de loco. Acostumbrada a ver cosas tan extrañas en la conducta de los hombres que la frecuentaban, la prostituta pensó que se trataba de una inofensiva manía. Leonardo le decía al oído, con una ternura honda y humilde, palabras de amor que ella nunca había escuchado.

La mujer, aburrida, terminó por dormirse.

Leonardo continuó largo rato su monólogo, llamándola de cuando en cuando, en voz baja:

—Eliana.

La mujer roncaba, sumida en un sueño de plomo, de bestia cansada.

Leonardo se durmió también. Despertó ya entrado el día y miró sorprendido a su alrededor. La prostituta; a su lado, dormía aún. De su boca entreabierta se escapaba un ronquido penetrante. Limpia de polvos, la terrosa palidez de su cara y los círculos morados de sus ojeras resaltaban dándole un aspecto de moribunda. Los huesos de la espalda levantaban, como si la fueran a cortar, una piel húmeda y granujenta que, al llegar al cuello, se tornaba de un color de trapo sucio.

Dominado por la repugnancia, Leonardo pensó en su desvarío nocturno:

—Eliana...

Rápidamente, como afebrado, se vistió y abandonó la pieza.

El ronquido penetrante de la prostituta lo persiguió mientras bajaba la escalera.

Al salir del local, Baeza encontró a Gómez conversando con Manuel. Juntos caminaron en dirección a la calle Madrid, a la casa del zapatero donde debía reunirse aquella noche con los hermanos Castro para revisar las pruebas del periódico "Aurora Roja". Esta publicación constituía la obra principal del grupo "Numen" y daba continuidad a los esfuerzos, un poco dispersos y eventuales, de aquellos hombres que no se resignaban a la monotonía de la vida.

Los pequeños periódicos revolucionarios congregan a su alrededor a personas extrañas y disímiles: bohemios desarrapados y sin voluntad que se creen genios incomprendidos por el mundo, agitadores violentos que son capaces de usar indistintamente la pistola y la retórica, poetas de lenguaje cabalístico que arrastran por los bares de barrio un romanticismo incurable, estudiantes circunstanciales que ensayan los bríos de su resentimiento en largas parrafadas contra Dios, el mundo y la sociedad.

"Aurora Roja" era el punto de reunión de gente de esta índole. Había nacido por iniciativa del viejo Gómez — más inclinado a la nebulosidad de las abstracciones literarias que a la aspereza de la acción directa — y se había mantenido gracias a la ayuda pecuniaria que subrepticamente le prestaba un alto funcionario público que no había renunciado por entero a las veleidades libertarias de su ya lejana juventud, a pesar de ser el hombre de confianza de un departamento ministerial. Don Joaquín había sido

compañero de aventuras de Gómez, a comienzos del siglo, y continuaba simpatizando con los anarquistas. A veces, deslizaba en el periódico algún artículo firmado con el decidior seudónimo de Espartaco.

Los colaboradores más asiduos eran Baeza, alias Juan Pueblo, un tipógrafo llamado Rodríguez, tuberculoso y melancólico, que para acentuar su rebeldía firmaba Luzbel, y un joven estudiante de Leyes, de cara pálida y constelada de espinillas que escribía en el estilo abracadabrante de Vargas Vila. Los hermanos Castro tenían a su cargo la administración y tesorería. El zapatero Manuel prestaba su cuarto para guardar los periódicos que no se vendían y celebrar las reuniones de la redacción.

—¿Hay artículos buenos para este número? — interrogó Manuel.

—Sí, varios, de gran actualidad — dijo Baeza. — Rodríguez hace un análisis de la huelga desde el punto de vista libertario. Es muy interesante. El editorial es de Gómez, vibrante como todo lo suyo. Se titula: "He ahí el enemigo". Ataca fuertemente a los políticos burgueses y obreros que pretenden aprovecharse del movimiento actual de las masas. También publicaremos algunos poemas del compañero estudiante, López. Y algo mío, una nota. . .

—El periódico circula, va penetrando en la gente — aseguró Gómez. — Esta labor lenta y callada es, al fin de cuentas, la mejor, la más sólida. Así vamos formando conciencia.

—Sí, pero eso no basta, de ninguna manera — exclamó Manuel que, en su fuero interno, aborrecía a los periodistas. — Yo creo que como propaganda vale siempre más la acción directa, el ejemplo vivo.

—Es decir, la dinamita — comentó Gómez.

Manuel corroboró, enérgico:

—¡Claro!

Un silencio largo. Las calles del suburbio por donde transitaban los tres amigos estaban todavía animadas. Las mujeres iban y venían de los almacenes a las casas. Grupos

abigarrados se formaban y deshacían continuamente en las esquinas, en las puertas de los bares, bajo los espaciados focos eléctricos de las calles inundadas por la noche. Fuera de la zona iluminada, las casas se agazapaban en la sombra horadada, a trechos, por la tenue claridad de las ventanas.

—¿Te acuerdas — preguntó de pronto Gómez, dirigiéndose al zapatero — de la época en que empezamos a preocuparnos de estos asuntos? Fué allá por 1905. . . ¡Cómo han cambiado las cosas desde entonces!

—En apariencia, sí — respondió Manuel, pensativo — pero en el fondo, todo sigue igual, menos nosotros, que estamos ya viejos, cansados, un poco deshechos. Sin embargo, — agregó, irguiéndose — la fe es la misma. . .

Gómez no dijo nada.

Lleno de curiosidad, Baeza procuró estimular, por medio de intencionadas preguntas, las confidencias de los dos viejos luchadores, presumiendo que serían de intensa dramaticidad; pero ambos contestaban con evasivas. Parecían poco dispuestos a hablar. Caminaban con la vista baja, abstraídos en quizás qué recuerdos, evocados desde las profundidades de sus almas nocturnas por las palabras que se habían pronunciado y también por la calma provinciana de la calle, perdida como un remanso de quietud en el estruendo de la ciudad.

—Aquéllos eran otros tiempos, sin duda—dijo Gómez, continuando en voz alta el desarrollo de su pensamiento. — La vida se deslizaba con un ritmo distinto. Santiago tenía una fisonomía de aldea y una paz de siesta. Había en la atmósfera de la ciudad, en sus calles anchas, arboladas y silenciosas, en el aspecto colonial de sus casonas, una dulzura tranquila y poderosa, una fuerza serena. Nadie se apresuraba. Pasaban las estaciones y los años, la vida misma, imperceptiblemente. Y existían también vínculos más cordiales entre la gente.

Baeza interrumpió, erudito:

—A principios de este siglo, el problema social era ya

grave en nuestro país. La matanza de la plaza Santa María, en Iquique. . .

—Es verdad — dijo Gómez — que hubo agitación, pero no hay que olvidar que esos movimientos fueron en la zona salitrera, industrializada y bajo el control de capitalistas extranjeros. Allá siempre ha sido todo muy poco chileno. También hubo, es cierto, agitaciones en la capital, pero fueron circunstanciales. La verdadera vida nacional era tranquila, pacata, dulce. Había grupos que, como ahora, hacían propaganda y trataban de movilizar a las masas. Su labor caía en el vacío, porque las masas tenían todavía una mentalidad rural.

—Parece que usted, compañero Gómez, siente nostalgia de aquella época — insinuó, algo socarrón, Baeza.

—No, no es que la añore — contestó el viejo, sonriendo y como disculpándose. — Simplemente, la comparo con la actual, y anoto las diferencias. Ahora nos encontramos en pleno dominio de las fuerzas impersonales y diabólicas de la técnica y del dinero. Los factores puramente humanos cuentan muy poco. Santiago, convertido en ciudad moderna, ha vencido definitivamente al campo. El alma rural del chileno — tranquila, devota, tradicionalista — se ha transformado, roída por una creciente avidez de satisfacciones materiales. Estábamos, entonces, un poco al margen de la historia, como pueblo campesino. Ahora nos arrastra la corriente de los sucesos mundiales hacia términos imprevisibles. Tenemos todos los vicios de las viejas sociedades europeas moribundas.

—Nuestra época es la más grande de la historia — afirmó enfáticamente Baeza. — De ella saldrán un hombre nuevo y una vida digna.

—Así lo deseamos, y por eso combatimos — dijo Manuel, que había escuchado en silencio. — Pero el corazón es siempre nostálgico. Yo también, como Gómez, pienso a menudo en el tiempo pasado, y lo encuentro lleno de una riqueza moral que ahora no veo en ninguna parte. Los hombres eran más hombres; las mujeres, más femeninas. El am-

biente, aun para los pobres, no era tan duro.

—Los pobres, los trabajadores, eran entonces más explotados que ahora — aseguró Baeza, a quien causaba extrañeza lo que decían sus compañeros.

—Quizás había menos leyes, pero también, menos egoísmo — murmuró Gómez, eludiendo la discusión.

Luego, dirigiéndose a Manuel, agregó:

—Me estoy acordando de nuestras primeras aventuras revolucionarias. . .

—Cuenta, cuenta, compañero — apremió Baeza, con franco interés.

—No tienen importancia. Son las mismas de ustedes, los jóvenes.

Arrastrado por la viveza del recuerdo, prosiguió:

—¡Tengo tan presentes las primeras actividades de nuestro grupo! Lo formaban algunos obreros tipógrafos y varios estudiantes universitarios. Ahí estaban Urzúa, que hoy figura en la diplomacia; Ibarra, actualmente político liberal de los más reaccionarios; Melo, que se ha dedicado a la hípica y a la teosofía. Primero, formamos una pequeña biblioteca. Los estudiantes traían libros: Tolstoi, Kropotkin, Fauré, Grave. . . Discutíamos mucho, noches enteras, y nos figurábamos ser como los héroes de los libros que leíamos. Alguien, una vez, consiguió un samovar, y la ilusión fué completa. . .

—Los más impacientes querían actuar — continuó Gómez, después de un breve silencio — y nos dedicamos a fabricar una máquina infernal. Como todos éramos ignorantes en la materia, trabajábamos con exquisitas precauciones, ocultando el miedo que nos dominaba bajo una máscara de fiereza revolucionaria. Nos reuníamos en una casita del barrio Estación. ¿Te acuerdas, Manuel? Fué en el invierno de 1907. Aun me parece escuchar el ruido de la lluvia en el tejado, mientras nosotros, agrupados alrededor de una mesa alumbrada por una gran lámpara de pantalla blanca, manipulábamos la peligrosa sustancia.

Absorto en el pasado, enmudeció.

—¿Y luego? — interrogó Baeza.

—Luego, cuando hubimos confeccionado laboriosamente la primera máquina explosiva, nos encontramos ante el problema de colocarla. Como no había agitación alguna, ni huelga en perspectiva, y nuestra impaciencia de neófitos nos impedía esperar, resolvimos hacerla explotar, a manera de ensayo, en cualquier parte. En virtud de un solemne sorteo, fuimos designados Ibarra y yo para realizar la primera hazaña del grupo. Salimos una noche oscura, de lluvia y ventisca, llenos de temor y de orgullo. Ibarra llevaba la máquina debajo del impermeable. Cada transeúnte nos parecía un pesquisa. Primeramente, pensamos ponerla en la Catedral, pero había un guardián de punto fijo; nos fuimos entonces al Congreso, y vimos que el sector estaba demasiado iluminado; por último, la colocamos en el urinario de un quiosco de la Alameda. La máquina era de tiempo, debía estallar al amanecer. Nosotros nos fuimos a acostar.

—Y nosotros nos quedamos esperándolos toda la noche — recordó Manuel.

—No quisimos volver, no sé por qué — dijo Gómez. — Al día siguiente, supimos por la prensa el resultado. El quiosco había sido hecho añicos por la explosión y, con él, un chiquillo de diez años que dormía en el interior, hijo de una mujer que vendía periódicos. Tú te acuerdas del caso, Manuel. . . Les mentiría si les dijera que experimenté emoción o remordimiento ante aquel asesinato impremeditado. Me pareció algo irreal, que de ninguna manera tenía relación conmigo. A Ibarra le pasó lo mismo. Recuerdo que llegó contando aquella noche, con regocijado gracejo, los comentarios que había escuchado a un pariente suyo, empleado en el Ministerio del Interior. Lo curioso. . .

Gómez se interrumpió bruscamente, y siguió caminando, enajenado.

—¿Qué ibas a decir? — preguntó Manuel, con indiferencia.

—Nada, algo íntimo, sin importancia. . . Pasados los

años, cuando tuve hijos, me cogió el recuerdo de aquel niño desconocido que había muerto por causa nuestra. Pensaba, días enteros en la desesperación de la madre, sorprendida al día siguiente por la lúgubre noticia. La congoja humana que aquello habría significado, hasta entonces inexistente para mí, se presentó de golpe. No podía dormir. El niño muerto era una obsesión que polarizaba mi pensamiento. En vano me sumergí más profundamente en el trabajo, en la lectura. El estaba siempre ante mí, como una sombra sin rostro, imprecisa pero terrible. Al fin, aquello pasó, como todo. Hoy, sólo a veces retorna, inquietándome un poco. . .

Habían llegado a la casa del zapatero.

La comida transcurría alegremente. Alfredo Smith llevaba la dirección de la charla, con el involuntario humorismo de su lenguaje — entre inglés y español —, sembrado de palabras alteradas que hacían reír, con gran contentamiento de su parte, a sus invitados. Eran éstos, Arturo Benítez, un diputado gobiernista, un director del Banco Central de la República, y sus respectivas esposas, dos señoras opulentas, de edad indefinible a causa del maquillaje.

Alfredo Smith era el dueño de las principales fábricas de calzado, cuyos operarios estaban en huelga desde hacía ya más de una semana, y uno de los dirigentes de la Unión Patronal de la Industria. Como poseía un abundante stock de productos para atender sus compromisos con las casas comerciales, la huelga, en vez de perjudicarlo, significaba para él una benéfica tregua en el trabajo, y una considerable economía de dinero. De ahí que no pensara en acceder a las peticiones que formulaban los huelguistas y, en cambio, fuera uno de los industriales que con mayor firmeza sostenía la necesidad de impedir el triunfo de los obreros.

Smith que poseía fuertes vinculaciones en los círculos de gobierno, sabía que, de una manera u otra, el movimiento proletario tendría que fracasar. Si los obreros conseguían resistir hasta que su actitud resultara perjudicial a los industriales, el gobierno intervendría para hacerlos entrar en razón, aunque fuese necesario, para ello, recurrir a la violencia policial. Los dirigentes estaban vigilados de cerca, y de un momento a otro podrían ser detenidos. Entregadas

a sí mismas, las masas se desorganizarían rápidamente, y depondrían sus pretensiones.

Además, había que contar con el hambre, aliado fiel.

—Estos rotos están casi reventados — dijo Smith, dirigiéndose al diputado, que lo interrogaba acerca del asunto.

— No tienen qué comer, pero son porfiados. Ya han venido algunos, a escondidas de sus compañeros, a decirme que quieren volver al trabajo. No se atreven por temor a las represalias de los empecinados. Pero si el gobierno pone mano firme y garantiza la libertad de trabajo...

—El gobierno la garantiza ampliamente — afirmó con solemnidad parlamentaria el obeso político liberal. — Estuve esta mañana con el Ministro de lo Interior, quien se manifestó dispuesto a terminar de una vez por todas con esta anarquía. La prosperidad del país lo exige imperiosamente. Hay que dar seguridad de orden a los productores, para que los capitales se sientan amparados. De otra manera, se desquicia la economía nacional. Yo, como usted sabe, soy director de una compañía que trabaja con capitales ingleses, y conozco de cerca las necesidades de la industria. Hablaré en la Cámara en este sentido, afirmando algunos principios de sana política, que siempre es necesario tener presentes.

Smith y don Julián Valdés, el director del Banco, aprobaron con vigorosos movimientos de cabeza.

—Déjense de política, por favor — suplicó desde la cabecera de la mesa, la señora de Smith, con la confianza que le daba una vieja amistad con los invitados. — Tengan en cuenta que nosotras no nos preocupamos de salvar al país, como ustedes. ¿Es cierto, Julián, que usted juega al golf cada vez que va a emprender un nuevo negocio?

—Así es, señora. Cosa muy explicable. El golf despeja la cabeza y nos permite reflexionar con mayor claridad. Siempre que tropiezo con alguna dificultad en mis asuntos, en lugar de encerrarme en mi escritorio, cojo mis útiles de juego y me voy a Los Leones. Golpeando la pelo-

tita, suelen resultar excelentes negocios. Le recomiendo el procedimiento, Smith.

—Oh, yo tengo otro que también me ha dado espléndidos resultados. Me tomo una botella de whisky, fumando un buen habano y pensando en un puzzle. Pronto me quedo dormido en mi butaca. Cuando despierto, sé inmediatamente lo que debo hacer. Durante el sueño, me visita el Espíritu Santo.

Lanzó una carcajada llena, sonora, que pareció rebotar en las paredes cubiertas de gobelinos falsificados, y hacer temblar la cristalería de las vitrinas. Los demás también rieron con esa unánime y convencional solidaridad de las comidas. Betty, una jovencita colorina y vivaracha, hija del dueño de casa, prorrumpió con ruidosa espontaneidad, agitando un dedo inquisitivo en dirección a su padre:

—Parece que el Espíritu Santo toma la forma de mamá. Siempre te veo consultando su opinión...

—Ah, very well—dijo Smith, enrojeciendo ligeramente. Y añadió, galante, inclinándose hacia su esposa:

—Tienes razón, ella es la que me inspira. Ojalá cuando tengas un hogar, puedas imitarla.

La señora de Smith, una cincuentona de aire distinguido y jovial, sonreía con finura, halagada por este público reconocimiento de su influencia doméstica. Perteneía a una vieja familia patricia, empobrecida en especulaciones mineras, y había casado con Smith, muy joven, cuando éste acababa de llegar a Chile, con el propósito de colocar y aumentar fácilmente su fortuna. Habían constituido una verdadera sociedad: ella aportó el apellido, él puso el oro. Inteligente, dúctil, había sabido pulir en la convivencia las bruscas maneras de aventurero que trajo Smith del Africa del Sur, y lo había introducido en los salones de Santiago, donde reinaba su parentela.

Durante mucho tiempo, la alta sociedad santiaguina — formada por los descendientes de los comerciantes vascos de la colonia, que habían acaparado, con mañas y tacañe-

ría, la riqueza del país —, se negó a admitir en su seno a los chilenos emprendedores de la industria y el comercio, y a los extranjeros afortunados, que iban constituyendo el nervio de la burguesía plutocrática. No obstante, como ha sucedido en todas partes con las antiguas castas anacrónicas, terminó por asimilar a estos elementos, que le traían una pujanza nueva y la posibilidad de subsistir en medio de la marejada de los tiempos.

Smith pertenecía a esta clase de hombres. Había llegado del Africa del Sur con bastante dinero, obtenido, según él decía, en el comercio de diamantes y, según decían sus enemigos, en turbias actividades de contrabandista. Lo traía consigo, y eso bastaba. Pronto figuró en varias sociedades anónimas. Especuló con un buen éxito asombroso. Mediante un paciente y hábil esfuerzo de penetración financiera, llegó a ser el dueño de varias fábricas de calzado de la capital, con las cuales abastecía el mercado de la costa del Pacífico. Poseía títulos salitreros y fundo en el Sur. Fuerte accionista de varios Bancos, fabricaba diputados en las elecciones y apoyaba con sus múltiples recursos el orden establecido.

Los salones más aristocráticos lo acogían con afabilidad, y más de una dama de estirada prosapia se rindió a la seducción de su prestigio de millonario y de su atlética estampa de dominador. Smith no tenía escrúpulos de ninguna especie. Para hacer más sólida su situación en sociedad, cooperaba a diversas obras pías, mantenidas por las señoras de Santiago, y era un riguroso observante de los mandamientos públicos de la Iglesia Católica. Los domingos iba a misa a la Catedral, con toda la familia. En su fuero interno, se reía de la ingenuidad de los "nativos", y de su propia mujer, a quien sólo consideraba un resorte necesario de su encumbramiento social y del progreso de sus negocios.

—Lo que se necesita, mi amigo — dijo, inclinándose hacia el diputado gobiernista, que trinchaba laboriosamente un ala de pavo — es mano de hierro con los agitadores.

La debilidad con tales individuos, es complicidad. El gobierno debe "hacer entrar en vereda" a los que perturban la tranquilidad pública.

—Así es, Alfredo. Yo siempre lo he dicho en la Cámara. Hay que volver por la buena doctrina. Portales nos dió el ejemplo de lo que debe ser un hombre de Estado. A veces, un poco de sangre, para ejemplarizar, no viene mal. El pueblo necesita cierto rigor. De otra manera, suelta las amarras y se desboca. Sin ir más lejos, esta mañana, un grupo de rotos, seguramente huelguistas, apedreó mi automóvil. Por fortuna, el chofer aceleró a tiempo, y no sucedió nada. Pero eso denota cierta negligencia de parte de las autoridades, en la adopción de medidas de vigilancia. Pienso hablar sobre el particular en la Cámara.

Después de la comida, los hombres se retiraron al escritorio de Smith, que daba a la calle, donde continuaron departiendo sobre los problemas de actualidad, con la energía de convicciones que da una excelente digestión estimulada por agradables licores de marca extranjera. El humo de los habanos impregnaba la estancia de un aroma placido. Repantigados en sus sillones, un poco soñolientos, los tres amigos arreglaban con unas cuantas frases la situación del país, liquidaban reputaciones de políticos y negociantes y se daban por un momento la ilusión de sentirse árbitros del destino que los arrastraba.

—Después de todo, la vida es buena y Chile es un gran país — concedió Smith, ahogando un bostezo filosófico.

Luego, empezaron a hablar de mujeres, con las caras relucientes de una lascivia de sobremesa.

De afuera, de la calle, no llegaba ruido alguno.

Fué tal vez ese inmenso silencio lo que dió más espantable intensidad al estampido que los hizo saltar de sus asientos, con los ojos desorbitados por la sorpresa, las piernas temblorosas y flácidas como desconectadas del resto del cuerpo y los corazones galopantes en el sobresalto de la angustia. Cayeron hechos trizas los vidrios de la ventana, pedazos de estuco se desprendieron de las paredes, y una

espesa nube de polvo llenó la estancia. Del hall venían gritos agudos, de mujeres:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Misericordia!

Pero, otra vez era el silencio, un océano inmóvil y frío, rodeando a los tres hombres, paralizados junto a sus asientos, en una actitud de mudo terror. Y, como si fuese la masa misma del silencio que se quebrajara, seguían cayendo partículas de estuco, con un ruido leve de pequeños insectos que batieran sus alas sin saber adónde ir. Fueron sólo unos segundos; pero que se prolongaron en los corazones de los hombres como una eternidad de espera. Abriéndose paso a través del denso silencio expectante, sentían venir una misteriosa, ineluctable, amenaza.

Por fin, se repusieron y se lanzaron atropelladamente hacia el hall.

Betty, lívida, temblorosa, humedecía con una toalla el rostro de su madre, que yacía desmayada en un diván. Las esposas de los visitantes, sollozaban abrazadas en un rincón, entre los criados, que habían acudido desde el interior, y murmuraban comentarios confusos, llenos de miedo. Don Alfredo, sin preocuparse de su mujer, se dirigió al pasillo. La mampara de cristales y la puerta principal, estaban destrozadas. Un gran trozo de pared se había venido abajo, obstruyendo la entrada.

Llegaba en ese momento la policía.

Los vecinos salían a las puertas. Un corro de curiosos se agolpaba frente a la casa.

—¿Ha habido alguna desgracia personal, algún herido? —interrogó el oficial.

Don Alfredo no respondió. Miraba los destrozos de la explosión, con una ira creciente, que lo ahogaba. Desvanecido el miedo que lo dominara hacía algunos momentos, la violencia de su carácter de aventurero, se sublevaba ante el ataque anónimo que no le permitía la alegría de abofetear o matar al adversario. Crujían sus mandíbulas. Con los puños crispados, empezó a pasearse de un lado a otro, alo-

cadamente, repitiendo, como un estribillo de su agitado monólogo interior:

—¡Este es un país de salvajes y de cobardes! ¡Este es un país de salvajes y de cobardes!

El oficial tomaba notas en una libreta.

Había aumentado, entretanto, el cerco de curiosos. Frases sueltas salían de los grupos:

—Ha sido una bomba.

—Dicen que han estallado otras, en diversas partes de la ciudad.

—Debe ser venganza de los huelguistas...

Unos caballeros que descendieron de un automóvil de lujo, abogaban por una represión implacable:

—Habría que fusilar inmediatamente, sin piedad, a los que cometen esta clase de atentados. No son hombres, son fieras dañinas. ¡Hay que exterminarlos!

El oficial interrogó a los presentes, pero nadie había visto nada. Sólo un joven de la vecindad, que, según dijo, venía por la misma calle, poco antes de la explosión, había divisado a un individuo de estatura mediana, que se detuvo frente a la casa, para encender un cigarrillo. El joven vió, desde lejos, el fulgor de la cerilla. El individuo había seguido rápidamente su camino y había doblado por la primera esquina. Instantes después, se produjo la explosión.

La vaga y fugitiva imagen de un hombre de mediana estatura, entrevisto desde lejos, a la luz indecisa de unos focos perdidos entre el follaje de los viejos árboles de la avenida, era, pues, el único rastro que tenía la policía. El autor del atentado había procedido con habilidad, escogiendo la hora más propicia. Tampoco fué posible encontrar los restos de la máquina explosiva.

Hasta muy tarde hubo curiosos frente a la casa de Smith. Llegaron numerosos autos con parientes y amigos, que, avisados telefónicamente por Betty, venían a imponerse de lo sucedido. Smith no quería hablar con nadie. El carácter inesperado, misterioso y terrible del ataque de que acababa de ser víctima, lo llenaba de ira impotente, a

la que se iba sumando un angustioso temor que en vano trataba de vencer. Encerrado con llave en su dormitorio, bebía a cada rato grandes vasos de whisky, murmurando sordamente:

—¡Este es un país de salvajes! ¡De salvajes y de cobardes! Pero, ya verán; ya verán...

A la misma hora en que estalló la bomba en casa de Smith, habían estallado otras dos: una en casa del propietario de la gran fundición "Chile", cuyos operarios se habían plegado desde el comienzo a la huelga de los zapateros, y otra, en la puerta del diario mantenido por la Unión Patronal de la Industria. La primera, mal preparada tal vez, sólo destruyó los vidrios de la mampara. La segunda, estalló en el momento preciso en que un matrimonio de obreros, con sus dos hijos pequeños, pasaba frente a la puerta del diario. El hombre había sido destrozado. La mujer agonizaba, con el vientre abierto, en la Asistencia Pública. Los dos niños habían resultado ilesos.

IX

La noche siguiente del atentado dinamitero, Zapata, Rojas y el electricista, fueron detenidos. La policía procedió con una seguridad asombrosa. Los tres se encontraban comentando las noticias de la prensa, en la pieza de Zapata, cuando llegaron los agentes. No hicieron resistencia alguna. Se imaginaron que se trataría de una simple sospecha fundada en el género de sus actividades, conocidas por la policía. Esperaban ser puestos luego en libertad, porque tenían la certeza de haber operado sin dejar rastro. Zapata aseguró a su mujer, que lo abrazaba con ansiedad:

—No es para tanto, mujer. Es cuestión de horas. Tendrán que largarnos...

Un Ford desvencijado y traqueteante los condujo a la Dirección de Investigaciones. Después de esperar largo rato en un gran hall solitario, custodiados por los mismos agentes que los habían traído, fueron llevados al interior y encerrados en calabozos desnudos, donde no había en qué sentarse. Quedaron "estrictamente incomunicados". Estaban tranquilos, sin embargo. Los defendía de la inquietud, el estólido fatalismo de la raza, que acoge con igual indiferencia la desventura y la alegría.

Pero comenzaron pronto a sentir el correr del tiempo, como la polea de una huincha sin fin, que empieza por atraer, con su girar monótono, una atención obstinada, que luego se transforma en un indescriptible desasosiego y, por último, alcanza la oscura tensión de la angustia. De pronto, ya no se sabe cuántas horas han transcurrido. Siempre,

en el calabozo, una penumbra de crepúsculo y, en lo alto, los negros barrotes de un ventanillo rayando una pequeña mancha dorada de luz, que viene de los focos eléctricos perpetuamente encendidos en el silencioso corredor.

Tenderse, dormir... Un breve sueño de plomo se sobrepone a la dureza del suelo de cemento. Ruidos. Voces. Rechinar de cerrojos. Pasos rápidos que se alejan por el corredor. Y otra vez despiertos frente a la ansiedad. Andar y andar hasta emborracharse, en el círculo reducido de la pieza. ¿Cuántas horas han pasado? Tenderse nuevamente, llamando al sueño, mientras un turbión de imágenes se precipita desde el fondo de la conciencia, atropelladamente. Unos pasos se detienen frente a la puerta, pero siguen de largo. La huincha gris, un momento inmovilizada, sigue su monótono girar. Venga lo que venga, todo es preferible a la incertidumbre y al silencio.

El interrogatorio de los detenidos comenzó por Zapata.

Dirigida por una pantalla, la luz de la bombilla eléctrica caía compacta y violenta sobre la cara del zapatero. Enflaquecido por el ayuno y el insomnio de tres días de calabozo, estrictamente incomunicado (conforme a los métodos de ablandamiento del carácter, que preconiza la policía científica), Zapata había perdido el aire cazarro, en él característico. Sin embargo, se mantenía erguido, inmovil, con la mirada dura.

Detrás del escritorio, en una semipenumbra, estaba el jefe de Investigaciones, Ramón Rengifo. Sus manos flacas y velludas se movían nerviosamente sobre la carpeta atiborrada de papeles, buscando un documento. Al fin, lo encontró, y murmuró con voz confidencial, amable:

—Aquí está el parte de mis agentes, que desde hacía tiempo seguían sus pasos. Usted planeó, con sus amigos, el atentado, en el café "La Estrella de Oro", en la Avenida Matta. Los materiales los proporcionó el electricista César, sujeto de pésimos antecedentes, que estuvo comprometido en el atraco al cajero de la Standard Oil, unos meses atrás. ¿Recuerda? Aquella vez quedó libre, porque me

fué imposible encontrar pruebas en su contra. Preparó una espléndida coartada.

Luego, acentuando cada sílaba con expresión a la vez dogmática e inquisitiva, agregó:

—Usted, Zapata, ha sido el inspirador y el jefe del grupo.

Hubo un silencio. Zapata, tratando de sonreír con ironía, contestó:

—Debe ser así, cuando usted lo dice.

La voz del pesquisa dejó traslucir un comienzo de irritada impaciencia, al responder:

—No es que yo lo diga. La información que tengo de sus actividades, es completa y precisa. Será infructuosa toda negativa de su parte. Le conviene mucho más decir la verdad. Eso podría atenuar, para usted, las consecuencias de la locura cometida bajo su dirección.

Como si no hubiese escuchado, Zapata dejó vagar su mirada por la sala, con tranquila indiferencia. Junto a la puerta, dos agentes fumaban, mirándolo de reojo, conforme al estilo profesional. Un teléfono sonó insistentemente en la pieza vecina. Zapata pudo coger algunas frases: "No, todavía no. Pronto les daremos informaciones sensacionales". Preguntan de los diarios, pensó. Y sonrió de la respuesta: "Pronto les daremos informaciones sensacionales"...

Ramón Rengifo se agitó en su sillón giratorio.

—Yo le aconsejo por su bien que confiese. ¿Qué sacará, Zapata, con empeñarse en una negativa pueril? Nada más que agravar su situación. Sus compañeros ya han declarado y lo sindicaron a Ud. como el principal culpable. Vea Ud. si vale la pena sacrificarse por gente como ésa. Lo han vendido y Ud., en cambio, se obstina en no decir nada. Confiese y yo me comprometo, si no a librarlo de todo castigo, que eso está fuera de mis atribuciones, por lo menos a procurar que la sanción sea lo más leve posible. Ud. es un obrero consciente, trabajador. Piense en su mujer, en sus hijos...

Zapata apretó las mandíbulas como triturando la pa-

labra violenta que le subía a los labios desde las entrañas sacudidas por una sorda y repentina cólera. La melosidad hipócrita del pesquistante lo enardecía. Para un viejo luchador como él — ¿no sabía el imbécil de Rengifo que había estado preso en la Argentina y en los Estados Unidos?— era una verdadera ofensa pretender enredarlo con torpes procedimientos de interrogación o con evocaciones sentimentales de la familia.

—Mire, señor — dijo con el semblante alterado. — Haga lo que quiera conmigo, pero no me trate como a un chiquillo. Yo lo creía más hábil. Aprenda a conocer a la gente. Sepa Ud. que no me atemorizan los castigos. No me seducen tampoco sus promesas. ¡Qué estúpido es Ud. don Ramón!

Un bofetón en plena boca interrumpió su invectiva. Uno de los pesquisas se había acercado rápidamente y, a mansalva, lo había golpeado. Trémulo de rabia, Don Ramón abrió su boca de mulato sin acertar a decir las palabras procaces que se agolpaban a su mente. Daba grotescos puñetazos en la mesa, sin saber qué hacer.

—¡Ah, roto de mierda! — pudo articular al fin. — ¡Roto carajo!... Yo te voy a enseñar a ser respetuoso, bandido. Y tendrás que "largar la pepa". Aunque tenga que descuartizarte, confesarás la verdad. Debes saber, infeliz, que si se me antoja te mado matar aquí mismo. Y nadie, ¿oyes bien?, nadie me dirá nada...

Un poco pálido, Zapata, a quien dos agentes sujetaban los brazos, dijo desafiante:

—¡Hágalo, si se atreve!

Sin poder contenerse más, don Ramón se levantó impetuosamente de su sillón y comenzó a abofetearlo con verdadero frenesí. Parecía un energúmeno. La sangre corrió por el rostro del zapatero que, en vano, pugnaba por desahucarse de los fuertes brazos que lo mantenían indefenso. La rabia de la humillación y un furor homicida centuplicaban sus fuerzas. Los dos agentes apenas podían contenerlo.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Perro!

Los insultos, mezclados con un escupitajo sangriento, azotaron la cara congestionada de don Ramón, aumentando su frenesí. Golpeaba a Zapata con una desesperada ceguera, manchándose de sangre las manos, los puños de la camisa, el terno claro de última moda. Jadeaba de ira y de cansancio. El sudor resbalaba por sus mejillas cubiertas de granos. De improviso, como volviendo en sí, se detuvo. Derregado sobre una silla, Zapata era una masa gimiente a la que hacía más repulsiva y lastimosa la cruda luz de la lámpara del escritorio.

—Llévenlo al calabozo — tartamudeó, sofocado, Rengifo, secándose el sudor. — A los otros los interrogan Uds. Tienen que sacarles algo ¿comprenden?

—A su orden, don Ramón — dijeron los agentes, tratando de adoptar un continente militar y sacaron a Zapata que apenas podía tenerse en pie.

Lo arrojaron de un empellón al calabozo. Zapata todavía aturdido permaneció como una masa inerte, acurrucado en un rincón. No pensaba en nada. Le ardía la cabeza y sentía dolores agudos en el resto del cuerpo. La sangre le empapaba los labios, corría por sus mejillas, goteaba lentamente en el piso; pero él la dejaba fluir, con un abandono mortal. No sentía deseo de alzar la mano para sacar un pañuelo y tratar de detenerla. La voluntad, el pensamiento, la emoción misma se anulaban en una laxitud extraña, angustiadoramente dulce, que no era el sueño ni la muerte, pero que tenía de ambos la inmensa y aplastante soledad.

Unos gritos venidos de los calabozos vecinos lo arrancaron de su amodorramiento. Amortiguada por los espesos muros, reconoció la voz quejumbrosa de Rojas y otras roncadas, agresivas, que lo injuriaban. Estaban interrogando a su compañero. El conocimiento que tenía de los métodos policiales le permitió imaginarse la escena que se desarrollaba cerca de él. Vió a Rojas atado, semidesnudo, encojiéndose bajo los golpes de los agentes, bajo los sordos y

dolorosos golpes propinados con esos laques de goma llamados "tontos" que no dejan huellas visibles pero que producen lesiones internas que conducen más tarde a la tuberculosis y a la muerte. Luego vendrán también por aquí, pensaba con una crispación de su carne.

Los gritos resonaban cada vez más intensos en el gran silencio nocturno del edificio. Zapata alcanzó a distinguir algunas frases:

—¡No me maten! ¡No me maten! No sé nada...

Otra vez, imperiosa, silbante, rugía:

—Tienes que decir la verdad. ¡Toma, bandido! Esto te va a amansar.

Los golpes no se oían, pero se adivinaban por los alaridos del preso.

Más imprecisos, llegaban rumores parecidos de un calabozo que debía estar situado al final del corredor. Ahí estaría Céspedes, el electricista. Zapata recordó su debilidad física — el muchacho estaba convaleciente de una pulmonía — y tuvo la certidumbre de que en esta aventura dejaría la vida. Este pensamiento lo entristeció aún más y lo hizo olvidarse de su propio dolor. Aunque conocía a Céspedes desde hacía poco tiempo, había simpatizado con él por la taciturna diligencia con que cumplía las misiones que se le encomendaban y por el interés que ponía en comprender los problemas sociales.

La tensión de sus nervios acicateados por los gritos se hizo insoportable a Zapata. Apretó fuertemente los oídos, procurando hundirse en un silencio ficticio, en una calma de olvido. No pudo. Los gritos, que ahora no sonaban ya, continuaron como imágenes insistentes horadando su conciencia sobreexcitada. Mezclándose a ellos, flotaba una pregunta: ¿Por qué la policía los había apresado a ellos, precisamente a ellos, tan de inmediato? De haber procedido por simples sospechas, habría apresado a muchos otros. ¿Delación? Pero ¿quién? Fuera de ellos, uno solo sabía lo que se proyectaba: Liborio Sierra. No estaba detenido. Además se había apartado en el momento decisivo, pre-

textando una enfermedad que ellos interpretaron como miedo, sin sospechar otra cosa.

No puede ser. Liborio es un compañero seguro, pensaba Zapata. Un poco pedante y tímido, es cierto, pero incapaz de una villanía tan grande. Además, ¿qué podría perseguir al delatarnos? No sacaría ningún provecho. Aunque quizás, el miedo de verse comprometido... En todo caso, su actitud es muy sospechosa. Y, si no fuera por él, ¿quién sería? La policía no puede habernos seguido la pista. Habría evitado a tiempo los hechos... No, estoy seguro de que no sabían nada. Liborio Sierra...

La convicción de que Liborio los había delatado para eludir su responsabilidad en el plan dinamitero se fué afirmando contra las objeciones que él mismo Zapata se planteaba, movido por un resto de la confianza que hasta entonces había tenido en el periodista. Los hechos eran demasiado fuertes y condenaban a Liborio. Era él quien había avisado a la policía. ¿Antes o después del atentado? Evidentemente después, asustado tal vez por el tono de la prensa y las amenazas de la autoridad.

—¡Ah, hijuna! — murmuró acometido por un odio súbito y sofocante contra su compañero. — Estos intelectuales son siempre así. No sirven sino para echar a perder las cosas.

Empezó a rumiar, como un consuelo, la esperanza de la represalia. Una sonrisa de goce perverso arrugó su rostro hinchado por los golpes mientras pensaba que, tarde o temprano, Liborio se pondría al alcance de quienes podrían sancionar su perfidia. Adonde fuera, nunca estaría demasiado lejano para la venganza. Desde aquel instante, el destino del periodista había tomado una ruta definitiva. Como él no lo sabía, viviría entregado a sus vulgares placeres, a su sórdida confianza, quizás al remordimiento, hasta el día aquel, inevitable entre todos los días venideros...

La imaginación había llevado a Zapata lejos del calabozo. Un ruido de pasos lo volvió a la realidad. Dos agentes discutían frente a la puerta.

—Este tampoco va a decir nada. Por lo demás ya lo interrogó el jefe.

—Bueno, vámonos mejor a tomar un trago.

Los pasos se apagaron al final del corredor, en la noche.

X

La anciana se dejó caer, fatigada, en el umbral de una puerta. Aun le faltaban varias cuabras para llegar al conventillo y el sol caía a plomo, calcinando las calles. Había salido temprano en busca de víveres para sus dos nietos; recorrió varias amistades y cada una le dió lo que pudo. Deseaba regresar pronto para calmar el hambre de los chicos, pero sus viejas piernas entorpecidas no seguían el ritmo de su deseo.

Al comenzar la huelga su hijo cayó preso en una friega callejera con la policía. Había agredido a mano armada a un oficial. Era exaltado y combativo. Ella siempre le rogaba que no se metiera en nada, que pensara en los dos pequeños. "No tienen madre, — le decía, acongojada ante la incertidumbre del futuro. — Yo también moriré luego. Si a ti te meten a la cárcel, ¿qué va a ser de los pobres?"

El sonreía y acariciándole las secas mejillas, le contestaba:

—No tenga cuidado, mamita. Yo soy muy zorro. No crea que voy a caer así no más en la trampa.

Es que era el muchacho un luchador animoso y alegre, algo fatalista, confiado de su instinto. Siempre estaba en la primera línea, de cara al peligro. Lo movía una íntima y ardiente fe en la justicia y la belleza de su causa, una poderosa voluntad de ir más lejos que otros en el esfuerzo que traería la liberación, una inexpresable confianza en el porvenir. El porvenir es una vana palabra o una inmensa

incógnita, pero él lo sentía como una presencia próxima que alentaba su rebeldía.

Con los ojillos lacrimosos fijos en el suelo, la anciana evocaba escenas trucas y esfumadas de los días ya lejanos en que Rafael era niño: lo veía jugando solo en un rincón de la pieza, prematuramente serio; más tarde, cuando aprendió a leer, inclinado día y noche sobre libros y revistas, con una obstinación enfermiza luego después, conversando con sus compañeros de trabajo, de cuestiones extrañas que la desconcertaban: la lucha de clases, la revolución social, la misión del proletariado.

—Mi hijo es muy inteligente y sabe mucho — pensaba con satisfacción de orgullo. — Todos sus amigos lo respetan, vienen a consultarlo. Llegará a ser una gran cosa.

Pero un día agentes de policía se presentaron en la pieza y en medio de amenazas soeces le exigieron que entregara las proclamas revolucionarias que tenía escondidas. Ella, sin entender nada, turbada y medrosa, no supo más que llorar. En ese momento entró Rafael. Increpó a los agentes con dureza violenta que ella no le conocía. Estos, que eran cuatro, lo golpearon despiadadamente y se lo llevaron detenido, con las manos atadas a la espalda, después de registrar todos los rincones de la pieza.

Ella quedó como atontada, llorando de impotencia y de miedo. Las vecinas del conventillo, que habían acudido en tropel, trataban de infundirle ánimo. Al fin, un poco repuesta, se encaminó a la policía. Anduvo dos días, de oficina en oficina, sin que nadie quisiera darle datos de su hijo. La siniestra reserva de las autoridades la llenaba de pavor. Una noche regresó Rafael, flaco y pálido, con la mirada brillante de fiebre y de odio.

La abrazó en silencio y se acostó sin decir nada. Tampoco ella se atrevió a interrogarlo. Toda la noche lo sintió moverse en la cama, murmurando sordamente frases que ella recogía acurrucada en la sombra. No pudo entender lo que decía Rafael en la trémula confidencia del delirio, pero comprendió que una emoción definitiva había desga-

rrado su alma. Efectivamente, desde aquella noche, pareció transformado. Con el ceño fruncido y la mirada torva, permanecía horas enteras recostado en la cama, sin hablar, como encerrado en un pensamiento doloroso. A causa de la prisión había perdido el trabajo, pero no manifestaba intenciones de ocuparse nuevamente.

Al llegar la tarde salía y no regresaba hasta la madrugada.

No había movimiento obrero en el que no se mezclara, predicando la acción directa, como la única forma de construir a golpes de puño y de odio la sociedad futura, "sin dioses y sin amos". Cuando hablaba en los mítines parecía poseído de un furor sagrado. Estrechó relaciones con todos los círculos de agitadores y colaboraba asiduamente en "Aurora Roja".

Mientras tanto vivía con su madre en la mayor miseria. La anciana, a escondidas de su hijo, se dedicó a lavar ropa. Obsesionado por sus preocupaciones de agitador, Rafael no reparaba en que nunca faltaba en su hogar la comida. Apenas conversaba, de tarde en tarde, con su madre. Y ésta abnegadamente, de la mañana a la noche, permanecía de pie junto a la artesa, lavando ropa. La humedad constante, el esfuerzo excesivo, la perpetua inquietud iban destruyendo su precario organismo. Sufría desgarradores ataques de tos que la dejaban sin aliento.

—Ud. debe cuidarse, señora María. El lavado le está haciendo mucho mal — le decían las mujeres del conventillo.

—Si no es nada. Me siento bien — contestaba ella, tratando de ahogar la tos rebelde.

Dolores reumáticos en las piernas vinieron a sumarse a su tos perenne. Le fué imposible estar de pie. Entonces, porfiada, continuó su faena sentada en un cajón. Así la sorprendió Rafael una tarde, al llegar de improviso. Ella pretextó que le lavaba algunas prendas a él, pero una fina camisa de mujer tendida en el cordel la delató. Llorando, se lo confesó todo, temerosa, como si esperase de él un

castigo. Lo miraba con una tristeza de súplica, sumisa y avergonzada, hecha un ovillo junto a la artesa, enjugándose mecánicamente las manos cubiertas de jaboncillo.

Rafael no dijo nada. No la miraba siquiera, inmobilizado por una angustia a la que se mezclaba una ardiente vergüenza. No acertaba a moverse como si el menor gesto suyo hubiera atraído sobre él la atención de todo el conventillo. Hubiera querido morir en ese instante bajo la mirada de la vieja, que lo contemplaba, obstinadamente con una ternura triste, sin saber qué hacer con sus pobres manos rugosas y deformes, quemadas por la soda.

Experimentó la sensación de que había trascurrido mucho tiempo, una insondable eternidad de congoja, hasta que atinó a retirarse a la pieza. Sus ideas se mezclaban en una confusión dolorosa. Fragmentos de su vida cotidiana venían atropelladamente a su conciencia. Y, por encima de todo, la convicción de su egoísmo. Como desde una distancia, entre nieblas muy tristes, contemplaba su propia existencia y, con cruel pertinacia, revolvía en su miseria como en una herida, tratando de buscar en un ahondamiento del dolor la justificación de su desidia filial.

Sentado en la cama, con los puños en la barbilla, paseaba su vista por la pieza y le parecía tomar por primera vez contacto con la humilde verdad de su vida. Entre esos cuatro muros había alimentado el sueño de una soledad sin alegría. Su madre sólo entraba en él como una sombra. Nunca había pensado en su sufrimiento. Había dejado de sentirla como sucede con las cosas que habitualmente nos rodean. Eso había sido para él; una cosa. Pero ahora, en el relámpago de un instante, había tenido la revelación de aquella angustia que él ignoraba y la evidencia de su egoísmo que lo hacía indigno.

Frente a él, en la vaga y triste penumbra del crepúsculo que parecía amortajar las cosas, se dibujaban los contornos de los escasos muebles y la sombra del biombo tras el cual dormía su madre. Pensaba ahora con dolorosa obstinación en ella, como si acabase de descubrirla a su

lado, presencia fiel y benigna que ninguna adversidad alejaría hasta la muerte. Hasta entonces, — un día cualquiera perdido en la masa gris del tiempo que fluye — estaría junto a él, ocultando en un silencio sumiso, un tanto hosco, la inmensidad del amor oculto, temerosa siempre de perderlo en las encrucijadas de la vida, humilde ante el mudo destino.

Tenía deseos de llorar como un niño por la abnegación que se le había revelado de improviso, pero su voluntad, tensa, diluía en un crispamiento de puños la emoción. El era un combatiente y debía estar más allá del bien y del mal. Párrafos de sus lecturas venían a su mente conturbada: Nietzsche, Stirner; no obstante, una onda cálida subía hasta sus ojos que se cerraron en una última tentativa, inútil porque gotas ardientes resbalaron por su cara.

Afuera jugaban alborozadamente los niños del conventillo. Voces coléricas de mujeres disputaban cerca de la puerta. Alguien punteaba un aire criollo en la guitarra. Un olor de frituras, venido de las cocinas que humeaban en mitad del patio, penetraba en la pieza cada vez más oscura, porque la noche, rápida y cautelosa, avanzaba sobre el mundo. Rafael se sentía amarrado a la cama por una invencible pesadumbre. Hubiera querido morir en ese momento en que su soledad se hacía infinita.

Una mano tímida acarició su cabeza inclinada.

—Ya está la comida, hijito.

La anciana se había acercado, silenciosa, cohibida. Temía el enojo del muchacho y no acertaba a comprender el descontento que había creído advertir en su actitud. Ella trabajaba para que a él no le faltara lo indispensable. Era lo natural. Nunca había pensado en el descanso. Sentía la urgencia de servir y lo hacía con el alma gozosa. Su mayor anhelo era estar siempre sana para cumplir su faena de todos los días.

—¿Qué tienes? — inquirió, preocupada.

Rafael levantó al fin los ojos un poco velados por la sombra de la tristeza.

Miraba a su madre intensamente, como por primera vez. Flaca, angulosa. Los brazos desnudos y ennegrecidos terminaban en dos manos grandes deformadas por el trabajo y la vejez. Unos ojillos huidizos, desvaídos, temblaban como dos pequeñas luces pálidas en el hueco de las mejillas aradas por el tiempo. Un temblor senil sacudía su cuerpo enjuto, envuelto en vestido color de tierra, llenos de remiendos. Azorada, sin saber qué decir, retorció la punta de su delantal.

El tampoco decía nada, pero su vida entera estaba presente y latía en el corazón del silencio.

Un poco amedrentada por el mutismo de Rafael que ella interpretaba como una expresión de su enojo, misiá María se dirigió al rincón donde estaba la mesa y encendió la lámpara. Una claridad débil, amarillenta, se difundió por la pieza y acentuó la desnudez de las paredes blanqueadas de cal, la miseria de las cosas familiares, el desamparo en que ambos se buscaban, como ciegos, abrumados por la misma soledad.

Rafael se levantó y ella, sorprendida y feliz, nunca acertó a explicárselo, la cogió entre sus brazos y la estrechó largamente, besando sus cabellos blancos. Después, sonriendo, como si acabase de liberarse de la angustia, se sentó a la mesa. Aquella noche habló mucho de cosas que ella no entendía. Unicamente comprendió que la amaba mucho y que "alguna vez comenzaría para los pobres una vida más feliz".

Después salió y no regresó hasta el amanecer.

Pasaban los días. Rafael no le permitió que lavara más. De vez en cuando traía dinero. Muchas veces no comían; pero ella se sentía extrañamente feliz porque el hijo le demostraba un cariño creciente en bruscos gestos de ternura que le compensaban con creces las privaciones de la miseria. Una mañana, aprestándose para salir, le había dicho como si se tratara de algo sin importancia:

—Mamita, voy a traerte una hija.

Acostumbrada a condescenderle con todo, no puso

ningún reparo. Por el contrario, hasta se alegró, pensando que la responsabilidad de una mujer lo haría apartarse de lo que ella, en su fuero interno, calificaba de "malas juntas". Iba a empezar, tal vez, una nueva vida en que los inciertos y terribles peligros que ella presentía en las actividades de su hijo desaparecerían para dar paso a la dulce tranquilidad con que soñaba.

Rafael regresó con una niña delgada, morena, de aspecto enfermizo. La había conocido Rafael durante una huelga de la fábrica en que ella trabajaba. Silenciosa, diligente, pronto se captó la simpatía de misiá María quien no se cansó de alabar ante las vecinas la elección hecha por su hijo:

—Es un ángel — decía. — Lástima no más que la pobreza sea tan delicada. Tiene una tos que no se le quita con nada.

Habían arrendado dos piezas al final del conventillo y pasaban los días, oscilando entre el trabajo mal remunerado y la desesperante cesantía, sin que se vislumbrase siquiera la desconocida aurora que esperaban. Luego vinieron los hijos. A poco de nacer el segundo, murió Josefina consumida por la tuberculosis, un día de verano en que el sol, refulgiendo en un cielo muy alto y muy puro, hacía más dolorosas las escenas vulgares e inevitables de la muerte.

Rafael Segundo y Juan quedaron a cargo de misiá María, cada vez más vieja y achacosa, pero también más llena de una secreta energía inagotable. "Dios no querrá llevarme ahora que tengo que cuidar a estos angelitos" — decía. — Rafael salía temprano a su trabajo en una fábrica distante. Estaba como trastornado. Llegaba sólo a las horas de comida, mudo y huraño, y luego se iba, como huyendo. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el local del sindicato, entregado con verdadero frenesí a la actividad revolucionaria.

Al comenzar la huelga lo habían apresado. Y la huelga se prolongaba, complicándose cada día más, sin que los

dueños de las fábricas de calzado diesen señales de acceder a las peticiones de sus operarios. Mientras tanto misiá María, sola e incapacitada para el trabajo, tenía que buscar en casas amigas el sustento de sus nietos. Un día en que nadie le dió nada se decidió a pedir limosna en una calle del centro. Tímidamente, estiraba la mano y susurraba palabras incomprensibles, desesperada con la hosca indiferencia de los que pasaban sin mirarla siquiera. Consiguió, después de ambular varias horas, reunir algunas monedas.

Avergonzada, pero feliz, volvió al conventillo con víveres. Al día siguiente mendigó con más obstinada decisión a los transeúntes que encontró en su camino. Consiguió pronto lo indispensable para dar de comer a los niños. Y así durante varios días. Pero ahora que la huelga se había extendido a numerosos gremios, tornándose amenazadora, el movimiento de las calles centrales había disminuido mucho y era difícil obtener algunos centavos.

Al declararse la huelga general, anduvo inútilmente durante el día entero sin conseguir nada, hasta que al fin, desesperada y exhausta, recurrió de nuevo a los amigos de su hijo. Ahora, después de mucho andar, regresaba con un poco de alimento. Apenas podía caminar. Arrastraba los pies, grávidos de vejez y de fatiga, sobre las aceras solitarias, caldeadas por el sol de mediodía. Sus cabellos en desorden se empapaban de sudor. Sin embargo, la seguridad de dar una alegría a los pequeños la mantenía y la impulsaba hacia adelante, a despecho del cansancio, como una sonámbula.

A la puerta del conventillo la esperaba Segundo, el mayor de sus nietos, un muchacho flaco y greñado, de aire estólido. Al divisarla, corrió al interior en busca de su hermano y luego ambos fueron a su encuentro con gritos de alegría, los ojos dilatados por una risueña esperanza. El más pequeño saltaba colgado de las verdeantes polleras de la anciana en una impaciencia de avidez.

—Mamita, mamita ¿qué nos trae?

La anciana sonreía, dichosa, contestando a las pueriles preguntas que ambos le dirigían con atorbellinada vehemencia.

—Espérense, chiquillos. Les traigo muchas cosas.

Y les mostraba el paquete que traía apretado contra el pecho.

Parloteando ruidosamente llegaron a la pieza y ella extendió sobre la pequeña mesa que servía de comedor los víveres que traía: unos cuantos panes, sobras de carne, un poco de queso. Los niños, que no habían comido desde la tarde del día anterior, se agitaban pidiendo su parte.

—¡Ay!, mamita, — dijo Segundo — ¡qué tenía hambre!

El más pequeño, con la boca llena, pedía más.

—¡Angelitos! — murmuraba, la anciana, — ¡Dios los guarde!

Pensaba en su hijo, ahora en la cárcel; en el día de mañana, siempre incierto. Imágenes remotas venían a su memoria: Rafael pequeño, junto a una mesa como ésta, con la cara congestionada de masticar. Ella fatigada, contemplándolo con la misma mezcla de tristeza, de ternura y de júbilo que embargaba su alma en presencia de los nietos. Alrededor, los pobres muebles de todos los cuartos proletarios, una pieza idéntica a esta. Y el corazón también sombrío, en plena juventud.

XI

El estudiante Marín caminaba maldiciendo entre dientes el sofocante calor de mediodía. Venía del local de los zapateros donde había tenido agrias discusiones con algunos líderes que se negaban a darle al movimiento un carácter de violencia revolucionaria. "No comprenden nada estos imbéciles — pensaba — no van más allá de las mejoras de salarios. Son reformistas". Y en su conciencia semi-aletargada flotaban pedazos de frases lapidarias, rotundos apóstrofes, con los que, en la reunión de la tarde, esperaba anonadarlos.

Las calles casi desiertas y sin el rumor habitual de los vehículos producían en su ánimo una pesada tristeza. La noche anterior no había dormido y sus nervios fatigados vibraban en un inexplicable desasosiego. Irritado consigo mismo y con el mundo, caminaba de prisa en dirección a la cité del suburbio donde lo esperaba su compañera. Sabía que hoy, como todos los días, lo recibiría con las mismas palabras banales y, de antemano, arrugaba su cara pálida en el gesto de fastidio con que también todos los días le respondía al entrar a la pieza.

Marín pertenecía a una acaudalada familia burguesa. Sus padres tenían un fundo en el sur. Habría podido llevar una existencia fácil y alegre, pero prefirió adoptar una actitud original, vinculándose al movimiento obrero, como varios otros estudiantes. Al principio, su familia lo dejó hacer con sonriente benevolencia; luego, como sus padres se irritaran viéndolo fracasar en sus estudios, abandonó el

hogar y se fué a vivir pobremente, en compañía de una muchacha empleada de tienda que conoció en un Centro de Estudios Sociales.

Desde entonces se consideró un verdadero revolucionario, un hombre libre, y se llenó de orgullo por lo que el llamaba enfáticamente "su consagración a la causa del pueblo". Cobró una extraña y enfermiza admiración por sí mismo. Imaginaba su propia vida como la de aquellos jóvenes que en las novelas rusas lo abandonan todo para consagrarse al sacrificio. A veces experimentaba una especie de piedad por su voluntaria pobreza y hubiera querido que nadie la ignorase.

No amaba a Raquel, su compañera. La estimaba como un elemento decorativo indispensable de su nueva existencia, algo así como sus libros de doctrina, su larga melena y la vestimenta un poco raída. Raquel, en cambio, se había consagrado por entero a él, con un amor humilde y paciente que ningún egoísmo mancillaba. Aunque iniciada en el anarquismo, había dejado de interesarse por las ideas desde que vivían juntos. Apenas regresaba de su trabajo se dedicaba a arreglar la casa para que él la encontrase, al llegar, limpia y acogedora.

Pero Marín no se interesaba por esas menudas preocupaciones de la ternura. Casi siempre enfurruñado, no escuchaba el relato de la jornada de Raquel, los pequeños quehaceres, los hechos sin relieve, pero ricos de vida y de muerte, que constituyen la trayectoria de cada día. Cogía un libro y se ponía a leer, contestando con secos monosílabos a las tímidas preguntas de la mujer. Ante cualquiera insistencia se arrebatada de ira:

—¡Déjame tranquilo! ¡Qué me importan esas tonterías!

Raquel callaba y se iba a la cocina a preparar la comida. Él tenía razón. No era justo molestarlo cuando estaba preocupado de algún grave problema. Lo admiraba con ingenuidad pueril. Veía en él una perfección que la embargaba de respeto y la hacía sentirse indigna de haber

atraído su atención. Cada noche acostada a su lado, insomne en medio de la sombra, se proponía ser todavía más solícita para corresponder a la dádiva de aquel amor que no creía merecer.

Raquel lo esperaba en la puerta de la cité. Sonriente y cariciosa se colgó de su brazo, pero él la apartó con gesto brusco. Una rabia sorda contra todo lo dominaba. Sentía deseos de injuriar, de golpear a las gentes y a las cosas, de revolcarse en el suelo, como cuando niño, hasta aturdirse. La noche en vela, las polémicas inútiles, el calor... Y ahora, la invariable mirada inquieta y tierna de la mujer, la pieza de siempre con la cama revuelta en un rincón, la mesa puesta con el ordinario florero en el centro, el olor a comida que parecía cubrir como una capa pringosa las paredes y los muebles, el fastidio de lo que todos los días — abrumadoramente, todos los días — es igual.

Raquel tenía las manos partidas y el rostro ajado. Involuntariamente Rafael pensó en las amigas de sus hermanas, perfumadas y esbeltas, de piel fina, en el gran salón donde se reunían a tocar el piano después de comer, en la pieza limpia y clara con ventana al jardín, que lo esperaba en la casa familiar. Con un violento esfuerzo desvió su pensamiento hacia la dura realidad próxima. Procuró sonreír a su amante que, inquieta, le espiaba el rostro, pero el hastío fué más fuerte que su propósito.

Entraron en silencio a la casa.

Raquel, cohibida, trajo el almuerzo. Comieron taciturnos, evitando mirarse, como dos enemigos que no aciertan a romper el lazo misterioso que los une. Marín procuraba distraerse pensando en el discuso de la tarde, pero sus ojos buscaban las manos flacas y amarillentas de Raquel que se movían sobre la mesa. Nunca las había mirado con tan ávida y atormentada atención. Le pareció descubrir las en su verdadera y repulsiva miseria. Parecían dos grandes flores abandonadas, marchitas, entre-

gadas a un destino definitivo. Las uñas un poco sucias acentuaban su fealdad.

No podía comer. Esas manos eran la concreción de la pobre vida de ambos, de la juventud que iban perdiendo en la rutina de una bohemia desprovista de alegría. Ella podía seguir adelante, ilusionada de pasión y aun feliz; pero a él le sería imposible luchar más tiempo con el aburrimiento. Inquieto, deseaba el arranque de un nuevo camino, una manera de evadirse sin violencia. Aquella mujer fea y sumisa era un obstáculo que urgía apartar con firme decisión, aunque sin crueldad.

Las manos de Raquel estaban ahora inmóviles, disminuidas y absortas entre los objetos de la mesa sobre la cual resbalaba un fino rayo de sol. Semejaban también cosas dejadas ahí como un testimonio de algo que estaría perpetuamente próximo y lejano, fuere cual fuere la decisión de la voluntad. Resaltaban, se imponían a la vista de Marín con un imperioso atractivo que la repugnancia no hacía más que acentuar hasta la angustia. Porque estarían siempre ante su conciencia aquellas manos, el estudiante no dijo nada que fuera irreparable entre los dos.

Raquel levantó la mesa, silenciosa y entristecida, sintiendo que su amigo estaba cada vez más lejos de su pobre ternura vigilante. Marín la sentía ir y venir, de la cocina al dormitorio, limpiando y ordenando los objetos con ruidosa energía, y se exasperaba deseoso de estar solo. Sentía la necesidad de decirle alguna palabra dura que la ahuyentara, pero una especie de piedad lo contenía. Para calmarse, se tendió en la cama y cerró los ojos.

Un sopor de siesta lo fué invadiendo. Flotaba su conciencia en una onda de imágenes sin contornos que lo arrastraba al sueño, mas allá de su propio deseo de liberación. Los ruidos le llegaban amortiguados como desde una lejanía nocturna, en la que sería dulce sumergirse por completo, sintiendo apenas latir la vida. Unas moscas, aturdidas por el calor, runruneaban en los cristales de la ventana y, a veces, cansadas de su juego, se posaban sobre

la cara de Marín, trayéndolo a la realidad.

Empezaba a dormirse cuando golpearon la puerta.

Era un compañero del grupo "Numen", que venía a comentar con él las últimas incidencias de la huelga. Rosenberg vivía en el ambiente anarquista, según decía, por inquietud de su temperamento rebelde. No tenía oficio determinado. A veces actuaba de fotógrafo. Por lo general, vivía de expedientes inusitados. Sin embargo, nunca dejaba de disponer de medios para convidar a los amigos a tomar café, después de un largo vagabundeo. Algunos presumían que se dedicaba al contrabando de estupefacientes.

Rosenberg traía noticias. Habían apresado a Zapata, a Rojas y a Céspedes, el electricista. El caso era grave. La policía había obrado con seguridad como si estuviera perfectamente informada de los propósitos del grupo, y las actividades de Zapata. Alguien — y tenía que ser un compañero — había dado "el soplo".

—Y, ¿de quién sospechas tú? — inquirió Marín incorporándose en la cama.

—¿Yo? En realidad, de nadie concretamente. Pero no cabe duda de que entre nosotros hay un espía. A veces pienso que... Pero no, no es posible...

Meneó la cabeza como rechazando un pensamiento absurdo.

Marín lo miraba fijamente, interrogante.

—No, decididamente no puede ser — repitió Rosenberg con el entrecejo fruncido.

—Bueno, ¿pero de quién sospechas? — reiteró, impaciente, el estudiante, a quien empezaba a perturbar un temor confuso.

—¿Notaste tú la actitud indecisa del compañero Reyes en la última reunión? ¿Te fijaste que no quiso aceptar poner una bomba donde el gringo Walter? Parecía confundido, no miraba de frente...

—Ah, — dijo Marín riendo — eres un mal pesquisa. Tú ignoras que Reyes se ha puesto tolstoiano, enemigo de

la violencia. Hace poco que me lo confesó. Atraviesa por una gran crisis moral. Yo creo que va a terminar en "canuto".

—Me alegro mucho de haberme equivocado — dijo gravemente Rosenberg — porque siempre he considerado a Reyes como un buen camarada. La suposición de que fuese soplón me era intolerable, pero me ha perseguido durante todo el día.

—¡Quién puede ser! ¡Quién puede ser! — repetía Marín evocando a sus compañeros del grupo. Uno a uno se reproducían en su memoria, en mil actitudes diversas, como los había visto en cerca de dos años de acción común. Y uno a uno los rechazaba, incapaz de concretar en ellos la más leve sospecha, sin poder advertir en sus rostros el reflejo de una oculta felonía. Eran puros. Estaba seguro de que ninguno podía delinquir.

Ahí estaba el viejo Gómez con su cara austera y cordial enmarcada en venerable cabellera blanca como su corazón; Zapata, enérgico en el combate e inexorable en la venganza; Vargas, el tumultuoso orador que fanatizaba a la multitud; los jóvenes Castro, ardientes y generosos, listos para las mayores audacias y dispuestos al más duro sacrificio. Y tantos otros como éstos, limpios y fuertes, entregados por entero a la devoción del ideal.

Abrió los ojos y pestañeó, sorprendido, como quien despierta de un largo sueño. Rosenberg fumaba en silencio, pensativo. La nariz ganchuda y un poco gruesa resaltaba en el rostro triangular, carnoso y pálido del que se desprendía una frialdad indefinible. Parecía abstraído, lejano. Marín lo contempló con una repentina curiosidad, pensando en lo desconocido y distante que era para él ese judío taciturno que iba a su lado por la vida.

De súbito un pensamiento maligno clareó a espíritu. ¿Por qué no? Vinieron a su conciencia recuerdos de lecturas, pedazos de conversaciones tenidas con luchadores de larga experiencia. Con una especie de congoja escrutaba el perfil inmóvil de su compañero. Nada sabía, en

verdad, de él. Había llegado, un día cualquiera, de la Argentina. Traía cartas de presentación. Parecía activo y febril. El grupo lo había acogido y ahí estaba. Nada más.

Le pareció verlo por primera vez. Nunca hasta entonces había reparado en aquella expresión de cansada y sumisa tristeza que se desprendía de sus mejillas, de sus grandes orejas lívidas, de sus ojos salientes que resbalaban por las cosas y los seres como temerosos de causar molestia. Había un no sé qué de huidizo, de inasible, en la persona de su visitante, algo que hacía recogerse en una reserva de defensa.

Rosenberg volvió de pronto la cabeza y dijo, bostezando:

—¿Vamos? Creo que ya es hora...

Marín se arregló rápidamente y salieron.

Raquel en la puerta de la casita conversaba con una vecina. Rosenberg se despidió de ella con untuosa cortesía.

—¿Volverás temprano? — preguntó la mujer, mirando a Marín con inquietud pero sin atreverse a expresarla.

—No sé... — respondió, malhumorado, el estudiante y se alejó con su amigo haciendo un gesto vago.

XII

—Hoy más que nunca es necesario actuar. Su presencia, compañero, es indispensable, indispensable...

—Sí, esta noche iré.

Baeza se despidió con un cordial apretón de manos, insistiendo, desde la puerta:

—No deje de ir. Los compañeros están bastante extrañados con su ausencia.

Al quedarse nuevamente solo, Leonardo se entregó como de costumbre al vago ensueño que lo poseía. Experimentaba un aburrimiento atroz. Sentía deseos de salir, de irse lejos, pero una pereza invencible lo mantenía de espaldas en la cama, inmóvil como una cosa, y lleno de un extraño desasosiego interior. A ratos se levantaba, tomaba un libro, lo dejaba a las pocas páginas. No hallaba qué hacer.

Prefería estar así, tendido, con la conciencia flotando en los límites del sueño, entregado a un devaneo de imágenes cambiantes y absurdas, hechas con pedazos del pasado y con visiones de lo que no llegaría nunca. Una laxitud enfermiza aflojaba sus músculos, juntaba sus párpados entrababa sus ideas. Hubiera querido poder dormir, dormir largamente, eternamente, perder la conciencia de sí mismo en una inmensa noche desolada, inmóvil, más profunda que la noche del mundo.

Casi no salía. Aparte del discurso que había motivado su breve prisión, nada había hecho en apoyo del movimiento huelguista en el que sus compañeros intervenían

con fervorosa actividad. El contacto con la masa, las discusiones con los dirigentes, la monotonía de las ideas que se exponían en las asambleas, le causaban ahora una repugnancia a la que no podía sobreponerse. Siempre lo mismo, exactamente lo mismo. Y sin esperanza.

Porque sentía de antemano el fracaso inevitable de aquel movimiento y la inanidad de los esfuerzos en que estaban empeñados sus compañeros. El también había confiado en la posibilidad de cambiar la sociedad, la vida, y, más que eso, el corazón del hombre. Pero aquello le parecía, ahora, en la cruel lucidez de su desaliento, una ingenuidad de adolescencia. Llenos de vanidad y de soberbia, sus compañeros se atribuían una misión grandiosa que ni siquiera comprendían.

Eran paradójicos, risibles. ¿La nueva vida construída por las masas harapientas y crueles, la justicia social realizada por aquellos a quienes un sórdido y secular resentimiento impediría ser justos, un porvenir de belleza y de fraternidad extraído de la sangre y el odio? Aquello no tenía sentido. Y era, sin embargo, la esperanza de muchos y había sido el ideal de él mismo.

Pero, ¿es que la esperanza humana tiene alguna vez sentido en medio del sucederse fatal de los hechos, en el terrible conflicto de potencias que es la vida? Las formas intelectuales del deseo — las que se expresan en las grandes palabras conmovedoras: libertad, justicia, — nada tienen que ver con el destino de los seres y de las cosas. Vamos arrastrados en una inmensa corriente a través de la noche. Nuestro sueño — sombra de una apariencia fugitiva — el ideal remoto, el llamamiento de nuestro corazón sólo son nuestros y perecederos, sin influencia alguna en el tormentoso acontecer.

La acción es un deber, un destino, pero nada más. Todos los fines que puede proponerse la voluntad son deformados, cuando se logran, por las circunstancias contradictorias de la vida, por el choque imprevisible de sucesos desconocidos. La vida conforme a un plan, el futuro mo-

delado de acuerdo con la razón, el rígido idealismo de la doctrina, absurdos del orgullo humano cuando no fantasías de una impotencia desesperada. ¿Sacrificaría la fuerte espontaneidad de sus instintos, la plenitud de sus días presurosos y sin retorno ante abstracciones efímeras, dioses fríos y huecos levantados estúpidamente por encima de la vida?

Vivir... El no quería más que vivir. Vivir apasionadamente en el dolor y en la alegría. Vivir en un desborde de los impulsos creadores y destructores que sentía constreñidos en su ser bajo los convencionalismos de su educación y la banal corteza de sus ideas. Vivir con la rítmica soltura del que ha puesto su instinto a tono con el misterio del mundo y va hacia la muerte, sin sobresalto ni premura, porque ha roto las amarras de su corazón.

No obstante, su espíritu, aun no liberado, gemía en una especie de desgarramiento. Le costaba romper la red de pequeños vínculos — sensibles como nervios desnudos — que lo atraía hacia lo que ya consideraba su pasado. Ahí estaban los amigos cuyo encuentro, que no podría evitar, sería siempre una admonición muda; las largas vigiliias en torno de una mesa, con el pensamiento en tensión, construyendo la imagen del mundo perfecto; las grandes emociones del tumulto en que su nombre, lanzado por bocas innumerables, le parecía extraño y como embellecido por un influjo misterioso.

Había que renunciar a todo eso que le había dado, hasta entonces, cierta conformidad interna. Vivir... ¿Y es que no era acaso un vivir intenso el que le proporcionaba el riesgo de la actividad revolucionaria? Pero aspiraba a otra cosa que no hubiera podido definir, a algo que lo hiciera vibrar en una emoción más honda, revelándole lo que en su ser permanecía oculto, sofocado por la frialdad de su inteligencia crítica y la pasión unilateral de su esfuerzo cotidiano.

La revolución sería, sin duda alguna, la gran oportunidad de vivir con una terrible plenitud, lanzando el alma

en el torbellino de todas las pasiones, al borde de la muerte. Pero la revolución vendría quizás cuándo. Quizás moriría sin verla. Y el caso era vivir ahora, poderosamente, con la fuerza de la juventud. Lo demás sería filantropía. Pensaba en sí mismo ahogado por la angustia de su desorientación. Mirando su corazón experimentaba el sobresalto de quien se encuentra a la entrada de una selva sombría.

Había despertado al amor. Sus inquietudes, sus desalientos, sus congojas, sus sueños, tenían un nombre de mujer. Sin querer confesárselo a sí mismo, se encontraba en el aislamiento en lucha sorda con el deseo de ver a Eliana, lucha en que de antemano se sabía vencido porque, en lo más íntimo de su ser, se había abandonado al designio de su corazón. El tiempo estaba detenido para él en una estéril contemplación de imágenes confusas en medio de las cuales brillaba la sonrisa de Eliana como una luz perdida en la bruma de la lejanía.

Pasaba los días sumergido en una especie de modorra, de embriaguez.

Creyéndolo enfermo la dueña de la pensión, una señora viuda, muy atildada y circunspecta, vino a ofrecerle sus servicios; las sirvientas le preguntaban qué tenía, con una deferencia solícita que lo exasperaba; los amigos salían de la pieza con aire preocupado, meneando la cabeza, después de haber intentado vanamente arrastrarlo fuera.

—El compañero Vargas está mal — anunció Baeza aquella noche en el café. — Lo noté muy deprimido.

—Y ¿qué le pasa? — interrogó el viejo Gómez. — Me ha sorprendido no verlo como siempre actuando firme en este movimiento.

—El dice que no tiene nada, que está un poco cansado, que necesita reposo. Parece que le disgusta que lo vayan a ver—agregó Baeza, afirmándose los lentes que parecían siempre en peligro de deslizarse por su filuda nariz.

—Vargas tiene el alma muy firme — dijo pensativamente Gómez. — Es extraño...

—Sí, no deja de serlo — agregó con cierta socarro-

nería Rosenberg, sorbiendo con un ruido desagradable su tacita de café. — Quizás esté enamorado.

—No me parece — arguyó, convencido, Baeza — El camarada Vargas es un hombre libre y no creo que se deje dominar por el sentimentalismo. No es hombre para eso.

—Eso no lo puede asegurar nadie de nadie — aseguró el judío. — Además no hay que olvidarse de que Vargas viene de la burguesía acomodada. Me han dicho que su familia posee una considerable fortuna. Está a punto de ser profesional. En el fondo, debe ser un conservador...

—No hay derecho a sostener esas cosas — objetó, interrumpiéndolo, Gómez, con el ceño fruncido. — No hay que juzgar de un compañero como Leonardo que siempre ha demostrado mucho espíritu, mucha convicción. Lo hemos visto exponerse más que muchos otros (miraba intencionadamente a Rosenberg). Tal vez atraviere por un período de crisis, de desaliento. ¿Quién no los ha tenido? Nosotros, los viejos, podemos quizás comprender mejor lo que a Uds., que están en pleno fervor, les parece extraño. Uno cuando es joven tiende a la intolerancia, a la incompreensión. El don humano de penetrar en la secreta intimidad de los otros — lo que llaman conocimiento de los hombres, capacidad de intuición, facilidad de simpatía — sólo se adquiere en la frecuentación del sufrimiento y ahondando en sí mismo, a lo largo de los años.

Rosenberg se encogió de hombros como quien desea eludir una discusión que no le interesa.

Los demás escuchaban sorbiendo pensativamente el café.

Volviendo al asunto que lo obsesionaba, Baeza propuso:

—¿Por qué no vamos ahora a ver a Leonardo?

Los demás asintieron.

La pensión donde vivía Vargas estaba en una de esas calles entre San Francisco y Santa Rosa, que, a pesar de encontrarse tan cerca del centro de la ciudad, parecen calles de provincia, con sus casas bajas y antiguas, sus

árboles descuidados y su permanente silencio. Un farol mortecino, vencido casi por la sombra, parpadeaba a la mitad de la cuadra, frente a un ancho portón de otra época. Era ahí. Golpearon, suavemente, varias veces, sin que acudiera nadie.

Aburridos, al fin, dejaron caer con toda fuerza el aldabón produciendo un ruido que el eco devolvió al extremo de la calle. Rechinó una puerta en el interior y se oyó un llamamiento. Unos pasos lentos se aproximaron. Alguien levantó la barra de hierro que reforzaba la solidez del portón y una voz soñolienta de muchacha lanzó la inevitable pregunta:

—¿Quién es?

—Queremos ver a Leonardo Vargas, señcrita.

—Está en cama, don Leonardo.

—Dígale que unos amigos quieren verlo. Que está aquí, Gómez — dijo Rosenberg, usando como presión el nombre del viejo por quien Vargas sentía un respeto casi filial.

—Así no podrá negarse — explicó.

La sirvienta, sin abrir la puerta, se dirigió nuevamente al interior. Regresó a los pocos instantes, diciendo mientras franqueaba la entrada:

—Dice don Leonardo que pasen. Ahí, junto a esos maceteros, está su pieza.

Leonardo estaba en pie, ordenando papeles.

—Trabajaba un poco — explicó, señalando los manuscritos que se amontonaban encima de la mesa entre botellas vacías, montones de libros y paquetes de cigarrillos.— Y Uds., ¿qué me cuentan?, ¿cómo van las cosas?...

—Las cosas van mal, muy mal — se apresuró a decir Baeza, sentándose en la cama de Leonardo.

Bruscamente azorado, enmudeció mirando a sus compañeros sin saber como continuar. Cohibido, se puso a limpiar sus lentes con meticolosa seriedad como si de ello dependiera la solución de un grave problema. Rosenberg ojeaba distraídamente un folleto que encontró sobre la

mesa. Fué el viejo Gómez quien tomó la iniciativa de la conversación con la simpática espontaneidad en él característica.

—¿No se figura, Leonardo, a qué hemos venido? Seguramente lo está pensando en este momento. Somos camaradas y amigos, y entre nosotros no debe existir suspicacia alguna. Le ruego, pues, que no vea en mis palabras otra cosa que un deseo cordial de acompañarlo en las dificultades que a Ud. lo puedan perturbar. Lo hemos notado raro, como deseoso de apartarse de toda actividad, encerrado en un aislamiento que no acertamos a explicarnos. ¿Está desalentado? ¿Tiene alguna preocupación personal muy honda? ¿Qué le pasa? Franquéese con nosotros que lo estimamos. Creo que hay la necesaria confianza...

—Sí, claro que la hay. Debe haberla, por lo menos— reforzó Baeza, moviéndose nerviosamente en su asiento. Tenía por Vargas un afecto de discípulo.

Vargas tecleaba con los dedos sobre la mesa. Parecía sorprendido e incómodo.

—A mí no me pasa nada, Gómez. Lo que hay es que estoy trabajando en cosas más impostergables. De ahí que salga poco. Paso muy ocupado, estudiando. Si no he participado activamente en la huelga es porque no tengo la pretensión de considerarme necesario. Por lo demás, Ud. sabe que este movimiento me pareció prematuro. Hay muchos otros del grupo que pueden hacer lo mismo que yo y en mejor forma. Estoy trabajando, eso es todo— concluyó con cierta brusquedad.

—No se moleste, compañero. Ud. tiene que explicarse nuestra extrañeza y comprender los propósitos, absolutamente cordiales, que nos han traído— insistió Gómez, a quien no pasó inadvertido el tono de las palabras de Vargas. — No hemos venido a solicitarle excusas de su actitud, sino a pedirle una prueba de amistad. Creo que un viejo afecto como el nuestro puede reclamar, sin pecar de

intruso, una participación en lo que a Ud. atañe, sea malo o bueno.

—Sí, naturalmente — asintió Leonardo, sonriendo con una afabilidad que pareció total, mientras en su interior se decía, con una rabia creciente que a duras penas disimulaba detrás de los párpados semientornados y de las banales palabras de cortesía: “¿A qué hora se irán éstos? ¿Para qué vienen? Estoy harto de sus caras, de sus voces, de sus ideas. ¡Ah, quién pudiera sacarlos en el acto y quedar de nuevo solo, solo! ¿No comprenden que quiero estar solo?”

Sin embargo, tenía un sincero afecto por Gómez. Apreciaba la devoción de Baeza. A Rosenberg nunca lo había podido soportar por su aire displicente de hombre que todo lo sabe y por la indefinible frialdad que fluía de su actitud siempre correcta, de sus gestos mesurados, finos, de sus ropas claras cuidadosamente planchadas que le daban un aspecto de empleado de tienda en día domingo.

Continuaron conversando. Gómez, apoyado calurosamente por Baeza, procuraba que Leonardo le dijese la verdad acerca de su estado de ánimo. Leonardo no hacía más que repetir lo que dijera al comienzo, tratando vanamente de convencer a sus amigos de que no había que buscar otra razón a su actitud. Aunque nada dejaba traslucir, mediante un esfuerzo casi doloroso de su voluntad, estaba irridadísimo con la intrusión tan insólita de sus visitantes.

—Son los estudios, nada más, compañeros. Yo también tengo deberes que cumplir para conmigo mismo, ¿no les parece?

—Está bien, Leonardo, pero este alejamiento, en momentos como los actuales. Este afán de soledad. . .

—El trabajo, ya les he dicho. . .

La tensión de sus nervios había llegado al máximo. Le era casi imposible contenerse. Miraba a unos y otros deseoso de lanzarles una injuria violenta que los ahuyentase. Pero ellos parecían no darse cuenta. Seguían charlando incansablemente de cosas que, si bien antes le interesaban,

ahora sólo le producían fastidio, un sordo y enorme fastidio. Las caras de sus compañeros se le antojaban repulsivas, sus gestos grotescos y pueriles, sus palabras chillonas, hinchadas, falsas.

De repente, exclamó interrumpiendo a Baeza que se había lanzado en una turbia disquisición sobre la vida, aprendida en Nietzsche:

—Perdonen, camaradas, pero ya es hora de que se vayan. La dueña de la pensión podría molestarse. . .

Baeza, todavía en trance oratorio, murmuró, afirmando los lentes, siempre inseguros:

—Bueno, pero. . .

Rosenberg y Gómez comprendieron y no dijeron nada. Habían perdido la visita.

Leonardo, gozoso de verse libre, los acompañó hasta la puerta.

Los tres anarquistas le estrecharon la mano fríamente y se perdieron en la noche.

XIII

A esa hora el prostíbulo estaba todavía silencioso. Las niñas acababan de comer. Algunas se habían instalado en el balcón, pero sin intención profesional, nada más que para descansar, tomando el fresco. Transitaba poca gente. La fisonomía peculiar de la calle Eleuterio Ramírez empezaba a dibujarse cerca de la medianoche, cuando sobre el resto de la ciudad cae una gran paz conventual.

Jugaban bandas de chiquillos harapientos salidos de las cités y en las esquinas se agrupaban mocitos del barrio, atisbando a las mujeres que venían de los lupanares a comprar en el almacén. Dos o tres radiolas ubicadas en los negocios, como medio de atraer clientela, llenaban la calle de voces lejanas que, entre fox-trots estridentes y tangos dulzarrones, hacían el reclamo de variados productos comerciales.

La casa de la Gaby era una de las más acreditadas y antiguas del barrio, conocida entre los noctámbulos por su gran pista de baile, la variada hermosura de las pupilas y la novedad de un salón oriental decorado por algunos pintores bohemios. Este salón era el punto de término de las despedidas de soltero y las comidas de honor de la gente adinerada. Además, servía para que algunos poetas y periodistas amigos de la patrona celebraran allí orgías que ellos calificaban de refinadas, con abundancia de coca y literatura.

Por fuera, el prostíbulo tenía una apariencia de buena

y recatada mansión burguesa. La puerta sólo se abría después que por un ventanillo parecido al de los conventos un mozo se había cerciorado de la calidad de los visitantes. Largas cortinas de felpa velaban las ventanas de los dormitorios que daban a la calle y que estaban amueblados con una elegancia rumbosa, un poco chocante. Como el salón de baile y la cantina quedaban muy adentro, los ruidos de la juerga no se percibían desde el exterior. Así, durante el día y la noche envolvía la casa un digno silencio de respetabilidad.

—Ahí viene Abraham—anunció la Rosa que, disimulada en la sombra del balcón, fumaba un cigarrillo, avizorando la calle.

—Bah, a qué vendrá a esta hora—comentó la Nelly, una rubia al oxígeno.

El judío se detuvo un momento frente al balcón abierto, y tratando de ver hacia el oscuro interior de la pieza, dijo con amabilidad:

—Buenas noches, señoritas. ¿Estará la Marina?

—Si, en su pieza está—contestó Rosa secamente. El judío le era antipático y no se lo ocultaba. No podía explicarse el enamoramiento de Marina.—No sé cómo—solía decir—puede una mujer como la Marina acostarse con un hombre que tiene esos ojos salientes, color de pus, y que siempre parece no entender lo que le dicen. Yo ni por doscientos pesos estaría un rato con él. Preferiría no sé qué...

La Marina se estaba maquillando cuando entró Rosenberg. Lo abrazó con apasionada efusión y lo besó repetidas veces, fuerte, sonoramente, manchándole la boca pálida con el rouge que encendía sus labios. Sin corresponder a su ternura, el judío la apartó con un gesto brusco y frío, diciéndole al mismo tiempo con voz áspera, cortante:

—Déjate, imbécil, no estoy para bromas.

—¿Qué tienes, mi hijito?—preguntó ella, mimosa, tratando nuevamente de abrazarlo.

Abraham volvió a rechazarla con ceño agrio:

—Te he dicho que no quiero tonterías. Ya sabes que

me fastidian los arrumacos. Vengo a quedarme aquí esta noche.

—Pero, mi hijito. Tú sabes que eso le parece mal a la Gaby—se atrevió a objetar la mujer.—Te esperé toda la tarde. ¿Por qué no viniste? ¿Es que ya no me quieres?

—Estuve muy ocupado. Ahora me quedaré—insistió Abraham, tendiéndose en la cama.

—Pero, tú sabes...

—No sé nada. No quiero saber nada, ¿oyes?

Y agregó, sarcástico, haciendo arrugarse el rostro de la joven en un rictus de dolorosa vergüenza:

—Te pagaré como los otros. No tengas cuidado...

—Eso nunca, nunca—rugió la Marina, arrojándose con vehemencia sobre él, sobre el lecho y cubriéndolo de besos.—Eso nunca. Preferiría morirme. ¿Qué te he hecho yo para que me trates así? Te quedarás, diga lo que diga la Señora. No faltaba más. Te quiero.

El judío, con el pensamiento puesto en otra parte, se dejaba acariciar.

Al fin, dijo, levantándose, con una indiferencia que a ella le pareció ternura:

—Bueno, entonces. Anda a avisar que estás ocupada para que no te molesten. Y trae algo qué beber. Porque estoy muerto de sed.

Marina salió presurosa. Desde hacía tres meses, Abraham era su "amor del corazón", su lacho. El judío había venido una noche al prostíbulo con unos argentinos que gastaron mucho y se había quedado con ella, dándole una abundante propina. Ambos habían simpatizado. A ella le agradó la corrección de modales que hacía a Rosenberg tan diferente de los cotidianos visitantes de la casa. Una vez en la pieza habían conversado largamente. El le relató sus viajes por países diversos y extraños que a su imaginación de mujer novelera parecieron el signo de una existencia superior, emocionante y misteriosa. Para corresponder a su súbita confianza, ella le había relatado también su vida — no esa vida ad hoc que tienen las prostitutas

para los clientes sentimentales — sino su vida verdadera: una sucesión de escenas vulgares, tristes, engarzadas por un destino de pobreza y abandono.

El judío volvió a visitarla con frecuencia y le traía regalos. Varias veces, en las tardes desocupadas, salieron de paseo a las quintas de los alrededores y a los cines del barrio. Abraham mantenía respecto de ella una actitud jovial, delicada y atenta de enamorado. Con él, Marina se sentía una mujer distinta de la que era por las noches, en medio de la algarabía alcohólica y lujuriosa del lupanar. Una vida nueva palpitaba en su corazón que aun permanecía intacto, virginalmente adormecido bajo el fango que iba acumulando sobre él la monotonía del vicio ajeno.

Lentamente, como en el proceso de una taciturna embriaguez, se fué adentrando en ella la necesidad de aquella ternura varonil. Llegó a desear la presencia de Abraham como un elemento indispensable de su propia vida. Había en su naciente amor una avidez del alma que hacía más intensa la revelación del goce de su carne joven, hasta entonces aletargada. Fué para ella un verdadero deslumbramiento que, al renovarle el pudor perdido, hizo más amarga su condición de prostituta.

Ella, que nunca se negó a las más extrañas perversiones, en las orgías de los poetas amigos de la patrona, llegó a sentir vergüenza de su desnudez y obligaba a sus clientes a apagar la luz en el momento de la entrega. Quería ofender, aunque fuese la tardía pureza de su vergüenza, al hombre que le traía el don de un sentimiento nuevo. Hubiera querido anular su pasado y darse a él en el florecimiento inicial de su sexo. La entristecía y le causaba asco sentir sobre su boca, que él besaba, el aliento de otros hombres.

Abraham empezó a venir por las tardes, cuando la gente del prostíbulo aun dormía. Ella no le aceptaba dinero. La Gaby, comprensiva, la dejó satisfacer su capricho, después de cumplir lo que ella consideraba su deber, previniéndola respecto de las intenciones de su amante. No po-

día ser distinto de los que ella había conocido en su larga carrera. — Llegará un día — le dijo — en que cesarán las caricias y comenzarán los golpes. Seguramente pretendería explotarla. Siempre era ingenuo y peligroso entregarse, así no más, al amor de un hombre. Casi invariablemente pierde la mujer. . .

Los prejuicios de la obesa y experimentada señora se vieron pronto confirmados por los hechos. Abraham, al advertir que la muchacha estaba por entero entregada a su pasión, modificó su conducta de una manera ostensible. Mostró la realidad de su carácter: duro, despótico, utilitario, solapado. Con el pretexto de celos pueriles la golpeaba cada cierto tiempo como obedeciendo a un sistema preconcebido de dominio erótico. Ofuscada por la pasión, la mujer consideraba que el sadismo de su amante era una prueba de su cariño.

—Me pega porque está celoso, y si está celoso es porque me quiere—solía decir a sus compañeras que la compadecían, con esa absurda convicción de las mujeres primitivas, dispuestas a las mayores violencias del macho.

Pronto también Abraham, con fútiles artimañas, comenzó a sacarle dinero. Primero fueron las economías que ella ocultaba para las eventualidades de un futuro siempre incierto. Más tarde la obligó francamente a burlar a la patrona en el arreglo de cuentas. Como era hermosa y los clientes abundaban, no le fué difícil juntar cada noche una apreciable suma que Rosenberg retiraba al día siguiente, cuando venía después de almuerzo a refocilarse con su querida. A veces, sin embargo, le tocaba a la Marina quedarse con sujetos tacaños que, a cambio del alto precio, exigían mucho. Ella prefería encanallarse antes de ver a su amigo con el ceño adusto.

La frecuentación amorosa no la había hecho conocer del judío nada más de lo que él mismo le dijera el primer día. Ignoraba sus ocupaciones, sus propósitos, sus antecedentes. Ni siquiera sabía su domicilio. Todas las tardes, con raras excepciones, aparecía en el prostíbulo. El mozo, so-

ñoliento y gruñón, lo conducía a la pieza de Marina quien, ya despierta, lo esperaba en la cama, leyendo una novela. Estaban juntos hasta las seis de la tarde, hora en que ella comenzaba su faena. Durante ese tiempo, Rosenberg hablaba poco y siempre de cosas sin importancia.

Jamás Abraham le había puesto dificultades en el ejercicio de su profesión — que a él, por lo demás, le resultaba especialmente lucrativa — de modo que no dejó de causarle extrañeza que viniera por primera vez a una hora intempestiva. Sin duda le sucedería algo grave. Procuraba comprender la preocupación de su amante, pero se perdía en un cúmulo de conjeturas contradictorias. Con lo poco que sabía de él, de su vida, le era imposible orientarse en las complejidades de su carácter. Pero algo lo traía inquieto. Y se sintió feliz de que acudiera a ella en ese momento.

Al volver a la pieza con una botella de pisco — la bebida predilecta del judío — lo encontró dermitando con los brazos cruzados sobre el rostro. El prostíbulo había empezado a llenarse de rumores. Frente a la puerta de calle sonaba el claxon de un automóvil. Las mujeres salían presurosas de sus piezas en dirección al salón. La pequeña orquesta de ciegos desgarró la atmósfera apacible con una ranchera. Iba a comenzar la tarea nocturna. Marina suspiró mirando a su amante que parecía no haber advertido su retorno.

De repente, Abraham le gritó sin apartar los brazos de los ojos:

—Bueno, ¿qué esperas? Sírveme un trago.

La mujer obedeció rápida, sumisa, diligente.

Incorporándose de un salto, Rosenberg tomó el vaso y lo apuró de un sorbo.

—Sírveme otro...

También lo apuró de un sorbo. Y otro. Parecía dispuesto a emborracharse.

—¿Qué tienes, mi amor?—preguntó con medrosa dulzura Marina.

—Te he dicho que nada. No me molestes.

Y luego, de improviso, volviéndose hacia ella y mirándola fijamente en los ojos:

—Necesito para esta misma noche quinientos pesos. Anda, búscalos. Tú tienes donde encontrarlos.

—Pero Abraham, ¿de dónde quieres que los saque?

—¿Cómo de dónde? Luegó llegarán pijes. Vete con uno de ellos, sácale la cartera, qué sé yo... Y si no viene nadie con plata. ¿No podrías sustraerle una de sus joyas a la Gaby?

—¿Quieres que me metan a la cárcel?

—¿Y...? ¿No lo harías por mí? Figúrate que necesito ese dinero para un caso urgente, de vida o muerte. Si no los encuentro, puedo correr un gran riesgo. Tal vez no te vea más... En cambio, yo te garantizo que no te pasará nada si haces lo que yo te digo. No te pasará nada, ¿oyes bien?

La mujer parecía abstraída.

—Los tendrás — dijo sencillamente.

—Bueno, anda. Te esperaré aquí — dijo Rosenberg, tendiéndole los labios en un gesto maquinal.

Marina lo besó con ternura y se marchó al salón.

Habían llegado unos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores recién pagados y dispuestos a divertirse hasta la saciedad. Festejaban a un joven diplomático centroamericano llegado hacía poco al país. Después de bailar un rato en el salón grande, se retiraron al gabinete oriental con las mejores mujeres de la casa. Consumían champagne y otros licores en cantidades que llenaban de regocijo a la gorda Gaby, arrellanada en su poltrona como una grotesca divinidad protectora de los desvaríos. Muy pronto todos estuvieron algo embriagados. Los cuadros plásticos enardecieron su concupiscencia y cada uno se retiró con la mujer de su agrado.

A Marina la escogió un señor adiposo y calvo a quien llamaban con Rafael y que a juzgar por las muestras de respeto que recibía de los otros, debía de ser un personaje de la política. Marina lo condujo a la pieza desocupada de una

amiga suya que estaba en el hospital. Don Rafael, en cuanto se hubo desahogado, cayó en un profundo sueño. En vano trató Marina de despertarlo, remeciéndolo con fuerza. Los ronquidos del hombre, abotagado por la comida, el alcohol y el placer, parecían estertores. Marina se bajó del lecho y con gran cautela registró las ropas del prócer, que se amontonaban encima de una silla. Encontró en la cartera tres billetes de quinientos pesos. Vaciló un momento, y, por último, sacó dos. Rápidamente se vistió. Don Rafael no despertaba. Apagó la luz y salió.

Rosenberg la esperaba impaciente. Marina se echó en sus brazos y con una mirada tierna y alegre, le entregó los dos billetes. Casi sin mirarlos, Abraham los guardó en su bolsillo. Iba a salir, pero la mujer lo detuvo. Suavemente, ciñendo al de él su cuerpo ondulante, lo empujó hacia el lecho. Cayeron abrazados, estrujándose en un brusco acceso de pasión, en un ardoroso, brutal frenesí. Marina se debatía, sofocada de voluptuosidad, y el judío, con los salientes ojos desorbitados en el espasmo, murmuraba, como un estribillo, jadeando:

—¡Cómo te quiero! ¡Cómo te quiero!

Afuera, no cesaba el estrépito de la músicaailable, los gritos histéricos de las mujeres, la simulación alcohólica de la alegría.

Desde la calle venían los ruidos de los vehículos, el pregón reiterado y monocorde de los vendedores ambulantes, la palpitación nocturna del barrio, que a esa hora alcanzaba la culminación de su vida: vida en que los seres se movían como espectros entre la densa malla de la embriaguez y la lujuria, olvidados de sus corazones desiertos y de la inexorable soledad. Iban en grupos ruidosos, unidos por una ficticia solidaridad. Pero pronto, demasiado pronto, llegaría el melancólico amanecer...

Unos gritos roncós, venidos del patio, sobresaltaron a los amantes.

—¡Me han robado! ¡Me han robado!

Cesó la música. Un tumulto de hombres y mujeres ro-

deaba a don Rafael que, en mangas de camisa, daba voces desde la puerta de la alcoba.

—¡Hay que llamar a la policía! ¡Me han robado!

Moviendo dificultosamente sus cortas piernas cubiertas de várices, acudía la Gaby. Estaba consternada. Un hecho semejante no había sucedido jamás en su casa. Su casa era seria. Los clientes, personas distinguidas. Las mujeres y los mozos, muy honrados. El caballero podía estar equivocado. Quizás habría olvidado su dinero en otra parte. ¿Había buscado bien la cartera? Podía estar entre las ropas, en el suelo...

—No, señora. Mi cartera está aquí. Sólo que me faltan en ella mil pesos.

La Gaby, abrumada, insistía en que su casa era de reconocida honorabilidad.

Una de las mujeres observó, fingiendo indiferencia:

—La Marina, que se quedó con él, puede saber algo.

—No. Yo no sé nada. Estuve con él sólo un rato. Después salí. No sé nada — aseguró Marina, un poco pálida, turbada.

Uno de los amigos del caballero, que estaba más sereno que los otros, hizo cerrar la puerta de calle, y llamó por teléfono a la policía. Debía de ser un hombre de influencia, porque en pocos minutos llegaron dos agentes de Investigaciones, en un automóvil. Comenzaron por preguntar detalladamente a don Rafael y a la Gaby. En seguida, se encerraron con la Marina en una pieza. El interrogatorio duró cerca de media hora. Al fin salieron los pesquisas con la joven quien lloraba convulsivamente, repitiendo:

—¡Déjenme tranquila, por Dios! No sé nada, nada.

—Vamos a llevarnos esta niña a la Sección — dijeron los agentes a la Gaby.

Rosenberg que hasta ese momento se había mantenido a distancia, disimulándose en el grupo de parroquianos y mujeres, avanzó hacia los policías y les pidió, muy cortésmente, que le escucharan unas palabras en privado. Fué con ellos a la cantina que había quedado solitaria y mientras

les hacía servir unas copas, les mostró su carnet de agente confidencial de Investigaciones.

—Dejen este asunto por mi cuenta, colegas — les dijo, con aire de misterio.—Tengo una pista. Y para empezar no se lleven a esa mujer. Es mi amiga y yo respondo.

Los agentes no pusieron objeción alguna y después de dar vagas explicaciones a don Rafael acerca de su cambio de propósitos con respecto a Marina se alejaron anunciando que a la mañana siguiente volverían para iniciar una severa investigación. Tranquilizado en parte con esa promesa, don Rafael convidó a sus amigos a reanudar la fiesta en el salón oriental. Recomenzó la música más alegre que nunca. La tensión nerviosa había espoleado el ansia de placer. Entre copa y copa, el viejo reblandecido, generoso, decía a la Gaby que todavía se lamentaba del incidente:

—No se preocupe más, señora. Si se encuentra el dinero, bueno. Si no se encuentra, bueno también. ¡Es tan poca cosa!

Después de hablar largamente con Marina indicándole la actitud que debía adoptar si la interrogaban y de garantizarle nuevamente la absoluta impunidad de su acción, Rosenberg abandonó el prostíbulo cuando empezaba a pardear el alba. La música había cesado. Algunas parejas soñolientas bebían la última copa en la cantina. Unos borrachos discutían en medio del patio que empezaba a llenarse de una azulosa claridad. Eran periodistas. Uno de ellos, tambaleándose, orinaba encima del gordo poeta Méndez, que, botado en el suelo, completamente beodo, recitaba entre hipos, con un sonsonete quejumbroso, recibiendo en plena cara el chorro inmundo:

Juventud, divino tesoro
que te vas para no volver...

XIV

Muy temprano, como de costumbre, misiá María empezó a levantarse.

Por los vidrios sucios del tragaluz penetraba una claridad indecisa, crepuscular, que poco a poco se iba acentuando, a medida que el claro sol emergía detrás de las montañas. La quietud del conventillo era completa. Unos pájaros que cantaban en el tejado hacían resaltar aun más la dulcedumbre campestre de la hora y el encantamiento del silencio matinal.

Sobre un entarimado que se apoyaba en un rincón de la pieza dormían los dos niños envueltos en una colcha vieja. La luz débil y opaca daba a sus caras una expresión de cansancio. La anciana se acercó a ellos, los besó silenciosamente y arregló sus ropas revueltas en la agitación de un sueño inquieto. Después se puso a ordenar su cama, pero tuvo que sentarse acometida por una extraña debilidad. Las piernas le pesaban como si hubiese andado mucho.

Acongojada, trató de incorporarse nuevamente sobreponiéndose a la pesadumbre de su cuerpo, al indefinible y creciente malestar que la dominaba. Anduvo unos pasos, pero tuvo que volver a sentarse. Las manos le ardían, tenía la boca seca, amarga, sentía un dolor agudo en la espalda. Fuertes accesos de tos la hicieron desgarrar una mucosidad sanguinolenta. Los escalofríos de la fiebre la obligaron a cobijarse bajo la frazada.

Monologó en voz baja, tratando de darse ánimo:

—Estoy resfriada. Me convendría quedarme en cama,

pero no puedo hacerlo porque tengo que salir a buscar la comida de los niños. Me levantaré más tarde cuando me sienta mejor...

Pero se sentía peor. El dolor agudo de la espalda le arrancaba un gemido a cada movimiento que hacía para acomodarse en el duro camastro. Y los esputos rojizos menudeaban en medio de ataques de tos que terminaron por despertar a los niños. El mayor, un tanto adormilado, comenzó a contarle el sueño que tuvo: un sueño muy confuso en que aparecían su padre, unos bandidos y el perro de Perico, el lustrabotas. El más pequeño, moviendo sus bracitos desnudos pedía qué comer.

—Duérmanse, niños. Todavía es muy temprano.

Pero ellos notenían sueño y, sin darse cuenta del estado de la anciana, seguían hablándole con volubilidad jubilosa.

—No, abuelita—dijo Rafael Segundo.—Ya es tarde. ¿No ve como ha salido el sol? ¿No lo ve, allá, en el tejado?

A través del vidrio del tragaluz entraba ahora la fuerte y dulce claridad del cielo inundado, de uno a otro horizonte, por el resplandor del sol. La noche estaba lejos, hundida en el mar distante, y el nuevo día caminaba sobre la tierra. Porque en la mañana vernal cantaban los pájaros no podrían dormirse los niños a quienes una inquietud de juego hacía mover nerviosamente los pies bajo la vieja colcha. Estaban deseosos de levantarse y abandonar la pieza. La calle los llamaba.

—¿Nos levantamos, abuelita? — dijo el mayor. — Yo vestiré a Juan...

Tratando angustiosamente de dominar la tos, misiá María le dijo con voz entrecortada, que asustó al chico.

—Levántate y anda donde la Margarita. Dile que venga un momento.

Rafael Segundo miraba a su abuela sin comprender su estado, pero lleno de un oscuro temor. Nunca la había visto así, con la cara enrojecida y descompuesta, los ojos extrañamente fijos y un hilillo de saliva cayendo por las

comisuras de su boca hundida. Rápidamente se puso los pantalones y se bajó del entarimado, recomendando a Juan con imperativa seriedad que no se moviera. La abuela respiraba con dificultad, apresuradamente, como una persona que ha corrido.

El niño se quedó un momento cerca de la cama de la anciana. Tenía miedo, miedo de algo desconocido y próximo cuya inexorable realidad sentía en el latir de su corazón. La mirada fija de misiá María tenía un no sé qué de extrahumano, emanaba una tristeza definitiva, infinita. Y ante esa mirada experimentaba la congoja del que se encuentra en medio de la noche escuchando, desde muy lejos, un misterioso y terrible llamamiento que no puede comprender. La abrazó con ternura, con pavor. Bajo la piel del pecho de la anciana sonaba persistentemente un ruido monótono como de algo que hierve.

—Anda, hijito...

Rafael Segundo salió en busca de Margarita, una vecina que misiá María había visto nacer. Margarita vino inmediatamente a medio vestir. Era una mujer todavía joven, alta, morena, de recio cuerpo, algo deformado por la maternidad y rostro ingenuo de campesina. Hacendosa, modesta, siempre estaba dispuesta a acudir en ayuda de los demás con una diligencia afectuosa que le había granjeado la unánime simpatía del conventillo. Hombres y mujeres sentían por ella una gratitud devota, una admiración cordial. Únicamente su marido — un talabartero que pasaba borracho la mitad de la semana — la despreciaba y la golpeaba. Margarita no contaba a nadie sus cuitas íntimas y todos la creían feliz.

Misiá María le pidió que se acercara y, en voz baja, para que no la oyera Segundo, le dijo:

—Hijita, me siento muy mal, muy mal. Si me muero cuide los niños mientras Rafael esté preso.

—Esta misiá María, las cosas que dice — exclamó Margarita aparentando jovialidad para animar a la enferma.—Ud. nos va a enterrar a todos. Este es un simple resfrío. Pronto pasará...

—No, hija. De esta me voy. Lo siento... ¡Ah, este dolor de espalda que no me deja!

Margarita salió a preparar una tizana. Una vez que atendió a la enferma, preparó el desayuno a los chicos y limpió la pieza. Pasó la mañana yendo y viniendo de su habitación, que estaba cerca de la entrada del conventillo, a la de misiá María, activa y alegre, procurando levantar el ánimo cada vez más decaído de la anciana. Llevó a Juan a su pieza para que se entretuviera con sus hijos, también pequeños. Segundo no quiso apartarse del lado de la abuela. Permaneció todo el día sentado en un rincón, sumido en una especie de embotamiento. No quería comer ni jugar.

Durante los días que siguieron, la enferma se agravó. El dolor de la espalda no le permitía moverse en la cama. Pasaba sentada, tosiendo desgarradoramente y expeliendo, con dificultad cada vez mayor, la podredumbre de su pecho. Inmovilizada en una misma posición sobre la dura pailaza, sus posaderas terminaron por convertirse en dos grandes llagas que le causaban dolores terribles. El sufrimiento no le dejaba tregua. No podía dormir.

—¿Por qué Dios no me llevará luego? — exclamaba en sus frecuentes accesos de desesperación, abrumada por la monotonía de su irremediable dolor, por la angustia de su carne martirizada.

Pero iban pasando los días sin que el desenlace se produjera. Los remedios caseros de Margarita no le atraían mejoría alguna. Dejó de tomarlos. Tampoco probaba los alimentos. Lentamente se derrumbaba su organismo roído por el morbo tenaz. Hacía pensar en un muro antiguo, deruido por las lluvias de muchos inviernos, que va dejando en cada racha un poco de sí mismo hasta, desplomarse por completo un día cualquiera. La muerte se anunciaba ya en sus mejillas plomizas y hundidas que la fiebre teñía de una púrpura leve, en el estertor monótono de su pecho flaco, en la inmovilidad de sus ojos agrandados que una invisible presencia velaba.

Iba extinguiéndose silenciosamente, como temerosa de ser incómoda, ella, que siempre fué apenas una sombra benigna en la vida de los otros. No hablaba. Miraba con extrañeza los rostros de los que entraban a verla y durante largas horas permanecía atenta a la puerta como si esperase a alguien que nunca llegaba. No reparaba en los chicos; parecía desconocerlos. La lucidez de su mente naufragaba en la debilidad y en la fiebre.

Una noche, saliendo de su sopor, dijo a Margarita que velaba a su cabecera:

—Dile al niño que venga, ¿dónde está?

—¿Cuál? — preguntó Margarita sorprendida.

—El niño, pues. Rafael... .

Margarita fué a buscar a Segundo que dormía en su pieza desde el comienzo de la enfermedad de la anciana.

—Aquí está, misiá María — dijo, acercándolo a la luz de la vela.

—No. El niño. Que venga el niño — insistía la anciana. Margarita, asombrada, repetía:

—Aquí lo tiene, misiá María... .

Y la anciana, con impaciencia apremiante, la mirada puesta en una visión lejana que sólo era suya, volvió a decir:

—Tráigame al niño. Quiero verlo... .

Tal vez pensaba en su hijo. Trató de incorporarse, pero cayó pesadamente sobre la almohada, gimiendo con una dulzura infantil. Rafael Segundo rompió a llorar abrazado a Margarita.

Aquella noche la anciana llamó en su delirio a diversas personas, habló con ellas cosas incomprensibles y, a ratos, conversó consigo misma como con una extraña. Pedazos de recuerdos, confundidos y deformes, emergían, como restos de un naufragio, del agua negra del olvido: el padre de Rafael que, a poco de casarse, la abandonó para perderse quién sabe dónde; escenas del Puerto en que fué criada de un hotel de marineros; los días terribles de la ciudad, con el niño a cuestas, buscando trabajo en las

casas particulares. Y en medio de la turbonada de imágenes, la cara pálida y menuda del hijo ausente. . .

Al día siguiente, muy de mañana, llegó Baeza, el anarquista, en compañía del secretario general del sindicato a que pertenecía Rafael. Habían sabido por un compañero que vivía cerca del conventillo la enfermedad de misiá María. Le traían algún dinero. No habían creído que se trataba de un caso tan grave y se sintieron confundidos por el abandono en que vivía la madre de su compañero. A mediodía volvieron con un médico amigo que trabajaba en el hospital. Era un joven recién salido de la Escuela de Medicina que también participaba en el movimiento obrero. Examinó a la anciana con esmero.

Después llamó aparte a sus amigos y a Margarita y les dijo:

—Es caso perdido. Una pulmonía doble a esta edad y en este estado no se resiste. El corazón puede fallar de un momento a otro. ¿Sabe Rafael?

—No, nadie lo ha ido a ver de aquí — dijo Margarita.

—Y nosotros que lo hemos visto no sabíamos lo que pasaba — murmuró, como disculpándose, Baeza.

—Mejor será no decirle nada — recomendó el médico, con indiferencia. ¿Para qué angustiarlo más en su prisión? El proceso que le siguen por agresión a la autoridad está bastante avanzado. Es muy probable que pronto lo pongan en libertad. Entonces ya todo estará consumado.

—Opino lo mismo que el compañero — dijo el secretario del sindicato.

Los hombres se retiraron prometiendo volver al día siguiente.

Misiá María murió aquella noche. Margarita, que no había tenido tiempo de reposar durante el día, se había quedado dormida con la cabeza apoyada en la cama de la enferma, acunada por el rítmico jadeo de su respiración. No se dió cuenta de nada. El tránsito de la vida a la muerte debió ser imperceptible, lento y tranquilo como el paso de la vigilia al sueño. Cuando Margarita despertó, so-

bresaltada por las carreras de los ratones en el entretecho, era todavía de noche. Le extrañó, en medio de su somnolencia, el silencio de la pieza. Algo faltaba. De repente comprendió y puso atención: el estertor de la anciana había cesado.

Un brazo flaco, color de tierra, yerto, colgaba al borde de la cama.

De regreso de la cárcel, la mujer de Zapata se encaminó a la casa de Baeza. Baeza venía llegando en compañía de Rosenberg. Ambos estaban de mal humor, desalentados por el evidente fracaso del movimiento. La mayor parte de los obreros habían regresado al trabajo y sólo el Sindicato de Zapateros persistía en su actitud de lucha. Pero ya se advertían en él síntomas de disgregación interna. Crecía el número de los que estimaban inútil empeñarse solos en obtener sus reivindicaciones. Los patronos se mostraban esta vez irreductibles.

Una vez en la pieza, la mujer de Zapata les transmitió sigilosa, como si alguien pudiera oírla, el recado de su marido.

—A él no le cabe duda — dijo. — Lo ha pensado mucho durante su larga incomunicación. La policía estaba al tanto de detalles que únicamente los cuatro — Zapata, Rojas, Céspedes y Liborio — sabían. Además, hasta ahora no lo han tomado preso.

Y concluyó con tono rencoroso:

—Zapata espera que los compañeros tomen las medidas para que esta canallada no quede impune.

—Evidentemente — exclamó Rosenberg, dando en la mesa un puñetazo de indignación. — Hay que castigar la traición. Como el trabajo lo llevaron tan en secreto, yo ignoraba que Liborio estuviese comprometido. Pero, con lo que nos dice la compañera, tiene que haber sido él quien ha

dado el soplo a la policía. Nadie fuera de ellos sabía nada. ¡Qué carajo el tipo!

—Baeza, meditabundo, avanzó una duda prudente:

—¿Y nadie más sabría, en verdad? ¿No lo habrían contado a algún extraño de su confianza?

—No. Zapata no me había dicho ni a mí—afirmó la mujer. — También conversé con Rojas y Céspedes, que están en el mismo patio, y me aseguraron que no habían hablado del asunto con nadie.

Baeza, a quien por cierta solidaridad intelectual repugnaba la idea de que el periodista hubiese cometido una felonía, insistió:

—Y Liborio que es tan confiado, ¿no se habrá franqueado con alguien?

—Es casi imposible que eso haya sucedido tratándose de algo tan delicado. Desde luego no ha sido con ninguno del grupo manifestó Rosenberg. Liborio, lo que no deja de ser decidor, se fué al campo al día siguiente del atentado. Dijo que tenía un hermano muy enfermo. . .

—Bueno, compañera, nosotros arreglaremos este asunto — interrumpió Baeza, afirmándose los lentes como siempre que lo agitaba una preocupación muy viva. — Dígale a Zapata, cuando vaya a verlo, que no tenga cuidado, que procederemos implacablemente.

Y acentuó con énfasis, silabeando:

—Im-pla-ca-ble-men-te.

La mujer iba a retirarse, pero la detuvo Baeza preguntándole:

—Y ¿cómo han tratado a los compañeros presos? Ud. se explicará nuestra ignorancia, compañera. Estamos imposibilitados para obtener noticias. Tenemos que andar con mucho cuidado. Mostrarnos poco. . .

—Cómo quiere que los hayan tratado, pues. Zapata no me dijo nada — Ud. sabe lo duro y reservado que es — pero Céspedes me lo contó todo: los golpearon hasta dejarlos sin sentido tratando de hacerlos confesar y de sacarles qué cómplices tenían. Los tres se portaron muy bien,

muy hombres. Negaron todo. . . Sin embargo, los van a condenar. El abogado que los defiende — un compañero del partido socialista — me dijo que por lo menos les saldrían tres años. . .

La mujer calló, envuelta de improviso en un silencio que venía de sus entrañas sacudidas por el temor del futuro, que vislumbraba tan confuso: Zapata — su hombre, su frágil apoyo — preso; los días largos en que no se sabe adonde ir en demanda de ayuda; el desamparo de los niños sobre quienes cae el oscuro destino de los padres. Confía en el trabajo de sus brazos para defender de la miseria a los que no tenían culpa, pero pensaba también que el trabajo era más escaso que nunca: caravanas de mendigos — muchos en pleno vigor juvenil — ambulaban por las calles como fantasmas de un sueño dantesco. Para los pobres el porvenir es siempre una amenaza.

—Salude al camarada Zapata. Y dígale que obraremos como lo haría él si estuviese libre.

Carlota salió murmurando con voz que su rencor de hembra despojada y el presentimiento de su próxima miseria hacían trémula:

—Es preciso obrar, compañeros, antes de que el tiempo traiga el olvido.

Los dos anarquistas permanecieron taciturnos como si no hubiesen oído, pero en cuanto ella abandonó la pieza Rosenberg exclamó:

—Hay que hacer un escarmiento definitivo. Liborio no debe suponer que estamos al tanto de su delación. Seguramente volverá, para no despertar sospechas, al local. Lo trataremos como de costumbre, para que renazca en él la confianza. Ya llegará el momento oportuno. . .

Baeza no contestó. Su espíritu recto y serio se resistía aún a aceptar plenamente la traición de Liborio, de quien era íntimo amigo. Le unía una común manera — algo nerviosa y estetizante — de considerar el movimiento revolucionario. Baeza iba continuamente a casa de Liborio en busca de libros. Discutían hasta el alba, jugando con las

ideas más arbitrarias, y siempre terminaban por estar de acuerdo. Ambos tenían el mismo temperamento, variable y tímido, apto más bien para la elucubración abstracta que para el esfuerzo violento.

Había también una razón más íntima que hacía estas relaciones superiormente valiosas para Baeza: amaba en secreto a la mujer de Liborio. Nunca habría sido capaz de dejárselo siquiera entrever, pero se sentía feliz de estar a su lado en las veladas contemplando, a través de los gruesos lentes oscuros que disimulaban su ternura, el rubio cabello de Elba, el lento y gracioso revoloteo de sus manos blancas, la línea ondulante y firme de su cuerpo. No ambicionaba más. Cuando estaba solo en su pieza pensaba obstinadamente en ella, pero sus pensamientos eran puros y elevados, sin mezcla de anhelo carnal.

Baeza era un inveterado soñador que ocultaba su sensibilidad, como una lacra, bajo una corteza de áspero cinismo. Hablaba en público como un discípulo de Zaratus-tra y, en privado, se emocionaba románticamente escuchando la música de Schubert. Los que no lo conocían — que eran los más — lo tenían por un revolucionario terrible, extraordinariamente frío, incapaz de sentir piedad, dueño de sus nervios; un hombre, en fin, a quien no asusta el sufrimiento y la muerte de los otros. Pasaba por ser un terrorista nato. En el fondo, era un muchacho lleno de ensueños y lecturas, de carácter blando, dotado de una capacidad de simpatía que vibraba al menor roce con la vida. Su expresión glacial y como ausente, de miope, ocultaba un hervor perenne de emoción humana.

La inculpación de que era objeto su amigo Liborio lo había llenado de malestar. Aunque la posibilidad de una represalia de sus compañeros no lo inquietaba — pasado el primer impulso se contentarían seguramente con despreciarlo — sufría por el descalabro moral que significaba para él mismo la pérdida de la amistad de Liborio que le era tan grata. Las veladas después de comida, la dulzura de Elba, su voz de contralto cantando, a veces, en la no-

che... El ensueño en que su corazón de solitario se recreaba, brusca, definitivamente trunco.

—¿Y tú crees de verdad que sea Liborio? — inquirió, dirigiéndose al judío.

—Tiene que ser él, de otra manera no se explica lo que ha sucedido — afirmó, Rosenberg, convencido, terminante.

—Pero la policía puede haberlos seguido...

—Como dijo la compañera de Zapata, la policía conoce detalles que sólo los comprometidos podían saber. Ha habido delación, no cabe duda. Y esto no puede quedar así...

—Juntémonos esta noche con los compañeros para resolver.

—¿Resolver qué?

—Lo que procede hacer.

—Sólo hay una cosa que hacer. Y me basto yo.

—¿Entonces, tú?

—Sí...

Baeza se estremeció imperceptiblemente mirando los ojos de Rosenberg duros y fríos, bruscamente ensombrecidos. No se atrevió a preguntar más. Y, por primera vez, tuvo conciencia de que la fatalidad — que creía una mera palabra de la impotencia—era una cosa tangible, tan segura como el palpar de los corazones y el deslizarse de los días. Ella estaba presente entre ambos, anunciando la muerte de un hombre que nada sabía, que estaría como un ciego moviéndose entre las cosas familiares sin percibir el avance de la sombra que mermaba, minuto tras minuto, su pobre existencia condenada. Lo ahogó una tristeza súbita, sin nombre.

Fueron sólo unos instantes brevísimos, pero cargados de destino.

El judío le tendió la mano. La estrechó con energía, en una efusión de solidaridad. Por nada del mundo hubiera querido Baeza que su debilidad de alma se transparentara. Recobrado de su fugitiva impresión, quería demostrar al

compañero que había comprendido la decisión de su voluntad y que estaría con él en la justiciera empresa. Sin embargo, no encontró qué decir. La hipocresía de su apretón de manos lo puso a cubierto.

Poco después de haber salido Rosenberg, abandonó también la pieza.

Fué a casa de Liborio, sin proponérselo, arrastrado por un impulso inconsciente que revelaba la raíz de su inquietud. Al encontrarse frente a la puerta vaciló en golpear. Desde una de las piezas de la calle llegaba la voz de contralto de Elba, tarareando una canción de moda. Esto lo decidió. Encontró a su amigo leyendo los diarios de la tarde. Le pareció que se azoraba un poco al verlo, pero el gesto acogedor fué de una cordialidad perfecta:

—¿Qué te habías hecho, hombre? — dijo, palmeándole la espalda. — Nos hemos estado acordando de tí...

—Trabajando, Liborio, trabajando. Y tú ¿dónde estabas que no se te ha visto en ninguna parte?

—Tuve que ir al Sur. Un hermano mío sufrió un accidente grave. El mayor, tú lo conoces. Sólo regresé ayer...

—¿Y tu hermano quedó bien? — preguntó Baeza con solicitud cortés.

—Sí, felizmente. Dentro de poco estará restablecido. . . Y ¿qué dicen los compañeros? ¿Cómo marcha el movimiento? Sentí tanto tener que desvincularme del grupo en momentos tan interesantes como los actuales, pero, tú comprendes, se trataba de un caso grave. Mi madre, que nunca me pide nada, me rogó que fuera...

—Ah, sí... — dijo Baeza evasivamente. Empezaba a sentirse molesto. Le era imposible aparentar la antigua cordialidad. Las palabras se enredaban en la malla de sospechas y prevenciones que llenaban su mente. De reojo observaba a Liborio que se movía de un lado a otro con su nerviosidad de siempre, procurando descubrir un gesto que le permitiera entrever el verdadero estado de su alma, que suponía estragada por el remordimiento. Pero Libo-

rio parecía muy contento, no daba muestra alguna de pesadumbre.

Elba entró en ese momento, diciéndole desde lejos con alegre jovialidad:

—¿Qué se había hecho Baeza? Tanto tiempo que no lo veíamos...

—Muchas preocupaciones, Elba. Ud. sabe...

La charla siguió rodando por un cauce amable, familiar; pero la presencia de Elba torció los pensamientos de Baeza hacia una zona de su propio yo hasta entonces ignorada por él mismo, subterránea. Si Liborio desaparecía, ella quedaría libre. Tal vez sería posible conquistarla, envolviéndola en una red de tiernos cuidados que su vieja amistad con el marido justificaría. Un día podría ser suya. Lo recorrió un estremecimiento sensual al imaginarse, por primera vez, la posesión de aquella mujer tan próxima y tan lejana. La sonrisa de Elba, enmarcada en su rubia cabellera, tuvo para él, desde aquel instante, un nuevo prestigio. No se atrevía a mirarla de frente, temeroso de que su secreta emoción se revelase. Y se dió cuenta de que también odiaba a Liborio, de que lo había odiado sordamente desde hacía mucho tiempo, desde que conoció a su mujer.

Liborio conversaba, incansable, pasando de un tema a otro con vertiginosa locuacidad. A pesar de su ofuscación pasional, Baeza reparó en que eludía lo relativo al atentado y entonces, con intención maligna que la revelación de su deseo y de su odio acentuaba, procuró conducirlo adonde fatalmente — lo pensaba con deleite sádico — tendría que descubrir en un gesto involuntario, en una frase que se escapa, en una esquivez de la mirada, el tormento de su traición reciente. Como si hubiese adivinado su pensamiento, Liborio le preguntó de pronto:

—Y ¿qué se dice del atentado, de la prisión de los compañeros?

Desconcertado, Baeza tardó un momento en contestar:

—Yo no sé nada. Dicen por ahí que ha habido delación...

—Pero ¿de quién? — interrogó Liborio sin dejar ver que aquello pudiese tener con él alguna relación.

—No sé. Eso dicen.

—Es muy posible, por lo demás — afirmó, meditando, Liborio. — La historia revolucionaria nos presenta tantos casos...

Baeza procuró desviar la conversación. Elba tejía. La luz fuerte de la lámpara hacía brillar su cabellera, la piel de su cuello desnudo, sus manos, blancas que se movían con rítmica rapidez. Contemplándola furtivamente, Baeza pensaba en la suave paz del hogar que él no conocía, en la plácida rutina de las horas transcurridas al amparo de una ternura vigilante, en el discreto egoísmo de miles y miles de seres que viven como en un sueño, en esa oscura sumisión a los hábitos que llaman felicidad.

Y, sin embargo, la paz de Elba tenía un límite prefijado, un punto de término. Baeza veía dibujarse en el indeciso porvenir la tormenta que arrasaría aquella tranquila felicidad. Con una palabra de aviso podría, tal vez, evitarla, pero no quería hacerlo porque en ella radicaba su esperanza. Tuvo conciencia de su maldad y, al mismo tiempo, de que ella iba a serle completamente inútil. El pensamiento de que Elba, sucediera lo que sucediera, estaría siempre más allá de su sórdida codicia carnal, le produjo un dolor hondo, intenso, como si de pronto hubiese visto la inmensa y eternamente desvalida soledad de su deseo.

Liborio seguía hablando, pero él no lo escuchaba.

La comida trascurrió pesadamente, privada de la cordialidad de otras veces. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, Baeza conversaba con sus amigos de cosas que ahora le eran indiferentes: las noticias de la prensa, anécdotas de los compañeros, los últimos libros leídos. Liborio, que nunca reparaba en nada, no advirtió lo extraño de su actitud, pero Elba, que en vano había procurado ani-

marlo en la charla, le dijo en un tono de amistoso interés:

—¿Qué tiene, Baeza? Lo noto preocupado.

—No, Elba. Es que estoy un poco cansado, he trabajado mucho estos días... — contestó Baeza, ruborizado, con la turbación del tímido que teme adivinen su pensamiento.

Apenas terminó la comida se despidió de sus amigos, pretextando un quehacer urgente.

—Cosas de los compañeros — explicó, confuso.

Y se fué, desgarrado, sintiéndose miserable y débil, lleno de amor y de odio a todos y a sí mismo.

XVI

Un nuevo día... Pero era un día hermoso y tranquilo porque había despertado aquella mañana con el alma alegre, limpia de inquietud. Le parecía ver, por primera vez después de mucho tiempo, la dorada invasión del sol a través de la ventana que daba al patio. Vanamente había venido hasta entonces el sol: él no había notado su fulgor persistente. Sólo ahora abría los ojos a la maravilla que daba realce a las más humildes formas de la tierra.

Largo rato, como sorprendido, contempló Leonardo el reflejo de las hojas, todavía húmedas, del árbol que se erguía en medio del patio cubierto de césped fino. Un influjo de paz, de inmensa paz, y de fuerza secreta venía del tronco nudoso, inmóvil en una altiva y serena actitud. Un estremecimiento de alas ocultas comunicaba al espeso follaje un palpar de corazón.

¿De dónde y en qué momento había brotado la frescura íntima que remozaba los pensamientos de Leonardo, y los hacía vibrar en un acuerdo perfecto con la clara dulcedumbre del día? No quería analizarse, prefería entregarse sin recelo al goce de sentirse joven y libre, dispuesto como nunca a la verdadera comprensión de la vida. Todo lo anterior le parecía lejano y extraño. Ahora, sólo ahora, empezaba a ser él mismo.

Quiso salir, reencontrar el mundo. La mañana era propicia al paseo solitario, bajo altos árboles rumorosos, por senderos en los que ninguna sorpresa acecha. Había dejado de vivir — pensó. — He vegetado estúpidamente, con-

sumido por un ensueño sin sentido. Desde hoy comenzaré una existencia nueva, liberado de la angustia inútil y del deseo imposible. Hay que saber prescindir de lo que no nos pertenece. Inopinadamente recordó una frase del Eclesiastés: "Camina en los caminos de tu corazón". Y sonrió al pensar en lo pedantesca que resultaba la frase colocada en el monólogo de un hombre solitario.

—Iré a pasear un rato al cerro — se dijo.

Y salió.

La criada de la pensión, una campesina bobalicona y solícita, lo miró con alegre sorpresa. Desde que estaba en la casa nunca lo había visto levantarse tan temprano. Leonardo, al pasar, le acarició la barbilla y la llamó hermosa. La muchacha se quedó como alelada: Leonardo la había tratado siempre con seriedad rayana en la dureza aunque ella se empeñaba en hacérsele grata. Salió a la puerta, para verlo alejarse, llena de una inexplicable alegría.

Leonardo se dirigió al cerro Santa Lucía. Experimentaba la sensación de caminar por una ciudad desconocida. Miraba con curiosidad los avisos de los negocios, las fachadas de las casas, los rostros de los transeúntes. Notaba en la atmósfera matinal una fresca perfumada y penetrante que parecía diluirse en su sangre, comunicando a su cuerpo una agilidad deportiva.

—Los días y las noches que he pasado sin salir, encerrado entre cuatro paredes, me habían enturbiado el ánimo y estaban aniquilando mi voluntad — se dijo. — Lo que en las cavilaciones del aislamiento he creído más cierto e importante, ahora, a la luz del sol, me parece absurdo. ¡Qué ajenas a la verdad de mí mismo eran todas aquellas fantasías enfermizas!

Siguió caminando con paso rápido, ágil. Al llegar a la Alameda se encontró con unos antiguos compañeros de la Universidad y se detuvo a conversar con ellos. Los jóvenes iban de paseo, a la Piscina. Decidió ir también. Las voces y las risas de la juventud llenaron el tranvía lleno

a esa hora de dueñas de casa y criadas que regresaban de las compras en el Mercado.

Delante el almuerzo, servido en una pequeña glorieta cerca del agua, uno de los estudiantes le preguntó:

—Bueno, ¿y qué había sido de tu vida? Cuéntanos algo de tus aventuras de jefe revolucionario.

Los demás asintieron, con ruidoso interés:

—Sí, que cuente, Leonardo...

De los cuatro ex discípulos de Leonardo, dos pertenecían a la Juventud Católica, uno era nazi y el otro comunista. Sin embargo, por encima de las ideologías tan dispares se imponía la solidaridad instintiva de la juventud, el acuerdo de sus temperamentos sanos y activos, la sencillez de sus corazones entusiastas.

Leonardo improvisó un relato en el que mezclaba arbitrariamente la realidad y la fantasía tratando de obtener efectos cómicos que sacudían de risa a los comensales. Describía a sus camaradas del grupo anarquista con trazos caricaturescos: los amplios sombreros románticos, las melenas copiosas y no muy limpias, el afán retórico que no los abandonaba ni en las circunstancias ordinarias de la vida.

Urrutia, uno de los jóvenes católicos, le preguntó entre divertido y asombrado:

—¿Entonces tú no tomas en serio esas cosas? Ya me lo figuraba yo...

El nacista apuntó a su vez:

—Yo siempre creí que Leonardo, formado en una familia patriota, sólo era anarquista por diletantismo.

Y, el comunista, a su turno:

—Claro, un hombre inteligente no puede creer en la utopía libertaria. Únicamente el marxismo es algo serio, científico.

—Hay que defender nuestra patria de la infección marxista — exclamó alegremente el estudiante nazi, abrazando a su amigo comunista.

—Sólo la religión... — comenzó el otro católico, que

había permanecido en silencio, pelando unos duraznos.

—Bueno, déjense de ser majaderos — interrumpió Leonardo.—¿Qué significan el comunismo, el nacismo y todos los ismos que dividen a los hombres ante el esplendor de la vida, de las mujeres hermosas y ávidas de goce, del claro sol? Miren esas muchachas. ¿No vale más ese espectáculo reconfortante que todos los folletos polémicos de Lenin o de Mussolini? ¿Qué dicen Uds.?

—Tienes razón, Leonardo — vociferó Salinas, el estudiante nazi. — Lo único importante es vivir, vivir plenamente. Estamos al comienzo de un nuevo paganismo.

—No hay que olvidar el alma — insistió, con grave sonrisa, Urrutia.

—No hay que olvidarla, es cierto; pero el alma se purifica y eleva cuando nuestros músculos juegan armoniosamente y los sentidos, despiertos, recogen los milagros cotidianos de la vida — arguyó fogosamente Salinas.

—¡Bravo, sacó trago! ¡Salud, compañeros, por la vida! dijo Leonardo, levantando su copa colmada.

—¡Salud!

Todos exultaban: el ardiente resplandor del sol que parecía detenido en el cielo puro del mediodía, el agua irisada en mil reflejos cambiantes y fugitivos, las hermosas mujeres desnudas que bailaban en la terraza o se despe rezaban voluptuosamente sobre el césped, a la sombra de los árboles, aceleraban el ritmo de su sangre joven y los embriagaban del júbilo de vivir.

Una muchacha de cuerpo fino y esbelto que pasó cerca de la mesa evocó repentinamente a Leonardo el recuerdo de Eliana. Pensó en ella sin angustia, casi con alegría. Eliana era deseable, pero no era la única mujer. Miró en torno suyo: brazos desnudos recogidos en gestos de abandono, muslos hermosos y entreabiertos como invitando al deseo disperso, pechos que se diseñaban, duros y erectos, bajo la tela húmeda de los trajes de baño. Las posibilidades del amor eran innumerables en el vasto mundo.

Tuvo el impulso, casi irresistible, de lanzarse sobre

aquellas mujeres tendidas en la yerba y poseerlas en una primitiva exaltación del sexo. Sería bello poder estrujar — como en la fabulosa edad de oro, — a pleno sol, las pomas de la vida, en medio de la naturaleza germinante, y con el corazón todavía dormido para los recelos del amor. Cerró los ojos para dominarse.

Un poco vencidos por el calor y el vino, sus compañeros dormitaban en los sillones de mimbre. La orquesta había suspendido sus monótonos bailables. El tiempo se había detenido y la tierra entera permanecía inmóvil, bajo el asedio del sol. Sobre los párpados gravitaba el sopor de la siesta. Haciendo un esfuerzo, Leonardo se levantó para ir a tenderse en la yerba. Pronto se quedó dormido.

Las estridencias de la orquesta, nuevamente en actividad, lo despertaron, ya entrada la tarde. Los estudiantes, en traje de baño, bailaban con parejas de ocasión. Había llegado mucha gente. Numerosos automóviles particulares se alineaban frente a la puerta de la piscina. La música africana, como un sople cálido, arrastraba a los danzantes en un vértigo de ansiedad, de urgencia carnal apenas embosada. Las mujeres se abandonaban a la languidez del ritmo con los ojos entornados, y los hombres, inclinados sobre ellas, acezantes de sensualidad, aspiraban, con los dientes apretados, su aroma turbador.

Durante el regreso a la ciudad, en el automóvil, cogió a los cinco amigos una melancolía plácida, la tristeza de la carne insatisfecha. Urrutia propuso ir a buscar unas muchachas complacientes para comer con ellas y divertirse en la noche. Todos aceptaron regocijados. Volvió a reanudarse la charla alegre ante la seguridad del placer próximo.

Tardaron bastante en encontrar a las respectivas parejas. Casi todas las mujeres conocidas andaban de paseo. Al fin, en un casa de citas, encontraron las dos que faltaban: una para Leonardo y otra para Salinas. Apretujados en dos automóviles, con las mujeres sentadas en las rodillas, se dirigieron a un restaurant del centro, donde Urrutia, por

teléfono, había mandado preparar una comida.

Estuvieron en la mesa hasta cerca de la medianoche, bebiendo sin medida. Ricardo, el comunista, trepado en una silla, se empeñaba en que le escucharan la imitación de un discurso obrero:

—Compañeros tranviarios, ferroviarios y oficios varios. . .

—Bájate y cállate. No seas macanero — le gritaba Urrutia tratando de vaciarle en la cabeza una copa de vino.

Las mujeres, también borrachas, lanzaban con cualquier motivo risas agudas y chillidos histéricos que crispaban los nervios de Leonardo, más ensombrecido y taciturno a medida que subía el tono grotesco de la orgía. Había bebido en exceso y se sentía mal. Sobre todo le causaba repugnancia y tristeza el espectáculo de las mujeres, empeñadas en simular una alegría estrepitosa. Varias veces las sorprendió mirándose entre sí y encogiéndose de hombros con resignación.

Los licores seguían aumentando la embriaguez de los jóvenes.

Al fin, Urrutia, a quien su compañera enardecía con una sabia esquividad a las caricias, no resistió más y se puso de pie, diciendo:

—Vámonos ya. Es muy tarde. Ahora cada uno con su cada una.

Las parejas salieron del brazo, dando traspies por entre los mozos que los miraban con impasibilidad que no velaba por completo la ironía.

La mujer que le había tocado a Leonardo, parecía poco experimentada en el oficio. La bebida la había puesto en un estado lastimoso. Apenas podía caminar y sentía náuseas. Leonardo la condujo en brazos al automóvil. Una vez en su casa, la mujer, que se sentía muy enferma, tuvo sin embargo ánimos para decirle con voz doliente, entre hipos:

—Quédate, mi hijito. Luego estaré buena. . .

Y se echó en la cama, de bruces, Leonardo se sentó

en un diván sin hallar qué hacer. Deseaba irse, pero se sentía fatigado, aburrido, melancólico. Lo mismo daba estar ahí que en cualquier parte. Hubiera querido tenderse también y dormir, largamente. No despertar jamás: el ensueño de alegría y de sol se había desvanecido y sólo quedaba un cansancio oscuro.

La mujer empezó a vomitar, gimiendo débilmente como una niñita abandonada.

Leonardo se acercó a la cama y la atendió con solitud paternal. Al rato, la mujer, repuesta, se quedó dormida. Un olor desagradable llenaba la pieza. Leonardo sintió repugnancia. Sigiloso, procurando no despertar a la mujer, abandonó la casa.

Afuera, lo cogió el frío áspero de la madrugada. Y la embriaguez, hasta ese momento detenida, fué ganando su conciencia, enturbiando sus imágenes y sus visiones, confundiendo en una masa caótica en medio de la cual le parecía caminar, extraviado. Con desesperación, que el mareo creciente aumentaba, apuró el paso, deseoso de llegar a su pieza, a su cama.

No se dió cuenta de qué manera abrió la puerta de calle. De repente se encontró en su cuarto, en medio de los objetos familiares que percibía como a través de una niebla, como si estuvieran muy lejos. Experimentaba la extraña impresión de que todo a su alrededor había muerto, de que la tierra estaba para siempre vacía y de que él permanecería eternamente solitario en medio de una sombra perenne. Las lágrimas se agolpaban a sus ojos: lloraba por su vida inútil, por su irremediable soledad.

Como guiado por un designio solapado y terrible, que estaba fuera de su conciencia, con la vacilación del ebrio que no controla sus manos temblonas, abrió el cajón del velador y, sin proponérselo, automáticamente, tal vez siguiendo como tantas veces una de esas sucesiones de imágenes arbitrarias con que él solía reemplazar los hechos reales de la vida, sacó el revólver, lo puso sobre su corazón y apretó el gatillo.

XVII

Para restablecer el fervor de los huelguistas, ya muy decaído, los dirigentes preparaban un comicio en la Alameda. Querían darle proyecciones inusitadas, hacer de él una expresión de la fuerza obrera. Tal vez una prueba de solidaridad de tal naturaleza haría que las autoridades presionasen a los patronos, haciéndolos aceptar el pliego de sus operarios.

El comité de huelga desarrollaba una actividad febril. Hasta la madrugada trabajaban los secretarios preparando circulares y proclamas que luego se repartían a los gremios de la capital. Las respuestas que a diario se recibían auguraban una concurrencia extraordinaria al comicio. Los agitadores de los grupos revolucionarios visitaban, noche a noche, los locales obreros, preparando el espíritu de las masas para la gran manifestación.

Por su parte, el gobierno tomaba excepcionales medidas de previsión. Sabiendo que ésta sería la última tentativa de los huelguistas para imponerse, temía un golpe de audacia que pusiese en peligro el orden público. Como se dudaba de la eficacia represiva de las tropas del Ejército — cuya simpatía por el pueblo era conocida — se trajeron de las provincias varios destacamentos de carabineros para reforzar las fuerzas policiales de la capital.

Había en la atmósfera cierta tensión indefinible. Circulaban extraños rumores que llenaban de temor a los pacatos habitantes de la ciudad. En los barrios pobres germinaban esperanzas absurdas, estimuladas por los agitadores que

no descansaban. No había quien no tuviese presente, con inquietud o anhelo, el día en que debía realizarse el comicio. La fecha anunciada se levantaba por encima de todos los días, como si tuviera un significado enigmático, encauzando las vidas más dispares en una misma inquietud.

Un comité especial y secreto de los obreros preparaba activamente grupos armados de jóvenes para defender a los manifestantes de los ataques que anunciaban los nacistas criollos. La posibilidad de una refriega, acentuaba la inquietud de las masas que no estaban acostumbradas al combate. Las incidencias con los carabineros, frecuentes en las reuniones públicas, eran otra cosa: ahí no quedaba sino huir con la mayor rapidez posible. Ahora no: habría que hacer frente a un grupo de civiles y tratar de vencerlos por el honor del proletariado.

No dejaban de experimentar temor. Los nacistas estaban seguramente bien armados y dispuestos a una pelea seria. Había que presentarse, pues, en buenas condiciones bélicas. Los grupos de defensa fueron provistos de armas blancas y de fuego, recolectadas laboriosamente entre los mismos obreros, y sometidos a un entrenamiento militar bajo las órdenes de antiguos suboficiales de la reserva. El entusiasmo suplió las deficiencias de la instrucción. Los jóvenes se adiestraban con rapidez.

El grupo de los anarquistas, que trabajaba independientemente del comité de huelga, preparaba petardos y bombas para provocar con la violencia el paro de los tranvías. Existía la certeza de que, de otra manera, saldrían como de costumbre porque el personal se caracterizaba por una servil adhesión a la autoridad y a la Empresa. La paralización de los transportes era indispensable. La eficacia de la manifestación quedaría anulada si no se la obtenía de cualquier modo.

El día anterior al fijado para el mitin, Baeza, los hermanos Castro y Rosenberg quedaron de reunirse, por la noche, en la tienda de Vilches, antiguo luchador ahora retirado de la actividad revolucionaria y dedicado al co-

mercio de ropa usada. Vilches mantenía con todos los anarquistas relaciones cordiales y siempre estaba dispuesto a colaborar indirectamente a sus trabajos. Todos confiaban en su discreción absoluta. Por eso escogieron su casa, como menos peligrosa, para precisar los últimos detalles de la acción del día siguiente y repartirse los petardos que, en ausencia de Céspedes, había preparado un español fugado de Barcelona durante las persecuciones de Martínez Anido.

La tienda de Vilches estaba al final de la calle Franklin, entre una casona colonial transformada en conventillo y el restaurant-bar "El León", perteneciente a un italiano charlatán y trapacero, donde se reunía una pintoresca clientela: carretoneros de la próxima estación de ferrocarril, trabajadores del Matadero, hampones sin oficio conocido, matones del barrio. Un piano automático, situado cerca de la puerta, alegraba, al venir el crepúsculo, aquella parte de la calle. Las mujeres del conventillo salían al portón a conversar y a escuchar la música que sonaba incesantemente, desde la puesta del sol hasta medianoche, atrayendo a los chiquillos de los alrededores y a los vagos que ambulaban de una parte a otra, en espera de un amigo que los invitara a beber.

Por la noche, la escasez de alumbrado daba a aquel barrio un aspecto sórdido, algo tenebroso, a pesar de que, hasta muy tarde circulaba por las calles, a las que numerosos negocios daban animación, una multitud de hombres, mujeres, niños y perros. Los tranvías pasaban con frecuencia, llenos de gente que se amontonaba como piño multicolor y sudoroso en las plataformas, cuando no colgaba en racimos vocingleros de los costados, expuesta a estrellarse, al menor descuido, con los vehículos que corrían a gran velocidad en sentido contrario y con los postes que jalonaban el largo recorrido.

La tienda de Vilches se componía de dos piezas grandes. La primera, destinada al negocio, desaparecía bajo una profusión de pantalones, chaquetas, chalecos, abrigos, sombreros y otras prendas indefinibles, colgadas de las

vigas del techo, de las paredes, de alambres tendidos a través de la pieza, de maniqués improvisados con algunos listones sin pulir. Por el suelo se extendían en un desorden que sólo el propietario era capaz de desentrañar, objetos menudos — herramientas viejas, correaes, cacharros — fácilmente comerciables entre la gente pobre del suburbio.

La otra pieza era la habitación de Vilches. Un catre de fierro, dos sillas de Viena, en dudoso estado, una mesa con libros, revistas y platos, y un lavatorio antiguo con cajones para la ropa blanca formaban el mobiliario. Los visitantes, cuando eran numerosos, tenían que sentarse en la cama y en unos bancos que el dueño de casa iba a buscar en el patio situado detrás de la ventana, donde se amontonaban los objetos de reserva que no era posible ubicar en el local que daba a la calle.

Los anarquistas llegaron cerca de las once de la noche. Vilches, que los esperaba tomando el fresco en la puerta, los hizo pasar inmediatamente a su habitación. Uno de los Castro, que tenía aspecto de vendedor ambulante, traía los petardos en un canasto cubierto con algunas verduras. Sin pérdida de tiempo comenzaron a delinear el plan que se desarrollaría al día siguiente. Examinaron primeramente los petardos confeccionados por García, quien respondió de su buena calidad.

—Pues, yo sé lo que he hecho — decía manoteando con vehemencia, ante una duda expuesta por Baeza. — Son de primer orden. Iguales a los que hacíamos en Barcelona. No hay nada que decir. Son de lo mejor, de lo mejor...

Vilches, corroboró, examinándolos a la luz de la lámpara:

—Sí, están bien hechos.

Tranquilizados respecto de la eficacia de los petardos — la experiencia de Vilches les pareció suficiente garantía a los demás, que eran novatos en el terrorismo — se enredaron en una larga discusión acerca del modo de proceder. Siguiendo la costumbre de los grupos revolucionarios, cada

uno trataba de hacer primar su punto de vista, con una insistencia de amor propio, como si en el asunto fuera a decidirse su papel ante la posteridad. Las diversas opiniones, encontradas y violentas, se neutralizaban impidiendo una resolución colectiva. Nadie quería ceder.

—Así no llegaremos a ninguna parte, compañeros — dijo Vilches que los contemplaba, silencioso y socarrón, fumando cigarrillo tras cigarrillo, recostado en la cama. — La cosa es muy fácil. ¿No se trata, sobre todo, de impedir la circulación de los tranvías? ¿Para qué ir a poner petardos, como lo propone Baeza, en las iglesias? Sería perderlos. Estos juguetes no hacen mucho daño.

—¿Qué no?, ya verá Ud. — interrumpió, ofendido el español.

—Tiene razón el compañero — sostuvo Julio Castro. — Debemos concretarnos al problema de los tranvías. Yo creo que lo más práctico es colocar los explosivos a la salida de los depósitos. Así se asustarán los cochinos tranviarios...

—Ese sería el ideal, sin duda, pero conviene tener presente que las proximidades de los depósitos cuentan con vigilancia especial — arguyó Baeza.

—También es cierto — murmuró Castro, el menor. — ¿Cómo lo haremos, entonces?

—A mí me parece — dijo sosegadamente Vilches, con tono no exento de intención didáctica — que lo que procede es colocar los petardos en algunos centros de gran circulación, en puntos vitales del movimiento urbano: Estación Mapocho, Estación Alameda, Plaza Baquedano, etc...

La opinión de Vilches, después de breve comentario, fué aceptada por todos. Trataron en seguida sobre la distribución del "trabajo". Los ahí reunidos se mostraron unánimemente dispuestos a actuar. El español, con uno de los Castro, quedaron a cargo de la operación en la garita de Mapocho; el otro Castro, con un amigo suyo, que no había podido asistir a la reunión, procederían en la Plaza

Baquedano; Rosenberg y Baeza cumplirían su misión en la Plaza Argentina. Faltaban cuatro hombres más; dos para que colocaran petardos en la línea Matadero, a la altura de Avenida Matta, y los otros para el sector de la Avenida Independencia. Los hermanos Castro se comprometieron a ir esa misma noche a casa de unos amigos del sindicato metalúrgico, muy decididos y probados en la lucha. Estaban seguros de que participarían en la acción proyectada.

Otra ardua discusión se planteó a propósito de la hora en que debían colocarse las bombas. Unos opinaron que debía ser en la madrugada, en cuanto empezasen a movilizarse los tranvías. Otros creían que sería de más efecto moral que se procediera a mediodía, a la hora de mayor actividad urbana. Nuevamente se impuso la opinión de Vilches, quien, afirmándose en numerosos ejemplos sacados del archivo de su erudición de terrorista jubilado, sostuvo que era mejor actuar a la madrugada, porque el efecto sobre el ánimo timorato de los tranviarios sería el mismo, y, en cambio, había más posibilidad de escapar de la policía.

—No hay que caer presos estúpidamente — dijo. — Eso no es propio de revolucionarios. Somos luchadores y no mártires.

Terminada la discusión, se procedió al reparto de los petardos. Cada uno recibió dos. Los hermanos Castro tomaron además los que debían llevar a sus amigos metalúrgicos con los cuales hablarían dentro de poco. Al envolver cuidadosamente los explosivos en los papeles que trajo Vilches de la tienda, las manos de los anarquistas temblaban. Un chiste que hizo el menor de los Castro, para disimular tal vez su emoción, cayó en el vacío. Los hombres estaban taciturnos: al día siguiente, alguno podía morir. No se miraban. Cada uno temía ver en el rostro de los otros su propio temor.

Los hermanos Castro salieron primero, en dirección a la Avenida Matta, donde vivían los metalúrgicos. Baeza,

Rosenberg y García conversaron un rato más con Vilches. Luego se fueron también.

Dando un bostezo de aburrimiento, Vilches cerró la puerta de la tienda, la atrancó por dentro con una gruesa barra de hierro y se empezó a desnudar. Apagó la luz. Imágenes de su juventud desvanecida pasaban por su mente mientras procuraba quedarse dormido, dándose vueltas en la cama. Pero no podía dormir. Encendió nuevamente la lámpara y se puso a leer las aventuras de Rocambole, en un tomo sucio y desencuadrado que lo acompañaba desde varios años.

Un reloj dió la una, después las dos. Vilches seguía leyendo...

XVIII

Raquel se quedó sorprendida al verlo llegar más temprano que de costumbre. Todavía jugaban los niños en la cité y se oían conversaciones de las mujeres que tomaban el fresco en las puertas de las casas. Deseosa de estar sola, Raquel se había acostado y leía una vieja novela romántica que le prestara una vecina. Desde la cama le tendió los brazos en un gesto de amorosa acogida.

Marín, huraño, aparentó no darse cuenta del mudo llamamiento de la mujer y se sentó, con aire preocupado, a los pies de la cama. Había vagabundeado varias horas, pensando en su vida miserable y sin horizonte, con el ánimo de tomar una resolución definitiva que lo pusiera en el verdadero camino de su porvenir. Vacilaba entre cierta confusa piedad que lo amarraba a aquella mujer — tan suya y abnegada en las horas difíciles — y un deseo violento de vivir la otra vida, resplandeciente y cómoda, que lo esperaba en el círculo de su familia, más allá de su frágil ilusión de revolucionario.

—¿Te ha ido mal? — preguntó Raquel, tomándole cariñosamente la mano.

—No. Tenemos que hablar...

Raquel, inmediatamente, comprendió. Desde hacía tiempo, sentía la inminencia de una explicación que, sin embargo, temía como un peligro que no sería posible evitar. La voz secreta del instinto le decía que el humilde sentido de su existencia iba a cambiar de improviso, porque Marín era trabajado por una fuerza ciega que lo alejaba

cada día más, irremediamente. Hasta entonces, ella había procurado defenderse de la inquietud, refugiándose en la paz de la rutina, en las menudas e imprescindibles tareas que hacen olvidarse de la muerte.

Pero, ahora, tuvo la certeza de que todo iba a cambiar. No habría manera de eludir el cumplimiento del designio que latía en las palabras de Marín y ella preparaba su corazón para recibir la evidencia del dolor que avanzaba, a través del silencio, súbitamente ahondado entre ambos como un abismo. Más aún: quiso salirle al encuentro, con desesperada osadía, imaginando acaso que su gesto de decisión podría apartarlo antes de que se concretara.

—Ya sé lo que tienes que decirme — murmuró, y su voz desfallecía en una languidez de ternura y de cansancio. — Quiero ayudarte. Tal vez no te atrevas...

Marín levantó los ojos y la miró de frente, con un crispamiento irónico, de reto, en su cara enjuta:

—¿A qué? ¿A decirte qué?

—Que ya no me quieres, que esto debe terminar...

La amargura de Raquel, apenas velada por la entonación de la voz que quería ser displicente y resultaba trémula, penetró como una onda fría en el alma, no muy firme, de Marín. Atropelladamente pensó en los dos años que llevaban juntos, en la ternura sencilla e inagotable de la mujer, en sus maternales cuidados, en la tristeza de la soledad a que iba a empujarla. Fuera de él, no tenía a nadie en el mundo. Tendría que comenzar a buscar quizás dónde y cómo el sostén de su vida. Le pareció verla por las calles, ofreciéndose, como tantas otras iguales a ella.

Sofocado por una repentina ternura, murmuró, mintiendo sin darse cuenta de que mentía:

—¡Qué tonta eres! No sabes todavía comprenderme. ¿Cómo iba a imaginar que tú piensas cosas tan absurdas? ¿Separarnos? ¿Y por qué?

Raquel insistió, apenada:

—Soy un estorbo en tu vida. Lo comprendo...

—¿De dónde sacas estas ideas peregrinas? ¿Estás en-

ferma? — exclamó Marín, fingiéndose ofendido y fastidiado. No acertaba a decidirse y mentía por ganar tiempo. Lo dominaba una especie de ternura a la que, extrañamente, se mezclaba un odio insensato. Hubiera deseado que Raquel lo increpara, ojalá con dureza insultante, a fin de que su débil resolución pudiera robustecerse con el rencor. Pero, en vez de protestar, Raquel se entregaba al destino sin proporcionarle la menguada satisfacción de una disputa en la que él saldría victorioso de ella y de sí mismo.

Con los ojos bajos, prontos a llenarse de lágrimas, Raquel repetía:

—Sí, Adolfo, soy un estorbo...

Mecánicamente, pensando en otra cosa, Marín decía:

—Estás loca:

La lámpara colocada en el velador daba a la pieza una tonalidad de crepúsculo. Una mariposa nocturna revoloteaba estrellándose en el techo amarillento, en la pantalla de papel que atenuaba la luz, en las paredes cubiertas de cromos. Hacía calor. El juego obsesionante de la mariposa apartó durante un rato los pensamientos de Marín del problema que lo apremiaba. De pronto percibió el desagradable olor que tanto lo irritaba, el olor que llenaba la habitación, olor de grasa, de suciedad, de miseria, y de nuevo su espíritu se concentró en la resolución que había tomado.

Tenía que separarse de Raquel y comenzar una vida distinta. Por intermedio de un antiguo amigo, sus padres le habían hecho saber que estaban dispuestos a acogerlo de nuevo en la familia, a olvidar los desaciertos de su bohemia. Su madre envejecía rápidamente, consumida más que por los años por la congoja de saber que su hijo regalón — "el niño", como le decía — pasaba hambre y corría peligro. Un día cualquiera su madre podía morir y él se sentiría responsable. Y el remordimiento lo perseguiría privándolo del júbilo de la vida.

Por otra parte, ¿qué hacía entre los obreros? Había llegado a sentir por ellos desdén y aun repugnancia. Los veía resignarse con una paciencia bovina a su existencia mi-

serable, incapaces de reaccionar con energía ante el sufrimiento y la injusticia. El afán romántico que lo llevara al campo revolucionario se había desvanecido ante la evidencia de que la masa no tenía otro destino que la sumisión. ¿A qué seguir, entonces?

Debía cuidar su propia vida. Ahí estaba el futuro abierto, amplio, ofreciéndole una segura perspectiva de triunfo. Estudiaría hasta obtener su título de abogado y se iniciaría en la política seria, incorporándose al Centro de Propaganda Radical, peldaño del arribismo democrático. Con sus dotes oratorias — perfeccionadas en las tumultuosas asambleas populares — llegaría pronto a ser dirigente. Entraría a una logia masónica donde conocería a personajes conspicuos del país y figurones de la administración pública. Lo elegirían municipal; en seguida, diputado. Sería Ministro. Y, después, ¿por qué no?, Presidente de la República...

Sonrió, viéndose en un balcón de la Moneda, frente a las aclamaciones del pueblo.

—No tanto, tal vez — se dijo con modestia escéptica — pero, en todo caso, llegaré a ser algo.

Lo atraía el poder y, como era mediocre, no por el poder mismo sino por las satisfacciones que proporciona. No tenía disposiciones para el apostolado. El sacrificio le parecía ridículo. Una espontánea asociación mental le trajo la imagen del viejo Gómez. Inteligente, laborioso, dotado de una gran simpatía humana, el viejo Gómez había vegetado, sin embargo, en el anonimato y en la pobreza por permanecer fiel al ideal de su juventud. De ninguna manera sería como él. Preferiría ser combatido como tráfuga, pero llegaría lejos. Y, además, ¿quién podría echárselo en cara? Todos cambian, tarde o temprano: unos por necesidad interior, otros por conveniencia material.

—Sólo los imbéciles permanecen siempre en el mismo sitio — exclamó, haciendo salir de su abstracción a Raquel, que lo miró sin comprender.

Y agregó, resuelto de pronto:

—Lo que quería decirte es que debemos apartarnos

por un tiempo, Raquel. No tenemos de dónde sacar dinero. Tendré que recurrir a mis padres y, para eso, me veré obligado a vivir con mi familia. Pero será por poco, hasta que encuentre empleo. Vendré a verte y no te faltará nada. Tú me esperarás, ¿verdad?

Trató de abrazarla con hipócrita ternura, pero Raquel lo apartó suave, enérgicamente:

—No — dijo con voz clara y firme — no te esperaré...

—¿Es que no me quieres, entonces? ¿No comprendes mi situación?

—Sí, la comprendo y no te quiero...

Lo dijo sencillamente, recobrada por entero, como si se tratase de algo cotidiano, sin importancia.

Un súbito despecho, enteramente inusitado, maligno y pueril, conmovió a Marín.—Balbuceó con ira:

—¿Y me lo habías ocultado, manteniéndome en una ilusión estúpida? ¡Hipócrita!...

Pensó que Raquel llamaría a otro y tuvo deseos de abofetearla. No la amaba, sin embargo. ¿O es que en el fondo la amaba? Miró con curiosidad enfermiza, con una atención violenta y rencorosa la cara de su amante, sus hombros morenos y desnudos, los brazos cruzados por detrás de la nuca en una actitud de abandono, el pecho flaco apenas cubierto por la sábana. No, no la amaba. Ni siquiera la deseaba ya. Al contrario, le causaba cierta repugnancia. ¿Qué significaba entonces el malestar que le encogía las entrañas y le helaba las sienes al pensar que nuidiera ser de otro? ¿Habría sido de otro? Tenía que saberlo...

Procurando adoptar un tono convincente, a la vez dulce y grave, le dijo:

—Después de lo que acabas de manifestar, nada es posible entre nosotros. Pero quisiera llevarme de ti un recuerdo grato. Dime, pues, ¿me has engañado con alguien durante el tiempo que hemos vivido juntos? ¿Amas actualmente a alguien?

Raquel permaneció callada, como ausente.

—Dímelo, te lo ruego — insistió Marín con forzada dulzura.

—No tengo nada que decirte. Nuestra vida en común se basó en el compromiso de respetarnos mutuamente nuestra libertad. ¿Por qué me preguntas algo que no te atañe? Tú has sido libre. . .

—No se trata de eso, Raquel. Nunca pretendí, tendrás que reconocerlo, menoscabar tu libertad. Pero quisiera saber hasta dónde has correspondido dignamente a la absoluta confianza que he tenido en tu. . . sinceridad (iba a decir: en tu amor).

La voz de Marín se quebró un poco al agregar:

—No debemos separarnos como dos enemigos.

Raquel obstinada, con los párpados juntos, parecía una muerta. Repitió:

—No tengo nada que decirte.

Comprendía Raquel la inutilidad de las palabras ante lo irremediable. Su pobre y tranquilo sueño de amor finalizaba en una escena vulgar. La distancia entre ambos crecía vertiginosamente como en una pesadilla. Temía no reconocer, al abrir los ojos, el rostro de Marín. Lo sentía remoto, formando parte de un mundo definitivamente perdido, de un pasado sin retorno.

—Dímelo todo, dímelo todo — urgía Marín, apretándole nerviosamente el brazo.

Y ella, manteniéndose impassible por un milagro de su propio aniquilamiento, respondía:

—No tengo nada que decir, nada.

Una rabia de celos nublaba la conciencia de Marín. Nada le importaba aquella mujer; pero su vanidad de macho se sentía lastimada por la sospecha de la infidelidad. Quizás había hecho el ridículo ante sus compañeros, porque si Raquel tenía otros amores, sería con alguno del ambiente en que vivían. Quería saberlo. Comprendía que nunca dejaría de pensar con inquietud, aunque estuviera lejos, en aquel misterio que se agazapaba en el exasperante silencio de Raquel. Y, de nuevo, esta vez con no disimulada agre-

sividad, conteniendo apenas el impulso de abofetearla, murmuró:

—¡Habla, grandísima perdida!

Un estremecimiento, como de frío, recorrió el cuerpo de la mujer, pero no dijo nada.

Brutalmente, Marín le apretó los hombros desnudos con sus manos convulsas y la remeció con violencia febril, desesperada. Sin darse cuenta, clavaba las uñas en la carne que tantas veces había acariciado, ahora laxa y adormecida en un abandono sin protestas. De repente, serenado, Marín comprendió lo innoble de su crueldad, la estéril demasía de su actitud. Con vergüenza apartó sus manos y se puso de pie.

Permaneció unos minutos junto a la cama, sin saber qué decir, con los brazos caídos, en un desfallecimiento de derrota.

Raquel no se había movido. Un leve temblor animaba sus párpados cerrados.

Marín tomó su sombrero y rápidamente, como huyendo, salió de la pieza.

Pasaron algunos minutos antes de que Raquel se diera cuenta de su partida. Entonces, con una angustiada premura se incorporó en la cama para llamarlo. Semidesnuda se lanzó hacia la puerta, pero, al ir a abrirla, se detuvo. Todo era ya inútil. El tiempo no vuelve atrás y el amor no resucita. Estaba de nuevo sola con su corazón donde el sueño no se resignaba a morir. Sollozando se arrojó sobre el lecho.

La mariposa nocturna seguía revoloteando alrededor de la lámpara.

XIX

La plaza Argentina estaba solitaria. Unos cuantos tranvías, los primeros, todavía con las luces encendidas, se amontonaban frente a la garita. Unos choferes soñolientos tomaban desayuno en el quiosco. Algunos vendedores nocturnos de comestibles conversaban a la entrada de la estación del ferrocarril.

Corría un aire fresco. Por detrás de los cerros, al fondo de la gran avenida, comenzaba a insinuarse una claridad grisácea que iba apagando las estrellas, cada vez más opacas en el alto cielo pálido. La ciudad comenzaba su diaria resurrección. Carretas con verduras, venidas de los alrededores, desembocaban en la plaza.

Baeza y Rosenberg, vestidos con trajes viejos y remendados, se paseaban como obreros madrugadores que esperan el pitazo del trabajo. Llevaban paquetes de herramientas entre las que disimulaban los petardos. Nadie reparaba en ellos. El carabinero de facción conversaba con un inspector de la compañía tranviaria en la puerta de la garita donde, de cuando en cuando, sonaba el timbre de un teléfono.

—Ya es hora, Baeza, hay que proceder.

—Sí...

Avanzaron hasta la proximidad del cruce de líneas donde permanecían estacionados los tranvías. Nadie los miraba. Rápidamente se situaron entre las líneas. La masa de uno de los tranvías los ocultaba de la vista del carabinero que seguía conversando; el otro, impedía que fueran descubiertos desde el lado de la estación.

Colocaron los petardos, con premura nerviosa, entre los rieles, debajo de las máquinas y se aprestaron a encender las mechas. Las mechas eran largas, de veinte segundos. Las encendieron y huyeron aprovechándose de unas carretelas que en ese momento desembocaban por la avenida Matucana. Corrían, procurando no ser vistos. Entraban por la avenida Latorre cuando sobrevino la explosión, una explosión formidable que pareció desgarrar la atmósfera quieta.

Oyeron gritos, carreras. . .

Ellos siguieron corriendo, sin plan, a la ventura, perdiéndose por la primera calle que encontraban en su camino. Jadeantes se detuvieron, por fin, en una esquina y miraron hacia atrás. Nadie los había seguido. Respiraron, felices, rota la angustiada tensión de sus nervios. Continuaron su marcha, ahora tranquilos. Dos mujeres conversaban en la puerta de un almacén:

—¿Sintió, misiá Filomena?

—Sí, debe de haber estallado el gasómetro. . .

Un carabiniere montado pasó al galope, seguido de una turba de perros ladrones.

Baeza y Rosenberg consideraron prudente separarse. Torciendo calles, llegaron a la Alameda, donde volvieron a encontrarse. Aparentaron no conocerse y siguieron caminando hasta el centro de la ciudad. Baeza se dirigió a su casa. Rosenberg entró en una cafetería de la calle San Diego.

Al llegar a la pensión, Baeza se acostó para dormir algunas horas. Quería asistir al mitin de la tarde en buenas condiciones, porque estaba encargado por su grupo de hacer uso de la palabra. No pensaba en lo que acababa de hacer. Le parecía algo distante y extraño, como visto alguna vez en el film de una pesadilla.

Durmió hasta mediodía con un sueño pesado y reparador. Despertó cuando la criada de la pensión vino a avisarle que el almuerzo estaba servido. Pretextando una indisposición, pidió la comida a la pieza y, a medio vestir,

todavía soñoliento, se sentó a la mesa cubierta de papeles que le servía de escritorio y comedor.

Después, mientras se lavaba, meditó el discurso que pronunciaría. Es decir, no meditó propiamente: fabricó la frase del comienzo y la del final. El resto iría saliendo, una vez en la tribuna. Los discursos pensados de antemano le salían malos, fríos; en cambio, entregándose a la espontaneidad de la improvisación obtenía fácilmente el aplauso de la multitud.

Cerca de las dos, abandonó la pensión.

Caminaba hacia la Alameda cuando vió venir por la misma calle a Liborio.

—Iba a buscarte — le dijo el periodista, al juntarse. — Supongo que vas al comicio. . .

—Sí, ¿y tú?

—Naturalmente. . .

Siguieron caminando, pensativos, sin hablarse, como si una común preocupación los dominara. Baeza notó que los tranvías circulaban como de costumbre y pensó que los petardos habían sido inútiles. De nada había servido que se expusieran a caer en manos de la policía. Para otra vez habría que pensar mejor las cosas.

—Dicen que han colocado petardos en las líneas de los tranvías — dijo de pronto Liborio, con interés. — Tienen que haber sido los compañeros. . .

—No sé. . . Tal vez. . . Yo también he estado, como tú, un poco alejado del grupo — contestó Baeza evasivamente, en tono ambiguo.

Comparsas de obreros marchaban hacia la Alameda. Aunque los mítines se anunciaban generalmente para las tres de la tarde, los manifestantes empezaban a llegar poco después del almuerzo. Cuando los dos amigos penetraron en la avenida, una masa compacta se amontonaba alrededor de la estatua de O'Higgins.

Contra todas las suposiciones de los organizadores del mitin, la concurrencia era, sin embargo, muy escasa en comparación con la reunida el día de la huelga general, a pesar

de que, unánimemente, los sindicatos habían ordenado a sus miembros parar el trabajo desde mediodía.

Fuertes destacamentos de carabineros montados, con lanza, estaban apostados en los flancos de la avenida donde se encontraba la muchedumbre y ocupaban puntos estratégicos en las principales bocacalles. Oficiales de órdenes, en motocicleta con el escape libre, iban de un lado para otro, haciendo ex profeso un ruido estridente.

Los tranvías circulaban con guardia armada, pero casi vacíos. Pocos viajeros se aventuraban al peligro de recibir las posibles pedradas de los manifestantes; pero éstos demostraban una pasividad ejemplar. Unos cuantos gritos desganaos y sin eco, sonaban, de tarde en tarde, entre la muchedumbre. Un cerco de banderas rojas y de estandartes societarios rodeaba la estatua, en cuya base se habían situado los miembros del Comité de Huelga de los zapateros, y los dirigentes de los sindicatos.

El bochorno de la tarde calurosa parecía relajar los miembros y la voluntad de aquellos hombres reunidos por una especie de rutina, más que por un impulso combativo. Una laxitud de siesta impregnaba la atmósfera. Los rostros denotaban cansancio, aburrimiento, malhumor.

A la sombra de un árbol del paseo, Baeza y Liborio contemplaban el penoso espectáculo. De un grupo de estudiantes que discutían en un banco próximo, se desprendió Rosenberg, y vino hacia ellos, abanicándose con el sombrero. Tendió desganadamente la mano a Liborio, y dijo a Baeza, que lo examinaba con curiosidad:

—¿Qué tal pasaste la noche? Estás ojeroso, no te conviene andar de farra...

—Yo lo pasé muy bien. ¿Y tú? — dijo Baeza, comprendiendo.

—Lo mismo.

Ambos se miraron sonriendo con aire de maliciosa complicidad.

—¿Sabes? — agregó, después de unos instantes el judío, con indiferencia. — Han tomado presos a los Castro

y a cuatro obreros metalúrgicos. Los sorprendieron colocando petardos en las líneas de tranvías.

Baeza se estremeció imperceptiblemente. Liborio observó, condolido:

—¡Cómo los habrán apaleado!

—Ah, sí; seguramente... — contestó Rosenberg, y se volvió para escuchar al orador que había subido a la tribuna. Era Pedro Ortega, el secretario general del Comité de Huelga de los zapateros. Su discurso fué largo, monótono, fatigoso. Hizo la historia del movimiento de sus compañeros; execró con las invectivas de costumbre a los patrones y a las autoridades, y terminó repitiendo la manoseada frase: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos."

—Podía cambiar el disco este burócrata comunista — dijo Baeza, con rencor. Odiaba a los políticos obreros que, una vez trepados al Parlamento, se convierten, por lo general, en los solapados enemigos de sus antiguos compañeros; y le eran particularmente repulsivos los dirigentes comunistas que repetían con pertinacia de sectarios, las consignas que, junto con el sueldo, les mandaban los jefes de la Internacional. Le parecían más perniciosos para la verdadera revolución que los mismos burgueses. Con su mentalidad cuadrangular y su charlatanería doctrinaria le daban la impresión de una logia de teólogos enemigos de la vida.

Ortega descendió de la tribuna, en medio de una expectación fría, apenas atenuada por los insistentes aplausos de los comunistas, que se apiñaban alrededor del estandarte del partido. Otro orador lo reemplazó: un joven de anteojos, seguramente un universitario, de voz de falsete que hería los tímpanos. Habló, contorsionando el cuerpo, de la necesidad de formar el frente único de los explotados manuales e intelectuales.

Los manifestantes se aburrían bajo el sol implacable. Faltaba en la reunión el fervor de otras veces, la unanimidad combativa, la pasión solidaria. Se formaban pequeños corrillos en los que se discutía con acritud, sin atender a

los oradores. Estos, sudorosos y vehementes, procuraban en vano sacar de aquellas manos laxas el aplauso alentador. Las palabras parecían rebotar en los corazones endurecidos por el desaliento, para ir a perderse en el rumoroso palpitante de la ciudad.

De pronto, alguien, desde las últimas filas, dió el grito de alarma, sacudiendo bruscamente el sopor de la masa:

—¡Vienen los nacistas, compañeros!

La multitud, hasta entonces tranquila, se arremolinó como un lago sobre el que, súbitamente, sopla un viento fuerte. Todos, instintivamente, volvieron la cabeza hacia el punto donde había resonado la voz de aviso. Y vieron avanzar por un costado de la Alameda, varios automóviles llenos de jóvenes uniformados con camisas pardas, a la usanza hitlerista, que gritaban como poseídos:

—¡Abajo el comunismo! ¡Viva la Patria!

Los automóviles avanzaron hasta detenerse frente a los manifestantes. Los nacistas descendieron y se formaron en escuadras. Empezaron a caer sobre ellos pedradas que partían anónimamente del tumulto. Uno de los jóvenes cayó, con la cabeza herida por un proyectil. Entonces, a una orden del que hacía de jefe, los nacistas sacaron sus revólveres y dispararon al aire, para amedrentar a los adversarios.

Al oír los disparos, muchos obreros se dispersaron a la desbandada, metiéndose por entre los caballos de la tropa de carabineros, que permanecía inmóvil, como si nada sucediese. Otros, especialmente los grupos de defensa, que se habían adiestrado durante varios días, y estaban bien armados, se aprestaron para resistir a los nacistas, que esgrimían amenazadoramente sus armas, gritando como energúmenos:

—¡Mueran los perros comunistas!

No obstante, los dos bandos parecían poco dispuestos a llegar a una seria pelea cuerpo a cuerpo. De un lado a otro se lanzaban, a una distancia prudente, pedradas, amenazas, injurias. Unos nacistas belicosos volvieron a disparar sus revólveres, esta vez contra los obreros, hiriendo a

dos, que rodaron, sangrantes, sobre la arena del paseo. Los miembros de los grupos de defensa contestaron furiosamente a los disparos, parapetándose detrás de la estatua, de los árboles y de los bancos. Los nacistas se atrincheraron en los automóviles.

Fueron varios minutos de confusión y de ardor. Al fin, los carabineros, que habían permanecido como espectadores impasibles de las escaramuzas, se decidieron a intervenir. El claro toque de atención, tan conocido de los obreros, rasgó el aire como el anuncio de una amenaza inminente. En seguida, con una violencia desusada, se desencadenó la carga de caballería.

Cargaban los carabineros con la lanza en ristre y los dientes apretados, espoleando las cabalgaduras, que galopaban por el centro de la Alameda, como contagiadas también de furor agresivo. Un obrero cayó dando alaridos, con un muslo atravesado de una lanzada. Una mujer, que tropezó al huir, fué pisoteada por el caballo de un oficial. Los manifestantes escapaban en todas direcciones, dominados por el pánico.

Los nacistas continuaban disparando.

Baeza, Liborio y Rosenberg se encontraron corriendo por la calle Nátaniel. Detrás venía un automóvil ocupado por nacistas, que disparaban sus armas.

Rosenberg, en medio de la fuga, retuvo por un brazo a Baeza, que corría al lado de Liborio, y lo hizo quedarse un poco atrás. Liborio siguió huyendo solo, adelante, con una rapidez frenética, enloquecido por el miedo.

—Ahora... — murmuró, jadeante, Rosenberg, sacando la pistola.

Un disparo, casi tocándolo en la nuca. Con el impulso de la carrera, Liborio cayó de bruces, sin dar un gemido, sobre la calzada.

Los otros siguieron corriendo, aunque nadie los seguía, hasta perderse a la vuelta de una esquina.

El movimiento había fracasado. De nada sirvieron los esfuerzos de una minoría audaz y rebelde, ni los sacrificios de los hombres anónimos en cuyos hogares faltó el pan, pero no la decisión. Como tantas otras veces, los obreros fueron vencidos. Y volvieron al trabajo, con el ceño adusto y los corazones encogidos de odio, más miserables que antes, porque habían perdido una esperanza más.

—Los jefes nos han engañado — murmuraban los eternos descontentos, que siempre procuran responsabilizar a alguien de las contingencias del destino.

—La culpa la han tenido los extremistas — afirmaban otros, buscando una tardía justificación a su timidez y a su desidia.

La culpa era, en realidad, de todos, es decir, de nadie. Los soñadores de la revolución, puestos en el torbellino de los hechos, habían calculado mal la potencia humana de las masas que pretendían dirigir. Las habían considerado como entidades abstractas, colmadas de virtudes absolutas, con las cuales es posible trazar de antemano, como quien resuelve un problema matemático de fuerzas, la dirección de los acontecimientos, el sentido del inmediato porvenir.

Pero las masas eran humanas, susceptibles tanto de la pasión como del desaliento, y, sobre todo, abrumadas por un instinto casi animal, de la fatalidad. Apáticas, castigadas, ¿quién podría despertar en ellas el anhelo místico que hace superior a los desfallecimientos de la carne, al derrotismo de la voluntad, que no percibe la alentadora proximidad

del triunfo? Los hombres marchaban, a veces, con paso sonámbulo, obedeciendo la voz de los jefes, pero llegaba un momento en que nada podía evitar en ellos la entrega al destino, el sentimiento de la inutilidad de su esfuerzo, la convicción desesperada de que su miseria no tenía remedio.

Los huelguistas de las fábricas de calzado habían resistido varias semanas, cerca de un mes. Estimulados al principio por la adhesión de otros gremios de la capital y de provincias — que decretaron un paro de solidaridad, por cuarenta y ocho horas — se entregaron con entusiasmo a la lucha para obtener un mejoramiento en las condiciones de su trabajo y de su vida. Pronto fueron quedando solos. La ayuda de los demás sindicatos fué haciéndose más y más precaria. Y llegó un instante en que se encontraron abandonados frente a los industriales, que, fuertemente unidos esta vez, no daban señales de estar dispuestos a un arreglo pacífico.

Empecinados, los obreros quisieron seguir adelante, hasta el fin. El asedio de la miseria se fué estrechando en cada hogar. Las escasas prendas salían día a día a las casas de préstamos. Enflaquecidos, lívidos, consumidos por el hambre y las enfermedades, los niños se arrastraban, sin ganas de jugar, por las piezas desmanteladas y sórdidas de los conventillos. Las mujeres, abrumadas de trabajo, para obtener algún dinero, los golpeaban a menudo, despiadadamente, distendiendo en ellos la tensión de sus nervios agotados por el esfuerzo persistente y la implacable necesidad. Los hombres pasaban el día en el local del sindicato, donde nunca faltaba alguien que les hablara de la sociedad futura.

Lentamente se fué relajando el espíritu de resistencia, comenzaron a cundir las protestas contra la directiva del movimiento, y, los más decididos, se atrevieron a insinuar la vuelta al trabajo:

—Nos estamos muriendo de hambre y los patrones no ceden — decían, en los corrillos. — ¿A qué seguir, si no conseguimos nada?

El gringo Smith, furioso por el atentado de que fuera víctima, como consecuencia del cual su mujer quedó con una delicada afección nerviosa, encabezaba el sector intransigente de la Unión Patronal de la Industria, que se negaba a admitir siquiera la posibilidad de parlamentar con los huelguistas. El gringo Smith había tomado el asunto con toda la vehemencia de su carácter, y ejercía su decisivo influjo para oponerse a cualquiera tentativa de concesión. Consideraba necesario, de vida o muerte para el capital, mantener una actitud firme, que pusiera término a los desbordamientos frecuentes e insoportables del proletariado. Acceder a sus peticiones, aunque fuesen justas, significaba abrir el paso a nuevas exigencias, que irían siendo cada vez más imperiosas.

A su turno, los grupos revolucionarios se movían febrilmente, procurando reanimar el fervor, casi extinto, de las masas. Pero notaban en torno suyo una atmósfera densa de recelo, una enconada y taciturna resistencia, que la oratoria más fogosa no era capaz de romper, un desaliento que a ratos se transformaba en franca agresividad contra los que persistían en continuar el movimiento. Las asambleas eran escasamente concurridas, y el control de los dirigentes sobre las organizaciones se hacía ilusorio.

La misma organización ya no existía, en verdad. Quebrantada la disciplina superficial, lograda a costa de esfuerzos tan reiterados como pacientes, en una labor tenaz, de varios años, las masas, entregadas a sí mismas, volvían a sus hábitos de apacible esclavitud, a la rutina de la faena sin redención, a la estólida mansedumbre. Lo importante era vivir, vivir de cualquier manera, obtener el pan de cada día...

—Las masas no tienen todavía conciencia de su fuerza y de su deber. Vendrán tiempos mejores... — decía el viejo Gómez, aferrándose a un harapo de optimismo.

—No, compañero, siempre será lo mismo. Las masas son imbéciles.

El estudiante Marín, irritado por el fracaso de la huel-

ga, dejaba que su desprecio por los obreros, hasta entonces oculto, rezumara en palabras amargas. Había roto con Raquel, y ella, aparentando no darle importancia a su alejamiento, se había amancebado de inmediato con un joven actor obrero, que representaba en cuadros de aficionados, en los teatros de barrio. El despecho daba a Marín cierta clarividencia. Sentía la falsedad del mito que había querido constituir en objetivo de su vida, y le dolía el sacrificio estéril del tiempo que había consagrado a una causa sin porvenir. La revolución con que soñara, se perdía en una lontananza imposible. Y era necesario estrujar el goce pasajero de la juventud.

Baeza, deshecho, melancólico, permanecía, contra su costumbre, en un silencio obstinado.

Únicamente Rosenberg parecía contento. Dando un golpe alegre en la espalda de Marín, le dijo, con jovialidad un poco burlesca:

—Es que usted es burgués, compañerito. El desaliento no cuadra a un verdadero revolucionario. "No te sientas vencido, ni aun vencido", ha escrito uno de nuestros poetas. Así debemos ser nosotros, los luchadores. . .

Marín hizo un gesto vago, indiferente, cansado.

Estaban los cuatro en el café de la Avenida Matta, donde habitualmente se reunían los anarquistas. La concurrencia era escasa. Unos panificadores, con las gorras puestas, discutían en voz baja, en un rincón. Dos o tres parejas se entregaban, sin reparar en los demás, a los escarceos de un amor impaciente. La patrona, una española gorda, vestida con una bata de colores claros, cosía cerca de la puerta de la sala, conversando con su marido, un hombrecito esmirriado, enteco, de ojos lánguidos, que tenía un aire ambiguo de payaso y de espectro.

—Sí, el compañero tiene razón — dijo Baeza, saliendo inopinadamente de su actitud meditabunda. — Las masas son imbéciles. Hay que despertarlas a la verdad.

—¿Y quién habrá de despertarlas? ¿Nosotros? — preguntó Marín, con una ironía casi hiriente. — ¿Quién nos

asegura que no estamos equivocados y que nuestros propósitos se avienen realmente con los designios de la vida?

—Siempre es necesario creer en algo. De otra manera, sería imposible vivir — murmuró con sorda tristeza el viejo Gómez. — Ya ve usted el caso de Leonardo Vargas. El escepticismo le carcomió la voluntad. . .

—¿Sería el escepticismo el que aniquiló la voluntad de Leonardo, o fué su voluntad, deshecha por un morbo oculto, la que lo condujo al escepticismo? — insinuó Baeza.

La voz de Gómez resonó con melancólica, extraña suavidad:

—¡Vaya uno a saber el drama secreto de cada hombre! Pocas veces sabe uno lo que lleva en sí mismo. Muchos viven dormidos, no despiertan nunca. Leonardo fué quizás demasiado lúcido.

—Quizás ni siquiera pensó en matarse — dijo, pensativo, Baeza. — Nunca lo oí hablar de la muerte. Al contrario, amaba la vida. Quería vivir. . . Muchos de los que se suicidan, lo hacen sin darse cuenta, como empujados, en el momento decisivo, por una fuerza misteriosa, irresistible.

La sombra de otro muerto oscureció aún más el pensamiento de todos, pero nadie se atrevía a nombrarlo. Desde que había caído en la calle — bajo las descargas de los nacistas, según se decía en el ambiente revolucionario; por efecto de una bala perdida, según rezaba el parte policial — nadie se había preocupado de Liborio Sierra. Circulaba la especie de que había cometido una felonía, y aquello, restándole la antigua simpatía, daba a su muerte el significado de una justicia del azar.

Ante el asombro de Baeza, Rosenberg rompió la tácita consigna de olvido:

—¿Y Liborio?

—¡Ah, Liborio. . .! ¿Quién lo habría imaginado?

Ese fué el único comentario. Baeza miró a Rosenberg. La cara del judío, plácida, glacial, no expresaba la menor turbación. Anunció calmamente su regreso a la Argenti-

na. Estaba aburrido, no había nada que hacer en Chile. Veía en todas partes una apatía de pueblo enfermo. Era inútil esforzarse por suscitar un sentimiento de dignidad humana. El había hecho su parte y estaba decepcionado por el fracaso. Aquí la lucha carecía de emoción, de incentivo. Todo era monótono, vulgar. . .

—El buen éxito, la resonancia en el ambiente, las realizaciones prácticas, son lo de menos, Rosenberg — observó Gómez. — Uno lucha siempre por sí mismo. Aun el más puro. . . El fin que decimos perseguir — y que creemos sinceramente perseguir — no es otra cosa que un pretexto, más o menos hermoso, del instinto. Y las rutas del instinto son inescrutables, y, aunque las ignoramos, imperativas. . .

—Y cambiantes, arbitrarias como la vida — agregó Baeza. — Como ha dicho Marín, hace poco, no estamos seguros de la justicia de nuestro sueño. No podríamos estarlo. Pretendemos, sin embargo, señalar caminos a la multitud. . . Y a nosotros, ¿quién nos indicará el camino?

Los demás callaron.

Las palabras de Baeza habían planteado bruscamente el problema decisivo. Ninguno estaba en paz con su propia conciencia. "Y a nosotros, ¿quién nos indicará el camino?". Habían luchado, tratando de embriagarse en una acción incesante, quizás para huir de la verdad de sus corazones. Pero llega un momento en que se hace necesario enfrentarse con lo que hay de más íntimo en la propia alma, mirar la vida interior en su patética desnudez, y entonces, nada existe que pueda evitar el derrumbe de los ensueños imposibles, la renuncia, un poco orgullosa, a lo que no nos pertenece, el convencimiento de que es la soledad nuestro reino y nuestro destino.

INDICE

| | Pág. |
|----------------------|------|
| CAPITULO I | 5 |
| " II | 13 |
| " III | 21 |
| " IV | 29 |
| " V | 37 |
| " VI | 45 |
| " VII | 51 |
| " VIII | 59 |
| " IX | 67 |
| " X | 75 |
| " XI | 85 |
| " XII | 93 |
| " XIII | 103 |
| " XIV | 113 |
| " XV | 121 |
| " XVI | 131 |
| " XVII | 139 |
| " XVIII | 147 |
| " XIX | 155 |
| " XX | 163 |